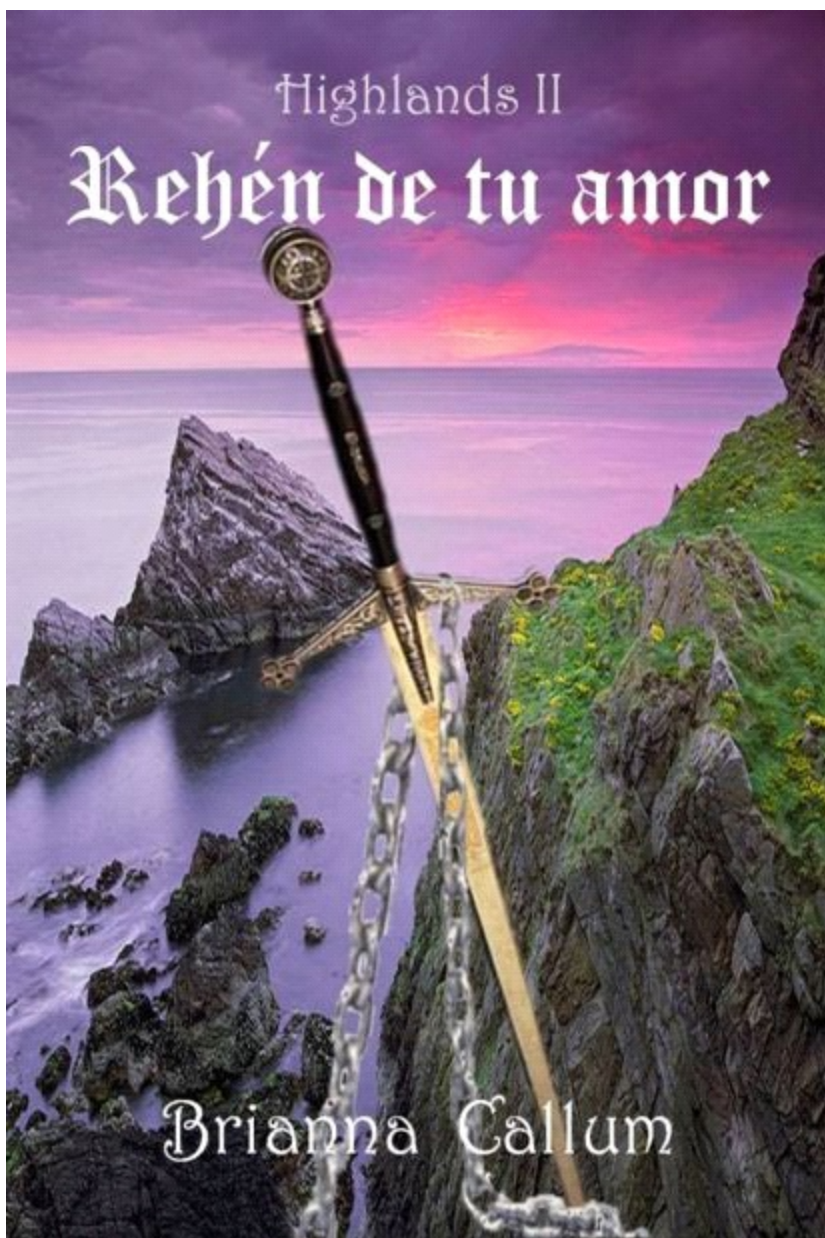


REHÉN DE
TU AMOR
Highlands II
Brianna Callum



Rehén de tu amor

Highlands II

A mis amados padres, Rita Ferreyra y Santiago Costa,
Y a una lectora muy especial, mi querida hermana, Rita Costa.

Prólogo

“Hay amarras que pueden ser más fuertes aún que una cadena o un trozo de cuerda. Ligaduras que no sólo atan las manos, éstas se aferran más profundo, anclándose en el alma y también en el corazón.

Te conviertes en un prisionero que no desea ser liberado, cuando simplemente, eres rehén de su amor...”

Capítulo I

Keyra

Al norte de las Highlands – Escocia

Año de Nuestro Señor de 1616

Keyra se paseaba nerviosa por el parapeto con un pergamino en la mano. A su espalda, el cielo teñido de rojos con las últimas luces del día ofrecía un espectáculo maravilloso, digno de ser contemplado. Sin embargo, para ella en ese momento no existía más que las palabras, casi una sentencia, que habían sido escritas en ese papel.

Todavía no podía creer de qué manera tan abrupta había cambiado su vida en los últimos seis meses, y todo había empezado de la manera más dolorosa, con el asesinato de su padre, el Laird Graham. Ella había jurado sobre la tumba de él que hallaría al culpable, pero seis lunas habían transcurrido y el asunto seguía sin resolverse.

Después había estado el viaje de Ethan. Su hermano y nuevo Señor del castillo, se había visto obligado a viajar a Francia para resolver un extraño asunto con unas tierras. Keyra sospechaba que todo era un ardid del mismo asesino de su padre y así le había confiado su preocupación a Ethan aunque por más que ella había intentado hacerlo desistir, el muy testarudo había emprendido el viaje.

—*Nada me ocurrirá, hermanita. No te aflijas* —le había dicho él, rodeándola con los brazos y besándola en la frente justo antes de dejar la fortaleza con una escolta de cinco hombres.

Su ausencia ya sumaba tres largos meses y no habían recibido noticias de él. Ni buenas ni malas, simplemente, nada.

Los buitres no habían tardado en lanzarse sobre la presa, a la cual ellos creían débil, sino muerta. Pero Keyra estaba decidida a demostrarles qué tan equivocados estaban. Les daría batalla, no se rendiría.

Furia, mucha furia se le había acumulado en cada fibra de su ser y se valdría de ella para

infundirse de valor.

De un plumazo le habían arrancado la vida a la cual ella estaba acostumbrada. Serenidad, paz, duro trabajo al lado de su gente, pero siempre rodeada de felicidad y del inmenso amor de su padre. Ahora él ya no estaba allí para protegerlos, alguien lo había arrancado de éste mundo...

—¡Padre, tú no deberías estar muerto! —gritó a la soledad que la rodeaba y pronto sintió cómo la humedad bañaba su rostro pálido—. ¡Oh padre! Eras tan joven y vital, deberías estar aquí, con nosotros..., en casa —susurró con la voz quebrada, aunque antes que la pena volviese a sumirla en la desesperación, le ganó la batalla la rabia al recordar.

Al Laird lo habían asesinado cobardemente por la espalda y eso colmaba de ira a Keyra mucho más todavía. Nadie hubiese tenido ni la más mínima posibilidad frente al Gran Laird en un combate justo, nadie. Y eso era algo que definitivamente debería haberlo sabido su agresor.

Desenrolló el pergamino una vez más para leer lo que allí estaba escrito si bien se sabía cada letra de memoria y por más que intentara hacerlas desaparecer, seguían allí, marcando su destino y desafiándola.

Arrancó el lacre con el sello Real y lo apretó con fuerza en una de sus manos. Sentía como los relieves se le clavaban en la palma y apretó con más fuerza, en un arrebato, hasta que la cera se quebró en varios pedazos pequeños que dejó caer al suelo.

Al parecer, Robert ésta vez había apostado alto. *¡Maldito cerdo lascivo y codicioso!*, pensó Keyra con rabia, formando un bollo con el pergamino.

La misiva Real era una muy educada y cortante disposición de su alteza, en dónde le hacía saber a Lady Graham que habían llegado hasta sus oídos los rumores de que la fortaleza se encontraba desprotegida, sin una presencia masculina al frente debido al lamentable fallecimiento de su padre y de la innegable desaparición de su hermano. Él comprobaría en persona esos dichos y si efectivamente eran ciertos, se encargaría de remediarlos... Y aquí venía la parte que a la muchacha más la alteraba. Su alteza haría que ella se desposara con Lord Robert Graham, quien según el monarca, había demostrado una evidente preocupación por la seguridad de ella.

—¡Cómo no! —Exclamó Keyra—. ¡Seguridad! ¡Maldito Robert, antes muerta que permitir que pongas tus sucias manos sobre éstas tierras y ni que hablar de que intentes tocarme!

Echó un vistazo a la geografía brusca y tosca del paisaje. No todos podían verla hermosa ni considerar fácil la vida allí, en ese pedacito de suelo castigado por el viento helado y constante del mar. Esas rocas peladas, esas montañas escarpadas y salvajes; pero ella y Ethan sí...

Para ellos era todo lo que siempre habían conocido con el nombre de hogar. Habían trabajado duro junto con su familia por esas tierras y ahora en ausencia de su padre, ese era el legado para Ethan. Nadie más tenía derecho a tomar posesión de ellas y Keyra había jurado protegerlas hasta el regreso de su hermano. Y a decir verdad, lo había estado haciendo bien. No se dejaría amedrentar ante estos nuevos acontecimientos, aunque Robert hubiese acudido al Rey.

En la nota el Monarca decía que comprobaría personalmente si había o no una presencia masculina velando por ellos, pues bien, si eso era lo que él quería, Keyra estaba dispuesta a conseguirlo.

Un prometido... tenía veintidós años y no tenía ninguno. No obstante, si ella le presentaba al Rey a un futuro esposo que diese en la talla de guerrero fuerte, que con su sola presencia infundiera seguridad; alguien capaz de pararse frente a sus hombres y organizarlos, entonces su majestad creería que ellos no estaban desamparados y se convencería de que podían cuidar del castillo hasta el regreso de Ethan, el verdadero Laird.

Ese era su plan, y nada la haría echar atrás.

Dos horas más tarde, Keyra salió del castillo. Había dejado al mando a Ron Sutherland, un guardia de confianza que había sido la mano derecha de su padre y que los quería a ella y a Ethan como si de sus propios hijos se tratase. Él se había mostrado reacio al plan de Keyra, pero ella lo había convencido de que era la única posibilidad que tenían y finalmente la había dejado partir. También había jurado guardar el secreto, sólo ellos dos sabrían la verdad, nadie más.

Al abrigo de la cerrada oscuridad de la noche, enfundada en una larga capa negra que la cubría de la cabeza a los pies y sobre *Odin*, su fiel montura, la muchacha atravesó el puente de madera que había sobre el foso.

No regresaría sin su falso prometido, estaba dispuesta a todo por arrastrarlo hasta allí, aún si la única opción viable fuese secuestrarlo...

Capítulo II

Colin

Centro de las Highlands— Escocia

Año de Nuestro Señor de 1616

¿Así que ésta es la manera en la que se siente un hombre que ha actuado de manera honorable, dejando libre a la mujer que ha amado en soledad por cuatro largos años; con quién ha soñado y al lado de quién se ha imaginado pasar el resto de su vida?

¡Sí, señor, así es!, pensó Colin. Desolado, vacío, sin ilusiones; pero con la absurda idea de haber hecho lo correcto. Tuvo que sonreír, era eso o echarse a llorar y de ninguna manera derramaría ni una de sus lágrimas.

Colin se había enamorado de Lady Katherine McInnes cuando ella no era más que una muchachita y había esperado hasta que ella cumpliera su décimo octavo cumpleaños antes de pedir su mano en matrimonio. Y cuando finalmente lo había hecho, se la habían concedido. Al Laird[1] McInnes le había parecido una idea excelente ese matrimonio, sólo que la parte principal, —la novia—, no había estado de acuerdo.

Colin había intentado seducirla, enamorarla, para que ella se quedase en *Skye* a su lado. Katherine no le había concedido más que cuatro días y a él ese tiempo sólo le había alcanzado para despertar en ella un profundo cariño, pero nada más.

—*Te quiero a ti cómo amigo* —le había dicho ella y esas palabras aún reverberaban en su alma.

A Colin no le había quedado más que aceptar. ¿Cómo obligarla a estar a su lado, a permanecer junto a él y ser su esposa cuando Katherine no tenía ojos más que para otro hombre? ¡Y si tan sólo hubiese sido cuestión de ojos! ¡Ella no tenía amor, más que para Ian Mc Dubh, su enamorado!

Colin la había soltado, cómo quien suelta las amarras de un bote y deja que éste se meza a

merced de las olas. La había dejado hacer su voluntad y ella había elegido. Aunque Colin había perdido en esa elección, le quedaba el consuelo de saber que al menos ella era feliz.

¿Alcanza eso para algo realmente?

Dos días hacía que se habían despedido. Dos días y él aún sentía en sus labios la dulzura de los de ella en aquel beso robado al decirle adiós. Ni que hablar del corazón desgarrado que no sabía si algún día volvería a sanar.

Estaba cansado de tanto viaje a lomos de caballo cuando todavía faltaban dos jornadas enteras para llegar a casa. Y también estaba cansado de amar a un imposible y de no poder dejar de pensar en ella. Se sentía fastidioso.

¿Es que me torturará su recuerdo por siempre?, se preguntaba. Pero las respuestas parecían no querer acudir a él. Se resignó e intentó distraerse mirando el paisaje. Montañas, valles y más montañas. Era un lugar hermoso, pero Colin extrañaba el mar. Volvió a reírse de sí mismo y de su sensibilidad, que hoy parecía estar a flor de piel, dándosele por añorar a su hogar.

¡Cielos, sí que estoy mal!

Desmontó de un salto ante la mirada de extrañeza de los otros hombres que lo acompañaban.

—¡Estoy harto de viajar! —dijo en un tono más duro del necesario—. ¡Y quiero entrenar!

Ninguno de sus guardias se atrevió a discutir lo que Colin decía, sólo su amigo y mano derecha. Era un hombre joven que no llegaba a los treinta años y que ya había desmontado también y se hallaba a su lado. James lo miraba con preocupación y él sí que no pudo dejar su boca cerrada. Años de amistad le otorgaban el privilegio de hablarle al Laird con total libertad.

—¿Colin, te parece que es adecuado quedarnos aquí? ¿No prefieres que continuemos un poco más? —Antes de obtener respuesta agregó—: Sería lo más sensato.

—¡Éste es un lugar tan bueno como cualquier otro, James! —Respondió Colin de manera despreocupada mientras llevaba a su caballo hasta la orilla de un arroyo—. Además, aquí hay agua para que puedan beber los animales.

—Bien —dijo el guardia con resignación—. Veré que los demás armen el campamento.

James se estaba alejando. Antes de retirarse volvió a girarse hacia el pelirrojo que en ese instante se refrescaba el rostro en las aguas claras.

—¿Qué era eso que dijiste, qué querías entrenar? —interrogó, entrecerrando sus profundos ojos oscuros. —Lo que oíste. Arco y flechas, espada —hizo un gesto despreocupado—, lo que sea; pero necesito ocupar mi mente en algo. —¿No puedes dejar de pensar en ella, no es cierto? —Preferiría no hablar de ese tema, James —respondió el pelirrojo, evadiendo una respuesta que era más que obvia.—Sabes qué hiciste lo correcto, ¿no? —James nunca cerraba su boca—. Lady Katherine no podría haber sido feliz lejos de Mc Dubh, por más que tú lo hubiese intentado, Colin.

Ella lo ama demasiado. Hiciste lo adecuado.

—¿James, qué parte de: *Preferiría no hablar de ese tema*, es la que no has entendido? —Colin clavaba sus ojos verde turquesa en el rostro de su amigo.

El muy descarado ni se había sonrojado.

—Entiendo —respondió en cambio, asintiendo con un leve gesto—. Aunque pienso que te haría bien conversar acerca de ello. Te ayudaría a desahogarte —le aconsejó.

—¡Tú serás el primero con quien voy a desahogarme, pedazo de entrometido! —Indicó, puntualizando con su dedo índice sobre el pecho del aludido—. Pero con espadas, no cotorreando como una mujercita.

—Bien, si eso es lo que quieres —se alzó de hombros—, te haré sudar un rato—. Milagrosamente, fue todo lo que le dijo James entre sonrisas antes de regresar al claro, dónde dispuso el campamento y a la improvisada arena de combate.

Con casi una semana que llevaban viajando, primero hacia el este, para llegar hasta los límites de las tierras de los McInnes y ahora hacia la dirección opuesta y ya en camino de regreso a las Islas de *Skye*[2], las ropas de Colin y de los otros hombres parecían los trapos de poco más que vagos o pordioseros.

Las camisas y los *plaid*s[3] estaban cubiertas de polvo y hasta desgarradas en dónde se habían enganchado con algunas ramas o rocas filosas. Con barbas de varios días y desgredados, cualquiera que se cruzase con ellos en el camino, con seguridad se llevaría un susto de muerte. Sin dudas podrían creerlos vándalos a punto de cometer algún delito y más si se los veía tal cómo estaban en ese momento, espadas en mano y poniéndole el cuerpo a un combate.

Los hombres, vitoreando y alentando, habían formado una ronda en torno a Colin y a James quienes se batían en el centro. Eso era lo que necesitaba el primero: descargarse, sentir la adrenalina de la lucha fluir a través de su cuerpo, posar su atención sólo en esas dos hojas que rechinaban al chocarse. Se movía cómo un tigre en derredor de su presa, estudiando los movimientos de su contrincante, y reaccionando veloz con un bloqueo y una nueva estocada... La lucha hacía su magia y la mente de Colin se despejaba.

—¡Oh vamos, James! ¡Ese es tu mejor golpe, amigo! —desafió burlón, el imponente highlander de casi metro noventa y ocho de altura y puro músculo, cuya impresionante presencia contrastaba con los rasgos aññados de su rostro: Los hermosos ojos verde turquesa, la nariz respingona, la barbilla fina. Una cascada de fuego le caía ondeante sobre los hombros y una sonrisa que a más de una mujer podría haber derretido, se le dibujaba en los labios sensuales y definidos.

—¡Colin, cierra tu pico arrogante o me olvidaré de quién eres! —Gruñó James y para enfatizar las palabras, el guerrero de cabello oscuro y ojos cómo la noche, avanzó hacia él con dos golpes de espada. El primer golpe había sido de derecha a izquierda y luego, dibujando el aire con un arco, hizo una barrida descendente que Colin bloqueó sin problemas y dándose el lujo de lanzar una

carcajada estruendosa.

El pelirrojo giró con movimientos ágiles y elegantes hacia uno de sus lados cómo si realmente de un felino se tratase. Antes de que James pudiese percatarse, éste estaba a su espalda y la hoja de la espada sobre su garganta.

—Nunca olvides qué tan rápido puedo ser, James, o jamás podrás ganarme —le dijo junto al oído, recibiendo los aplausos y gritos de la comitiva. Después de soltar a su amigo, con quien estaba acostumbrado a desafiarse, respondió a los vítores haciendo una florida reverencia—. ¡Roger, Michael, seguid vosotros dos!

Colin quería subir la apuesta. Aguardaba con la punta de su espada apoyada en la tierra y con gesto indolente que los aludidos se acercaran. Fueron necesarios muy pocos golpes para que también descartara a esos dos gigantes.

—¡Hoy estás imbatible, viejo amigo! —James le palmeó la espalda al tiempo que le alcanzaba una jarra de cerveza—. ¿Te ha servido de algo tanto ejercicio?

—¡Oh sí! Ya me siento *casi* yo mismo —dijo sonriendo y bebiendo hasta la última gota de la bebida, que no estaba tan fría cómo a él le hubiese gustado.

—¿Casi? —Levantó una ceja—. ¿Entonces qué harás ahora para completar tu exorcismo?

—¡Cazar! —dijo Colin exaltado, quien ya estaba sacando, de las alforjas que pendían del lomo de su caballo, su arco y una funda de cuero que contenía varias flechas.

—Te acompaño entonces —dijo resuelto y dispuesto a buscar sus propias armas.

—Nada de eso, James. Sabes perfectamente bien que cuando salgo de caza me gusta hacerlo solo.

—No estamos en *Skye* y no me parece buena idea que vagues por estas montañas sin un escolta —James se había parado delante de él, desafiante.

—¡No soy un maldito niño, así que apártate y déjame hacer mi voluntad! —De pie y erguido en toda su extensión, le sacaba cómo mínimo unos cinco centímetros de ventaja al moreno. Alguien sensato y que apreciara su vida hubiese agachado la cabeza y se hubiese apartado; pero James Rohan no era alguien sensato.

—¡No eres un niño, pero eres el maldito Laird de *Skye*! —le replicó en voz muy baja y apretando los dientes para que ninguno de los hombres oyera la discusión. Puede que no fuese sensato, pero sí prudente—. Y si algo te sucede, la condenada isla quedará desprotegida. ¿Acaso no puedes ver que me preocupo por ti?

—En éstas salvajes montañas sólo estamos nosotros y los animalillos que esperan por convertirse en nuestra cena, así que apártate de mi camino —le ordenó, pasando por su lado y sin siquiera molestarse en mirarlo—. Y si quieres hacer algo útil, puedes ir preparando el fuego —dijo

cizañero. Sin más, se separó del grupo perdiéndose entre la vegetación exuberante.

—¡Te molería a golpes cuándo te comportas así! —gruñó James, apretando los puños con fuerza.

El guardia había decidido que le daría un par de minutos y después iría detrás de él. No podía permitir que algo le ocurriera a Colin McDonalds, el Gran Laird de las Islas.

Capítulo III

El secuestro

Colin buscó en el suelo las señales de las conejeras y allí las encontró. Delgados senderos marcados entre la hierba. Los siguió hasta que atisbó los hoyos y aguardó a una distancia prudente que alguna de las presas regresara o se le diera por salir de la guarida.

Ese era su día de suerte, puesto que no fue necesario que aguardara durante mucho rato para que unas hojas secas crujieran bajo los saltos de un negro animalito que de tanto en tanto se detenía para olfatear el aire.

El cazador, oculto entre los arbustos, preparó con sigilo el arco y la flecha. Sosteniendo la sagita sólo con tres dedos llevó el brazo hacia atrás, tensando la cuerda. Podía sentir la fuerza que el arma ejercía sobre sus brazos. Le gustaba esa sensación previa: apuntar al blanco, la expectación antes de disparar y tener su atención puesta en el camino que segundos después seguiría la flecha silbando y cortando el aire.

Se había preparado para soltar la cuerda, cuando a su espalda se oyeron pasos aproximándose. No se giró. Mantuvo la atención puesta en el conejo que se había quedado mordisqueando una brizna de pasto. Era el momento, si disparaba ahora acertaría.

Su visión periférica vislumbró una figura y su intuición le dijo que no era ninguno de sus compañeros. Colin no aflojó el agarre de su arma y giró apenas el rostro para ver quien se estaba acercando. Sólo llegó a ver una sombra encapuchada de espaldas al sol, un fugaz brillo metálico seguido por un golpe seco en uno de los lados de su cabeza y después nada. Oscuridad, sólo oscuridad.

Al recibir el golpe y desplomarse, Colin había soltado la flecha, que había ido a impactar contra un árbol a pocos metros de distancia. Se sentía aturdido. No estaba inconsciente, pero tampoco con todas sus facultades. La visión se le había tornado difusa y los sonidos imprecisos. Era como estar sumergido en el agua y oír las palabras desde lejos, ininteligibles y las imágenes distorsionadas. Alguien se cernía sobre él, le tironeaba de los brazos, o al menos eso era lo que a él le parecía.

Una voz que parecía femenina le hablaba, pero no era capaz de entenderle. Ahora la voz sonaba más grave y las palabras parecían alargarse. No podía comprender ni una sílaba. Le dolía la cabeza en dónde había sido golpeado, ese lado del cráneo le pulsaba. Quiso moverse y su cuerpo no le

respondió, quiso hablar y sólo fue capaz de producir sonidos.

La persona intentó incorporarlo. Todo comenzó a girar a su alrededor y las náuseas lo sorprendieron desprevenido. Se echó sobre unos de sus lados intentando recostarse nuevamente, pero al querer apoyar las manos en el suelo para sostenerse las encontró amarradas. Probó de separarlas de un tirón y la cuerda le quemó en las muñecas. Alguien volvía a hacerlo incorporar, estaba junto a él; sentía un brazo alrededor de sus hombros que lo empujaba hacia arriba. Él sólo quería dormir.

—No voy a hacerte daño —le pareció escuchar y ésta vez Colin podía jurar que era la voz de una mujer.

Se quedó quieto, aguardando. No había nada más que en ese momento pudiese hacer. Ella se arrodilló delante de él. No podía distinguir su rostro. Aún tenía la mirada desenfocada, además ella estaba oculta bajo una capa. La mujer le palpó el lado dolorido de la cabeza. Fue un toque suave, pero suficiente para enviarle una punzada de dolor y una nueva oleada de mareos.

—Lo siento —le dijo ella sinceramente apenada—. Te juro que no voy a lastimarte.

Colin sintió que ella le acariciaba el rostro con dulzura, desde la sien hasta la barbilla y aunque fuese algo descabellado, le gustó de qué manera se sentía ese toque.

—¿Quién eres? —intentó preguntar, pero las palabras no habían sonado del todo claras. Aún su mente estaba embotada.

—No hables —ella le hizo callar posando los dedos sobre los labios de él y mirando a su alrededor. Estaba nerviosa y parecía asustada, pero no por eso menos resuelta. Rasgó una tira de su falda—. Por favor no hables —le volvió a rogar, ésta vez inclinándose sobre él y poniéndole el jirón de tela entre los dientes, lo ató detrás de su cabeza.

Colin se removió inquieto, pero ese bamboleo con su cabeza lo mareó más. Además del malestar propio del golpe se sentía embriagado y eso era producto de la seductora fragancia que despedía esa mujer. Un dulce perfume de flores que conjugado con el sonido de su voz lo estaba enloqueciendo.

—Siento tener que hacer esto —le dijo ella después de haberlo amordazado—, pero te juro que no tengo otra opción. Espero que cuando todo esto termine puedas perdonarme.

Volvió a cortar otro pedazo de su vestido y con él le cubrió los ojos. Lo único que Colin pudo ver antes de que su precario sentido de la vista fuese anulado por completo, fue un destello verde debajo de la capucha oscura.

Perfume a flores dulces, voz seductora y ojos verdes... Serás mi perdición, misteriosa secuestradora, pensó Colin, sabiendo que debería estar ideando un plan para liberarse, pero sin siquiera molestarse en intentar soltar las amarras.

—Te ayudaré a ponerte de pié —le indicó ella—. Tenemos que salir de aquí cuanto antes.

Colin gruñó una negativa mientras luchaba, —parecía que algo de razón le había regresado—, entonces ella se vio obligada a hacer un enorme esfuerzo para levantar a ese gigante que no tenía intenciones de hacerle las cosas demasiado fáciles.

—¡Vamos! Tengo una daga y no dudaré en utilizarla si te rehúsas a cooperar —lo amenazó ella, intentando sonar convincente y haciéndole sentir el filo de la hoja sobre el cuello.

Por dentro, la mujer temblaba de terror. Odiaba lo que estaba haciendo, pero se repetía a sí misma que era la única forma de salvar las tierras de su hermano. Volvió a empujar el puñal contra la piel de él y ésta vez la intimidación surtió efecto. Colin se dejó poner de pie y conducir.

Llegaron hasta un lugar apartado entre álamos plateados dónde un caballo piafaba inquieto. Ella lo tranquilizó con sonidos y palabras suaves al tiempo que lo acariciaba sobre la cabeza, entonces el garañón se calmó al instante ante su presencia, devolviéndole los mimos con el hocico. Después, ella centró nuevamente su atención en su rehén, quién levantaba el rostro cómo un animal que busca algún sonido, olor o cualquier señal que le otorgara algún indicio del lugar en el cual se encontraba.

—Quiero que montes —le exigió ella, tomándolo del brazo y llevándolo hasta su montura.

Él le respondió con un resoplido entre dientes y levantando exasperado las manos amarradas. Era un claro *¿Y cómo quieres que lo haga?*

—¡Inténtalo! —demandó la mujer con voz firme y haciéndole sentir el cuchillo en las costillas.

Colin bufó. Esa situación ya lo estaba hartando.

Tanteó el lomo del caballo e intentó alzarse, pero el salto le quedó demasiado corto y al tener las manos atadas resbaló hacia abajo cayendo al suelo de rodillas.

Ella, acongojada, se apresuró en acudir en su ayuda. Se agachó a su lado y lo tomó de la cintura para incorporarlo. En vez de un agradecimiento recibió de parte de él un gruñido propio de una bestia y un empujón con el hombro que la hizo caer sentada.

—¡Maldito bruto, sólo quería ayudarte! —Le dijo enfadada, obteniendo por toda respuesta otro gruñido, ésta vez de satisfacción.

La mujer dejó que el pelirrojo se pusiera de pie solo. Una vez que estuvo en pie, Colin se acercó nuevamente al animal, tanteando el lomo y ella comprendió que él volvería a intentarlo. De manera inexplicable, sintió como un nudo le estrujaba a la altura de la garganta. Ella lo estaba secuestrando, lo había atado, amordazado y sin embargo él, enojado y todo, retornaba con la difícil tarea de montar. No pudo mantenerse alejada. Lo tomó de las manos, corriendo el riesgo de ser lanzada al suelo cómo ya le había ocurrido antes, pero ésta vez el hombre se dejó hacer.

Él tenía las manos grandes, observó la muchacha. Quien se tomó más tiempo del necesario para guiar esas manos que la tenían fascinada, hasta las riendas. Y por esas cosas inexplicables que suelen

hacer las mentes, se imaginó esas manos sobre su cuerpo, recorriéndola desde los pies hasta la cabeza, y haciéndola enardecer.

Casi se le escapa un jadeo y se tuvo que reprender a sí misma.

¡Gracias a Dios le he vendado los ojos! Por si acaso le echó un vistazo de reojo. No fuese que la tela se hubiese movido y él estuviese viendo el embarazoso rubor de su rostro. ¡Porque podía jurar que estaría roja cómo el fruto del serbal!

Con las riendas en las manos no le resultó nada complicado a Colin alzarse sobre la montura. Una vez allí, otra vez pudo leer ella los gestos de su rostro: *¿Y ahora qué?*, parecía expresar.

Keyra se detuvo a observarlo durante un momento. Era impresionante allí erguido. Majestuoso cómo un Rey aún con esas fáchas desgreadas que portaba. Se dijo que ya se encargaría ella de ponerlo presentable, y su mente otra vez se inundó de imágenes sensuales de ella lavándole el cabello y un poco más también... Otro gruñido la sacó de su burbuja.

¡Este hombre terminará convirtiéndose en un animal salvaje si no le quito pronto ese trapo de la boca! Aunque debería esperar para ello. De sacarle la mordaza en ese momento, correría el riesgo de que él gritara llamando a sus compañeros, quienes no estaban muy lejos y los cuales, por otro lado, en cualquier momento empezarían a notar su falta. Lo más apropiado era salir cuanto antes de allí y ganar distancia y por lo pronto, dejarlo cómo estaba. Además, esos gruñidos ya le estaban resultando de lo más seductores. Esbozó una sonrisa, la primera que recordaba haber esbozado desde el asesinato de su padre.

Alejó el amargo recuerdo y se dedicó a la tarea de montar ella.

Deberían ir los dos sobre el mismo animal porque era imposible buscar la montura de él en el campamento. Para su mayor pesar, no le quedaba más que subir delante, ya que de hacerlo a espaldas de él, con esa altura imponente que tenía, le taparía toda la visión y podrían terminar cayendo por un precipicio.

El caballo no había avanzado más que un par de pasos, cuando el hombre, al tener las manos atadas y no poder sujetarse, había empezado a resbalar hacia uno de los flancos del animal.

—¡Oh cielos, vas a caer! —exclamó, girando el torso hacia él para poder enderezarlo mientras buscaba en su mente mil posibilidades para solucionar el inconveniente. Sólo se le ocurrió una—. Tendrás que sujetarte de mí —dijo con voz avergonzada.

Keyra levantó los brazos del highlander y los hizo pasar sobre su cabeza, quedando ella en medio de ese refugio de músculos. Podía jurar que lo que vislumbró debajo de la mordaza era una sonrisa.

¡Qué guapo es!

Estaba tan cerca de su rostro, tan cerca de él y despertaba en ella sensaciones que jamás en su

vida había experimentado.

Giró abruptamente para seguir el viaje, demasiado tal vez, pero de pronto había sentido miedo. Miedo de enamorarse de él. *¡Qué error sería!* Keyra no quería ni pensar en esa posibilidad, puesto que sabía perfectamente que después de que el Rey creyera la historia del prometido y los dejara en paz, ella debería liberarlo. *¿Pero si lo tengo tan claro, por qué entonces esa idea me parece ahora tan dolorosa? ¡Si ni siquiera sé quién es este hombre!*

Había salido de su castillo con la idea de encontrar a un highlander fuerte y lo había encontrado. Había encontrado a un completo salvaje en medio de las montañas... Keyra recordaba el momento exacto en el que sus ojos dieron con él. ¡Sospechaba que jamás lo olvidaría! Había escuchado la algarabía, el ruido del metal al ser chocado y se había acercado a espiar.

Varios hombres rodeaban a otros dos que se desafiaban en el centro. Eran un grupo numeroso, aunque si le preguntaran ahora por los otros, ella no podría haber descrito con detalle a ninguno de ellos. Su atención se había fijado en él, en sus diestros y elegantes movimientos, en su cabello de fuego, en esos ojos verde turquesa, en su sonrisa arrogante cuando sin esfuerzo había vencido a cada uno de sus oponentes.

Había advertido inmediatamente que ese gigante pelirrojo despedía un aura de poder.

Por lo poco que había mirado al grupo, llegaba a la conclusión de que tal vez él era el menor de esos guerreros. A Keyra le había parecido que no podría tener más de veinticinco o veintiséis años cuando los otros seguramente habrían pasado ya las tres décadas. A pesar de su juventud, todo en él exudaba superioridad y desde un primer momento, Keyra había sabido que él era el candidato perfecto para representar el papel. *¡Hasta el mismísimo Rey quedará convencido de ello!*, se había dicho para sí.

* * *

Mientras cabalgaban, él la quería hacer sentir incómoda. Se aferraba a ella con fuerzas, pegándola a su enorme pecho y las manos, aunque atadas, no se quedaban quietas. Las había girado de tal manera que sus dedos habían quedado libres y ahora le recorrían a ella el abdomen, subiendo hasta una zona demasiado cercana a sus pechos. Los rozaba apenas y cuando ya parecía que seguirían ascendiendo, sus manos volvían a bajar muy lenta y sensualmente.

Colin empujó con su rostro el cabello de la mujer y se deleitó sintiendo la fragancia que despedía su cuello. Sentía la piel cálida junto a su mejilla. La rozó desde la clavícula hasta la oreja

con su nariz, empapándose de su aroma dulce que le hacían recordar un prado colmado de flores. Podía imaginarse tendido en la hierba y con esa mujer misteriosa debajo de él.

¡Debo estar enloqueciendo!, se le ocurrió pensar. ¡Ni siquiera he visto a esta mujer y ya me está volviendo desquiciado!

Sin embargo no apartó de su mente las imágenes sugerentes, ni sus manos o su rostro de ella. Jugó con la nariz junto a su oreja y abruptamente levantó las manos tomándola a ella por la barbilla y haciéndole echar la cabeza hacia atrás, entonces volvió a hundirse en el hueco de su cuello.

Quería que le quitaran esa maldita atadura. Quería besarla allí dónde la piel se sentía tibia, dónde el pulso latía acelerado. Ella jadeó y Colin pudo percibir su respiración agitada y supo que ella estaba excitada tanto cómo él. Restregó desesperado contra el hombro de ella su mejilla para quitarse la mordaza y la mujer comprendió su intención.

Keyra sabía que no tenía que hacerlo, pero el deseo de sentir esos labios sobre ella fue mayor que su razón. Levantó sus manos tanteando la nuca del pelirrojo y forcejeó con los nudos. Estaban muy apretados y con la prisa, los dedos se le habían puesto torpes. Colin la apremiaba con gemidos, mezcla de deseo y otro poco de urgencia. Y con su cabeza inclinada sobre el hombro de ella hurgaba enfebrecido en su piel.

Cuando la tira de tela cayó al suelo, él usó su lengua para volver a trazar de manera desesperada los senderos que segundos antes había dibujado con su nariz, y también usó sus labios para atrapar su cuello y para besarle a ella la mandíbula.

Sentía la garganta seca. Inclinando el rostro de la muchacha hacia él, buscó la humedad de su boca. Ella era su oasis en medio del desierto, y también una fruta jugosa que le calmaba la sed. Saboreó sus labios sintiéndolos carnosos y con un suave gusto a miel que lo enloqueció de deseo. En ese instante no le importaba a dónde lo llevaba esa hechicera. Si ella le hubiese dicho que juntos iban de camino al infierno, en ese momento, él hubiese asentido gustoso. Se sentía atraído más allá de la fuerza física; más allá de la razón.

—¿Quién eres? —le preguntó él sin dejar de besarla.

—Te lo diré, aunque aún no es el momento —le respondió ella, haciendo un esfuerzo para pronunciar las palabras. No quería que él dejara de besarla, se sentía tan bien como nunca se había sentido.

—Déjame verte —le rogó él, intentando quitarse la venda.

—No —Keyra detuvo sus manos entre las suyas y volvió a hacerlas descender hasta tenerlas otra vez alrededor de su cintura—. Sólo espera un poco más, por favor.

¿Qué era lo que tanto la asustaba? ¿Qué él estudiara el camino para poder huir en un descuido o que al verla dejara de sentirse atraído por ella?

Keyra sabía que ella no poseía una gran belleza, no la consideraban fea tampoco, pero sí, que su aspecto era de lo más común. Nunca había tenido una horda de pretendientes a sus pies. No había tenido ninguno, pensándolo bien, porque estaba su primo Robert, pero él no contaba.

Un pequeño rostro pálido, dónde todo parecía ser demasiado grande. Sus ojos eran enormes y sus labios demasiado llenos. Hasta su nariz, que si bien era bastante proporcionada, no era más que una aburrida línea recta. Y sus pecas... No, no quería que él la viera. No ese hombre que era la representación de un Dios pagano, más hermoso que el pecado. Un hombre que debería estar acostumbrado a estar rodeado de puras bellezas. Al menos así, por algún extraño milagro, él, el espécimen masculino más impresionante que ella había tenido la suerte de ver en su vida, la estaba besando a ella; a la simple y común Keyra Graham.

Sintió deseos de reír. Aunque también algunas lágrimas le escocieron detrás de los ojos. Cuando él no tuviese la venda cegándolo, dejaría de desearla y cuando ella ya no lo tuviese amarrado, él finalmente se iría de su lado.

—Al menos dime tu nombre, hechicera —le rogó él, abandonando su boca sólo para mordisquearle el lóbulo de la oreja—. Tu nombre... —Keyra... —Keyra —repitió con los labios pegados a los de ella. —¡COLIN! —La voz masculina rasgó el aire y llegó lejana hasta ellos—. ¡Colin! ¿Dónde te has metido?Keyra sintió como un sudor frío le bajaba por la espalda. Si esos hombres los encontraban, desbaratarían todos sus planes. No podía permitir que eso sucediera. Se giró hacia el pelirrojo que se había erguido y estudiaba atento de dónde venían los llamados. Ella le puso la mano sobre la boca. Si a él se le antojaba gritar no podría detenerlo, no era más que un gesto simbólico.

—¡COLIN! —Esta vez la voz sonaba más cerca, aunque todavía lo suficientemente lejos como para que dieran con ellos. —¿Ese es tu nombre? ¿Es a ti a quien están buscando? — preguntó temerosa y con la voz entrecortada. Él asintió con la cabeza. —Por favor... Colin, no les digas que estamos aquí —le suplicó. Él inclinó la cabeza hacia ella.—Te juro que nadie te hará daño. Sólo necesito que me ayudes con un asunto y después voy a liberarte. Por favor, no los llares —le rogó.

—¿Por qué debería creerte? Me has secuestrado, golpeado y amarrado... ¡Ah, lo olvidaba! También me has amenazado con un puñal —dijo de manera burlona—. ¿Quién me asegura que no vas a matarme?

—¡Yo jamás te haría daño! —se apresuró a asegurarle—. Siento haberte golpeado —se disculpó avergonzada—. No se me ocurría otra forma de reducirte. Pero por favor, no los alertes de nuestra presencia... Confía en mí. Te juro por mi vida que puedes hacerlo —le sostenía el rostro entre las manos. Su voz era desesperada—. Por favor Colin...

—¿Dónde te has metido! ¡Responde, Colin!

Con cada nuevo llamado, Keyra sentía que podía derrumbarse. Dependía de Colin, de ese extraño. Sólo de él.

Él la oyó suplicar. La escuchó jurar que nada malo le haría. Percibió su desesperación, su

angustia, su temor y de manera increíble, le creyó. Confió en ella, en cada una de sus palabras. Una absoluta desconocida, sin embargo, él supo que ella era sincera. ¿O acaso él se engañaba a sí mismo porque tenía demasiados deseos de que cada cosa que ella le decía fuese real? ¿Qué cada cosa que ellos habían sentido segundos antes y que podía jurar que esas sensaciones aún permanecían en cada fibra de sus cuerpos, había sido real y no una ilusión?

—Por favor —volvió a repetir ella casi en un sollozo. Colin no habló, sólo asintió con la cabeza. Keyra, que nunca había dejado de acunar su rostro entre sus palmas, en un arrebato, lo besó en los labios.—Gracias Colin. Te prometo que cuando estemos en un lugar seguro, te explicaré todo —luego de decir aquello depositó un nuevo beso en su boca y ahora fue el turno de ella de confiar en él.

Keyra se volteó dándole la espalda a Colin, para así poder guiar al caballo entre los árboles en busca de un refugio para ellos. Y Colin no la defraudó. Él se mantuvo en silencio aunque ella lo estaba alejando de sus compañeros, aunque ella lo estaba secuestrando.

—¡Colin! ¡Colin! —se escuchaba a sus espaldas.

—¡Colin! —Las voces ya no fueron más que un murmullo lejano, casi inaudible hasta que desaparecieron por completo, siendo reemplazadas por el ruido del trote veloz, de las ramas de los árboles al ser apartadas en la carrera, del silbido salvaje del viento pegándoles en la cara y del latir desmesurado de sus propios corazones.

Capítulo IV

Atracción

Cabalaron durante horas antes de detener la marcha. La noche comenzaba a cubrir el lugar de oscuridad y lo más prudente era buscar un lugar para acampar.

Keyra, en su anterior paso por ese camino había descubierto una cabaña abandonada, que si bien estaba bastante derruida, les ofrecería un buen refugio. En un principio había equivocado la orientación, pero después de desandar unos metros encontró el sendero oculto entre la maleza y siguiéndolo, con dirección hacia el este, llegaron hasta la precaria vivienda.

Desmontó y después dejó que Colin se apeara solo, que aferrado a las riendas no le resultó difícil. Keyra llevó a su caballo al resguardo de una estructura que en algún momento parecía haber sido un cobertizo, lo aprovisionó de agua fresca y después volvió junto a su prisionero.

Él la aguardaba de pie cerca de la puerta, dónde ella lo había dejado minutos antes, amarrado a un tronco. Desató la cuerda, pero no le liberó las manos ni los ojos y lo condujo al interior de la casucha. Prendió fuego en un viejo caldero. Se sentía nerviosa. Por momentos toda la determinación que había tenido al emprender ese loco plan la abandonaba y se encontraba preguntándose una y otra vez *¿Qué estoy haciendo?*

Colin continuaba de pie. Ella podía verlo iluminado por las débiles llamas de la hoguera. Su cabello parecía más rojo aún, si es que algo así era posible.

—Puedes sentarte aquí —le dijo ella, tomándolo del brazo para aproximarlo a una silla desvencijada.

—Keyra, estoy aguardando una explicación —el tono de su voz no admitía refutaciones y a ella le resultó irónica la idea. Él era el prisionero y ella se suponía que tenía el poder sobre él y sin embargo, su tono de voz y su presencia eran una absoluta demanda de autoridad.

El pechó de Keyra palpitó desmesurado y sintió como un temblor le recorría el cuerpo.

—Eh... Siéntate, Colin —insistió ella.

Él refunfuñó entre dientes. ¡Era lógico! Él le estaba pidiendo una explicación para esa extraña situación en la que había sido arrastrado, que para ser justos, había que decir que bastante dócil se

había comportado. ¿Y que obtenía? Tan sólo un cambio radical de tema... ¡Un lugar para sentarse! ¡Colin deseaba patear esa maldita silla hasta convertirla en astillas! Quería una explicación, por más descabellada que esta fuera.

—¡Sentarme y un cuerno! Estoy perdiendo la poca paciencia que me queda, mujer —sentenció y se cernió sobre ella de manera amenazante. Colin no veía nada, pero podía saber el lugar exacto en el que la muchacha se encontraba porque su respiración agitada la delataba y su penetrante olor a flores la descubría entre el olor mohoso de la estancia.

—Yo... Colin, yo... —¡Deja de balbucear y comienza a hablar claro! —la tomó del brazo con fuerzas. Las ligaduras no eran un impedimento para él. —¡Suéltame! Me estás haciendo daño y... —buscó su puñal—, y no quiero que me obligues a amenazarte con un arma, Colin. Él lanzó una carcajada burlona. —¿Muchacha, en verdad te has creído por un solo instante que pueden asustarme tú y tu tonto cuchillito? Ella sabía que no. ¿Cómo intimidarlo con algo tan insignificante cuándo ella lo había visto batirse con hombres fornidos y con espadas impresionantes? Colin no estaba allí por miedo al peligro, ni tampoco por unas cuerdas alrededor de sus muñecas. ¿Por qué permanecía todavía a su lado? Ella no podía responder a eso, pero sí podía darle las respuestas que él requería.

Keyra dejó que su daga cayera al piso, resonando con un golpe seco al rebotar contra la tierra.

Colin inmediatamente aflojó su agarre, pero sin soltarla. Supo que ella irremediablemente se rendía a sus demandas. La sentía temblar, él la había acercado a su cuerpo y podía percibir cada uno de sus estremecimientos. El enojo de instantes antes se esfumó por completo y volvieron a invadirlo los locos deseos de besarla.

—Suéltame las amarras, Keyra —él levantó las manos—. O al menos la venda de los ojos. Quiero verte, hechicera.

Ella lo tomó por las muñecas y comenzó a desatar los nudos. Se sentía inducida por la voz de él. La dominaba. ¿La llamaba hechicera? ¡Qué tontería! Cuando era ella la que se sentía bajo su embrujo.

—Gracias —él se frotó el lugar en dónde la cuerda había dejado la piel algo irritada. —Después te pondré algún ungüento aquí —dijo ella, tocándole la zona enrojecida—, para que deje de escocerte. Colin asintió y después buscó la venda para quitársela de la cabeza. Ella lo detuvo. —¡No! Esto no, por favor —se apresuró a rogar. Sostenía las manos de él que ya estaban sobre el paño. —¡Quiero verte! ¡Quiero ver lo hermosa eres! —Dicho esto, distinguió que ella sollozaba y al posar las manos sobre su rostro palpó las lágrimas que rodaban por sus mejillas—. ¿Keyra?

—Colin no quiero que me veas. Yo... Yo no soy hermosa —las últimas palabras no habían sido más que un murmullo.

Colin colocó ambas manos sobre la cabeza de ella y en su oscuridad tanteó los rasgos. Su voz sonaba dulce cuando le hablaba mientras con sus palmas la iba adivinando.

—Tienes la frente apenas abombada y el cabello muy largo — tomó un mechón de pelo que

ensortijó en uno de sus dedos y llevándolo hasta su nariz aspiró—. Rizos con aroma a flores... El mismo olor que tiene tu piel —para corroborar sus palabras inspiró hondo junto a la seda cálida de su cuello—. ¿De qué color es tu cabello? —susurró junto a su oreja.

—Castaño —jadeó ella. —¿Castaño claro u oscuro? —preguntó sin dejar de besarla. —Castaño rojizo —el pecho le subía y bajaba con la respiración.—Ya somos dos los pelirrojos, entonces —sus palabras eran un suave ronroneo. Mientras estrujaba entre sus dedos la larga masa de bucles que le caía a ella hasta la cadera, buscó su otra oreja, resiguiendo con la punta de su lengua el diseño de caracol.

—No. El rojo en tu cabello parece fuego, en el mío en cambio es sólo un matiz —ella cerró sus brazos alrededor de la cintura de él y Colin reanudó la inspección de su rostro.

—Tienes ojos grandes —resiguió con sus pulgares las líneas de las cejas, palpó sus párpados cerrados y las pestañas de ella le hicieron cosquillas en las palmas.

Keyra iba a decirle que sus ojos eran extremadamente grandes, pero antes de que pudiese abrir la boca fue Colin quien continuó hablando.

—Me gustan los ojos grandes —dijo, posando un beso en cada ojo—. Me gustan muchísimo. —¿Si? —ella dudaba, aún así no podía dejar de decirse que sería fantástico que a él, al menos, le gustara esa parte de su rostro. —Verdes, sé que son verdes. Ella se irguió temerosa. *¿Acaso él me ha visto?*

—Un destello verde fue todo lo que me dejaste ver de ti antes de cegarme —le aclaró Colin, señalando la tela y Keyra suspiró aliviada ante esa revelación.

Colin acarició su nariz recta y sus pómulos altos. Sus manos se deslizaban sobre ella mientras en su mente la creaba. Tal cómo un escultor que trabaja la arcilla, en su cabeza la moldeaba, le daba forma y un rostro bellissimo se develaba ante él.

Dejó la boca para lo último porque ya la había palpado con sus propios labios y sabía lo que encontraría allí. Era el detalle final de la obra del artista, el acorde principal de esa sinfonía sublime de seducción.

Apoyó sólo tres dedos sobre su boca, dejando que el aliento de ella le humedeciera la piel. Sensualmente le fue perfilando el borde de los labios con su dedo índice, mientras en su mente la imagen tomaba vida sólo para él.

—Eres hermosa, Keyra —le dijo, mientras reemplazaba el dedo por la punta de su lengua. —Lo dices porque no me has visto. —Mis manos te han visto y mi mente te ha creado para mí. —Es una ilusión. Cuando realmente me veas, dejaré de parecerte bella —le dijo con tristeza en la voz. Keyra era consciente de lo que hacía cuando desató los nudos. Conocía el riego cuando con manos temblorosas lo liberó de la venda. De todas formas lo hizo. Armándose de valor, tal vez más coraje del que había necesitado cuando se había decidido a secuestrarlo, se expuso ante el juicio de él.

Las primeras imágenes para Colin fueron borrosas, pero después de parpadear un par de veces la visión le reapareció nítida, entonces la pudo ver. Al principio no pudo reaccionar, se había quedado anonadado, y puede que ella confundiera su silencio con un rechazo, pero eso no podía ser más lejano a la verdad.

Su mente la había creado hermosa, aunque jamás había podido captar la luz exacta que despedían sus ojos, ni el color sonrosado de sus mejillas o el brillo de sus labios cuando ella los humedecía con la lengua. ¡No!, su mente no le había hecho justicia, cómo tampoco se podía definir a Keyra con una palabra tan simple como lo era *hermosa*. Keyra era única, radiante. Ella era especial.

—¿Lo ves, Colin? No hay nada espectacular en mí.

Ella había girado sobre sus talones para huir de ahí. Tenía la mirada nublada por las lágrimas y no veía por dónde caminar. *¡Al diablo el plan y al diablo todo!*, se dijo.

Antes de poder alejarse, Keyra sintió un tirón en uno de sus brazos que la impulsó nuevamente hacia atrás. Colin la atrajo hacia él, cobijándola al abrigo de su pecho y recorriéndole la espalda desde la cadera hasta la nuca, en una caricia febril.

—No, Keyra, tú tienes razón. No eres hermosa —le sonrió con dulzura—. Esa palabra, para tu belleza no es suficiente.

En el preciso instante en el que su boca devoró la de ella ya no hubo lugar para las palabras, sólo para el aluvión de sensaciones que los sacudió de repente.

Ya no le preocupaba a Keyra si ella era verdaderamente bella o no, porque tanto si la respuesta era negativa como afirmativa, Colin la hacía sentir cómo la más preciosa de todas las mujeres.

Se vio levantada en brazos y llevada hasta el borde de una mesa que hacía juego con la silla destartalada. Colin estaba encendido y sin embargo, era contrastante la dulzura infinita con la cual la trataba. Keyra sentía que él reverenciaba con su boca y con sus manos cada centímetro de piel que le tocaba.

Colin se dedicó a conocer el resto de Keyra tal como había hecho con su rostro, acariciando, rozando, besando. Cada curva y cada plano del cuerpo de ella se fueron plasmando en su cabeza mientras él lo descubría.

La tomó de los tobillos y sus manos fueron fundiéndose en una caricia ardiente por la parte posterior de sus piernas. Entonces ahuecó sus palmas en la redondez de sus caderas mientras sus labios se perdían en el valle entre sus pechos. Volvió a buscar los tobillos y ésta vez fue su lengua la que trazó un recorrido caliente y húmedo hasta el interior de sus muslos.

Se deseaban con una intensidad para ellos hasta ahora desconocida, que les ardía en la piel, que los consumía lentamente, como las llamas a un madero. Se descubrían concibiendo emociones nunca ante experimentadas, que surgían desde muy hondo, desde dónde la barrera de la piel dejaba de existir para darle paso al alma.

Y porque no todo es físico o espiritual sino que a veces también interviene, aunque inoportunamente, la consciencia, Keyra oyó a la voz de la razón y no le quedó más que tomarla en cuenta y obligarse a ella misma a apartarse. No quería despegar sus manos de la espalda de Colin, no quería dejar de alborotarle el cabello del color del fuego y sobre todo, no deseaba dejar de sentirlo a él sobre su cuerpo, arrastrándola con sus toques al abismo y bañándola de besos, pero tenían que detenerse.

—Co... Colin, espera —Keyra le enseñó a su boca a modular las palabras, porque ella por voluntad propia se negaba a hacerlo.

Colin apartó sus ojos verde turquesa de la piel cremosa de esas piernas femeninas y los levantó para encontrarse con los de ella. Keyra adivinó su mirada pícaro. Él trazaba seductores círculos con la punta de su lengua en la cara interna de uno de sus muslos, mientras la desafiaba con la mirada a decirle que parara.

—Colin —volvió a repetir con la voz cargada de deseo—. Por favor detente.

Él se cernió sobre ella mientras su mano derecha viajaba con una última caricia que abarcaba desde el tobillo hasta su cuello. Una caricia que prometía mil placeres si ella no lo interrumpía y a la vez era una muestra de lo que podía perderse si lo detenía.

—¿Keyra, realmente quieres que pare? —le preguntó junto al oído con voz cadenciosa.

—No, no quiero... pero es lo apropiado —agregó, incorporándose hasta sentarse erguida en el borde de la mesa.

—¿Apropiado? —Colin la flanqueaba con sus manos apoyadas sobre la madera, cada una al lado de su cadera. Su rostro a sólo un soplido de distancia—. ¿Tú me hablarás ahora de lo que es apropiado?

—Colin, no puedo...

—¿No puedes? ¿Keyra, acaso esto es una broma? ¡No puedo creer que después de secuestrarme me estés hablando de lo que es correcto!

—¡Colin, yo no te he secuestrado para que me violaras!

—¿Violarte? ¡Señor, si yo no te estaba violando! —tuvo que reír exasperado—. Estabas más que dispuesta. ¡Si hasta te he oído varios gemidos, mujer!

—Por favor no me avergüences.

—Dudo que la vergüenza sea una de tus cualidades —pronunció las palabras muy duramente y al instante se arrepintió de ello. Pero estaba tan conmocionado. Su cuerpo dolorosamente insatisfecho lo estaba matando, eso y no saber qué demonios hacía allí lo llenaba de rabia.

—Déjame bajar de aquí —le pidió ella con las lágrimas pujando detrás de sus ojos.

—¡No! —Colin cerró más la prisión en torno a ella—. No te dejaré hasta que no me digas quien eres y cómo terminé siendo tu rehén.

—Ya... Ya no lo eres —la muchacha ya no había podido contener el llanto—. No puedo seguir con esto. Vete Colin. Eres libre de irte cuando tú lo dispongas.

—Me iré, pero primero quiero saberlo todo. ¿Quién demonios eres, Keyra? Por tu forma de hablar puedo adivinar que eres una dama refinada —el tono de Colin se había apaciguado un poco.

—Mi nombre es Keyra... —empezó ella, sabiendo que ya no tenía sentido ocultarle nada. Al fin y al cabo él se iría y ella volvería al castillo a rogar que su hermano regresara pronto de Francia, antes de la llegada del Rey—. Mi nombre es Lady Keyra Graham.

—Sabía que no podías ser una aldeana —dijo satisfecho con su intuición—. ¿Así que Lady Graham, eh...? —Alzó una ceja en gesto interrogante—. ¿Qué locura te ha arrastrado a tener que cometer un rapto, mujer?

—Es una larga historia —ella prefería descartar ya el asunto. —Y tenemos toda la noche para que me la cuentes, así que Milady, puedes empezar a recitar —le dijo con tono irónico. —Te secuestre porque necesitaba tu ayuda. Eh... Yo necesitaba que te hicieras pasar por mi prometido. —¿Tu qué? —Colin explotó de rabia—. ¿Todo este jueguito ha sido para arrojarme un lazo al cuello? —¡No! Él había interpretado mal las palabras de la muchacha.—¿Lo has planeado muy bien, verdad? ¿Quién aparecerá por aquí ahora y nos encontrará en actitud sospechosa para que tenga que desposarme contigo? ¿Tu padre, algún tío? —especuló—. ¡Al menos me hubieras dejado terminar el asunto! —le dijo, echando una mirada lujuriosa a su escote que todavía permanecía desarreglado—. ¿Pero..., cómo sabías que yo estaba por las montañas? —quiso saber.

—Mi padre está muerto, lo han asesinado, y no tengo tíos — dijo con voz compungida—. Y deja de decir tanta sarta de idioteces, que ni yo sería capaz de maquinarse un plan tan absurdo — agregó indignada, mientras recomponía el aspecto de su ropa—. Además... ¿Por qué razón querría desposarme yo contigo si ni siquiera sabía de tu existencia hasta que te he visto hoy?

—¿No? ¿Realmente no sabes quién soy, ni has preparado todo esto para pescarme? —interrogó dudando.

El Laird Colin McDonalds, uno de los hombres más ricos y poderosos de Escocia, era un excelente partido y había crecido teniendo que lidiar con mujeres que habían querido atraparlo con ardides de los más extraños desde mucho antes de que él tomara el mando del clan. Por eso ahora sospechaba de Keyra.

—Sólo sé lo que me has dicho, que tu nombre es Colin... Y sé que luchas muy bien con las espadas. Te he visto hoy con los otros guerreros.

—Ah... —hizo un gesto de negación—. Estoy confundido —dijo sinceramente—. ¿Entonces cómo encajo yo en todo esto? ¿Por qué querías que me hiciera pasar por tu prometido?

—Necesitaba un hombre fuerte que infundiera confianza y seguridad a la gente del castillo de mi hermano, hasta su regreso. Necesitaba a alguien que pudiera organizarlos. Es que, verás... —dudaba entre decir una versión completa o la versión reducida. Optó por lo segundo. Colin era un guerrero, si ella le decía que tenía que presentarse ante el Rey y mentir, tal vez no aceptaría ayudarla—. Como te dije, mi padre ha sido asesinado y mi hermano ha tenido que viajar y aún no ha regresado. Hay personas que creen que él no volverá. ¡Yo sé que sí! —Dijo con firmeza—. Esas personas creen que la fortaleza está desprotegida sin un hombre al mando y buscan la manera de apoderarse de ella... Yo supuse que si les demostraba que alguien como tú estaba a mi lado, nadie se atrevería a arrebatármelas.

—¿Así que ese era tu plan? —Preguntó, alzando una ceja—. ¿Llevar al castillo a un desconocido sólo porque tuviese aspecto de fiero luchador y presentarlo como tu futuro esposo?

—Sí, pero ya no me parece una buena idea.

—¿Y al regreso de tu hermano qué harías con tu prometido? ¿Lo mandarías al diablo? ¿Lo descartarías cómo un viejo objeto en desuso?

—Colin, *mi supuesto prometido* no tendría ninguna razón para querer continuar con la farsa, por lo tanto le hubiese dado las gracias junto con una buena cantidad de oro y lo hubiese dejado volver a su hogar.

—¿Y si la persona elegida para representar el papel del supuesto prometido resultaba ser un mal hombre, peor que toda esa calaña de la cual tú debes defenderte?

—No había pensado en algo así... Ya veo que mi plan era descabellado y colmado de errores— Lo siento, Colin. Siento haberte involucrado en mis problemas, aunque agradezco a nuestro Señor por haberme topado contigo y no con un mal hombre.

—¿Y qué te hace pensar que yo no lo soy? —él se acercó más a ella, pretendiendo parecer amenazante.

—Porque me lo dicen tus ojos —le recorrió la mejilla con la punta de los dedos—. Nunca en mi vida he visto a una persona más sincera que tú.

Colin le atrapó la mano y le besó los nudillos con ternura.

—¿Dónde queda ese castillo tuyo? —quiso saber, girando la mano de Keyra y besándola en el interior de la muñeca.

—Yo lo llamo el último pedacito de Escocia —sonrió de lado. Su mirada era soñadora—. Desde las torres que apuntan al norte puedes ver el mar y desde las del sur tienes una vista espectacular del *Ben Hope*[4].

—¿Así que mar?

—¡*Aye*[5]! —le respondió mirándolo con la cabeza ladeada y los ojitos brillantes de

expectación.

Él se inclinó más sobre ella.

—No creo que sea un plan tan malo... —le sonrió de manera cómplice antes de proseguir—: Mañana iremos a tu castillo, hechicera y yo seré tu *prometido*.

—¡Oh, Colin! —Se lanzó a su cuello sin poder contener las lágrimas—. Gracias, gracias Colin. Me alegra tanto que aceptes ayudarme y que ya no seas más mi rehén.

—Ya no soy tu rehén —repitió él mecánicamente, mientras un raro pensamiento se le colaba en la cabeza... *¿Si ya no soy su rehén, por qué entonces me siento tan amarrado a ella?*

Capítulo V

Hacia el norte

—Cuéntame de ti, hechicera.

Los brazos de Colin la rodeaban y guiaban al caballo por un sendero rocoso, el cual podía resultar peligroso por su geografía salvaje y escabrosa. Algunas piedras se desprendían bajo los cascos del animal y caían rodando pendiente abajo hasta perderse en el lecho del arroyo.

—¿Y qué es lo que te gustaría saber, Colin?

Keyra, montando de lado, rodeaba la cintura firme de ese Dios pelirrojo y grababa en su mente los rasgos esculpidos de ese rostro que había aparecido en sus sueños durante toda la noche anterior.

—Todo aquello que tú quieras compartir conmigo. Qué hacías cuando sólo eras una niña, o una jovencita. Cómo es el hogar que te ha visto crecer... —le retiró delicadamente un rizo que la brisa había empujado hasta sus ojos y que con el resplandor del sol sobre él refulgía como hebras de bronce.

—Mmmm, déjame ver... Mi vida... ¡Oh, Colin, mi vida ha sido siempre tan feliz... —sus ojos le permitían a él corroborar aquella felicidad que ella quería transmitirle con sus palabras, aunque también pudo percibir la tristeza que se posó en ellos segundos después—, hasta hace seis meses —dijo en voz muy suave—. Nunca antes había sabido lo que podía significar el dolor. Un dolor profundo que desde ese día se enterró en lo más hondo de mi corazón y se adueñó por completo de mis días.

—Keyra, yo no quiero que los recuerdos te apenen —le dijo él, secándole las lágrimas.

—No son los recuerdos los que me apenan, porque no son sólo memorias, son desde ese día parte de mí, parte de mi vida. Cada nueva mañana es ese deseo de descubrir quién asesinó a mi padre, de hacer justicia, lo que me impulsa a abrir los ojos y levantarme de mi cama. Cada decisión que tomo, por más errónea que sea —dijo sonriendo de lado, una sonrisa sin un atisbo de diversión—, cada cosa que hago desde ese día funesto, es con un solo objetivo.

Colin se sorprendió de lo nítidas que podían adivinarse las emociones en ella. Podía jurar que era la rabia la que ahora empujaba sus palabras. Ella apretaba los puños, tenía los nudillos blancos de tanta presión que ejercía. Colin introdujo su mano entre esos finos dedos apiñados y los extendió

hasta que quedaron palma con palma, rozándose.

—Descubriremos la verdad, Keyra. Te lo prometo.

Y Colin realmente rogaba a Dios no estar haciendo una promesa que después no fuese capaz de cumplir, porque algo intenso que se había instalado en el interior de él deseaba verla sonreír. No con ese atisbo de sonrisa que parecía más una mueca, sino con alegría verdadera, una sonrisa que le llegara hasta los ojos y que le dibujara hoyuelos en las mejillas.

—Te estaré eternamente agradecida, Colin. Sea cual sea el resultado de ésta aventura, yo nunca olvidaré lo que estás haciendo por mí —Keyra lo miró a los ojos y cuando las miradas se fundieron, los dos sintieron una conmoción fugaz pero intensa...

Fueron presa de una extraña sensación de reconocimiento, y aunque nunca habían sabido de la existencia del otro hasta hacía poco más de un día, sintieron que se conocían desde siempre. Como si cada uno hubiese estado esperando la llegada del otro.

—¿Por qué has decidido ayudarme, Colin? —preguntó ella, intentando no profundizar en la poderosa sensación que la había invadido.

—Mmmm, él hizo un gesto despreocupado alzando las cejas y obsequiándole a ella la más seductora de sus sonrisas—. Puede que después de todo, tú sí seas una hechicera y me hayas embrujado para que haga tu voluntad.

—¡Oh, Colin, déjate de juegos! Esas cosas no existen... ¿O acaso tú crees en ellas?

—¡Claro que no! Al menos hasta ayer no las creía, pero si me preguntas ahora, Keyra, juraría que ya no estoy tan seguro. Tú me has hechizado con tus bonitos ojos verdes, con tu dulce voz —bajó el rostro hacia ella y Keyra creyó que él la besaría, pero Colin sólo se limitó a rozarle la frente con sus labios y cambió de tema radicalmente—. ¿Entonces, quienes viven contigo en el castillo?

—Eh... —el abrupto cambio de tema la desconcertó al principio.

Buscó seguir el ejemplo del hermoso guerrero y hacer de cuenta que no estaba encerrada entre sus brazos sintiendo su fuerte torso pegado a su propio cuerpo. Intentó imaginar que ella no lo rodeaba a él por la cintura, ni que el penetrante olor especiado que se desprendía de él no abarcaba todo su olfato, ni que sus ojos ya habían registrado cada poro de su piel perfecta o la curva de sus generosos labios.

Keyra concentró su atención en el camino agreste que iban dejando detrás. En los árboles que bordeaban el sendero y que los separaba a ellos de la pendiente cual cerca protectora.

—¡Uy, nunca creí que mi pregunta fuese tan complicada de responder! —bromeó él.

Entonces Keyra tomó consciencia de que había dejado que su imaginación vagara. Se recuperó al instante, no antes de sondear en su mente buscando cuál había sido la pregunta de Colin.

—Con mi hermano. Eh..., en el castillo vivo con mi hermano gemelo Ethan y con Ron Sutherland, un antiguo amigo de mi padre que nos adora a Ethan y a mí como si fuésemos sus propios hijos. El resto de los moradores son los fieles sirvientes y siempre están por ahí los guerreros del clan.

—¿Cómo es la aldea?

—¡Oh es tan hermosa! Una aldea pequeña pero pintoresca. Con extensos campos sembrados y con los botes y las redes de los pescadores, que ya son parte del paisaje. Somos gente acostumbrada a trabajar duro y codo a codo para hacer que la aldea florezca. Los Graham somos una gran familia, aunque no siempre nos unan los lazos de la sangre.

Ella hablaba con tanto orgullo de su gente y de su tierra y Colin no pudo evitar pensar que ella era una Lady digna de su título. Una Lady como la que él deseaba para *Skye*. Alguien que pudiese amar hasta a la roca más diminuta de su suelo y hablar con tal idolatría de su hogar. Entonces a Colin le llegaron las imágenes de Lady Katherine y cómo ella se había opacado en las Islas. Como ella no había podido enamorarse ni de sus posesiones ni de él. Sintió una punzada de dolor en su corazón y supo en ese instante que ya no quería volver a arriesgarse a sufrir una desilusión como esa, ni tampoco que otra vez lo volviera a sufrir su gente.

El pueblo de *Skye* había recibido con todos los honores a quien ellos creían que sería su señora, se habían encariñado con ella y después, igual que él, se habían visto obligados a verla partir.

No, Colin no quería volver a decepcionarlos. ¿O tenía temor de volver a decepcionarse él? ¿Sería tan arriesgado intentar enamorarse otra vez? ¿Era Keyra la mujer adecuada para él? ¿Cómo saberlo, si no hacía más de un día que la conocía?

Las preguntas revoloteaban en su cabeza como pájaros alrededor de un nido y eso lo estaba enloqueciendo. Regresó su atención al relato de Keyra, lo que fue un error, ya que a ella le brillaban los ojos de ilusión con cada palabra, con cada trozo de su historia que recreaba para él.

Le contaba cómo era ese pedacito de Escocia que ella tanto amaba, de los gritos de las focas que colmaban las bahías en otoño, de la bruma azul constante y del olor salado del mar. Le hablaba de los esqueletos de barcos que habían asediado las playas en épocas pasadas y que habían encontrado un lugar para descansar cerca de las costas barridas por las olas.

Volvió a preguntarse si realmente sería tan cobarde como para no arriesgarse con Keyra. Estaba perdido en el rostro de ella.

La añoranza se coló como la espesa niebla en la mirada de Keyra cuando ella le relató las numerosas veces que junto a su hermano Ethan había recorrido las arenas buscando tesoros traídos por la marea. Entonces le mostró un brazaletes que llevaba en su muñeca, la única pieza fina que portaba. Era una delicada banda de oro con grabados intrincados de la cultura vikinga, bellísima.

—Este lo encontró Ethan cuando sólo teníamos ocho años —resiguió los dibujos con su dedo

—. Recuerdo que yo estaba tan enfurecida porque ese día no había encontrado más que un madero y él una joya tan bonita —se sonrojó un poco al confesar su infantil ataque de envidia—. En el camino de regreso a casa, yo cómo una tonta refunfuñaba y él sólo aprovechaba para hacerme enfadar más... Cosas de niños, ya sabes.

—¿Y cómo terminó en tu muñeca? —quiso saber Colin, sabiendo muy bien de esos pleitos entre hermanos. Sin ir más lejos, él había aprovechado cada oportunidad para enloquecer a sus hermanas menores. Traerlas a su memoria le recordó a él cuanto las extrañaba, pero Keyra siguió hablando y él volvió a concentrarse en sus palabras.

—Después de llegar al castillo, Ethan desapareció y no volví a verlo en todo el día, ni siquiera bajó a cenar. ¡Y eso es decir demasiado con mi hermano! —sonrió con dulzura al recordar al muchachito atiborrándose de comida hasta quedar al borde del desmayo y lo extraño era que a pesar de comer tanto, siempre había tenido un físico privilegiado, sin un gramo demás de grasa.

—¡Me tiene intrigado el saber que puede haber sido tan importante para que un niño de ocho años deje de acudir a la cena!

Keyra sonrió con dulzura.

—Cuando más tarde en la noche me retiré a mi alcoba, encontré un paquetito junto a mi puerta —seguía tocando la fina pulsera con devoción y Colin notó que los ojos se le habían humedecido—. Estaba envuelto en un género de color crema y atado con varias cintas de colores. ¡Imagínate cuando lo abrí! —inspiró hondo para poder seguir hablando, las lágrimas ya le caían a borbotones. Cuando Colin quiso secarle los ojos, ella se lo impidió moviendo la cabeza con determinación—. Ethan había limpiado y pulido el brazalete y me lo había dejado con una nota escrita con sus garabatos apretados y desperejados. A él nunca le había gustado mucho practicar la escritura —acotó—. La nota decía: *Siempre ha sido para ti*. Puede que a los ocho años la joya en un primer momento me haya deslumbrado, pero después, con el correr del tiempo, para mí cobró otro valor que nada tenía que ver con el oro con el cual está hecho. ¡Podría ser de latón y para mí sería el objeto más valioso!

—Tu hermano debe quererte mucho, Keyra. Es infrecuente que un muchachito les demuestre a sus hermanas cuánto las quiere. Eres afortunada, o tal vez pensándolo mejor, el afortunado sea él por ser capaz de expresarlo —meditó.

—¿Por qué siento que sabes de qué hablas?—ella lo miró a los ojos, pero él había desviado la mirada hacia el camino.

—Porque es así. Tengo tres hermanas menores a quienes adoro, pero que jamás me escucharon decírselos —el tono de su voz dejaba traslucir lo arrepentido que se sentía.

—Estoy segura de que ellas lo saben, aunque de todas formas, puedes solucionarlo en cuanto las tengas en frente. Nunca es tarde Colin. Cuando los sentimientos que están en el corazón piden ser expresados con palabras, nunca es demasiado tarde para pronunciarlas.

—Tienes razón, muchacha —Colin se quedó pensativo un momento, antes de proseguir

hablando—. Voy a hacerte una pregunta tonta. ¿No son las tierras de tu padre el motivo por el cual has emprendido toda esta aventura, verdad? ¿Es por tu hermano?

—Sí. Deseo devolverle el gesto —le sonrió de lado—. Cuando mi hermano regrese. ¡Porque él ha de regresar! —Exclamó con énfasis—. Deseo poder decirle: *Aquí están tus tierras, Ethan. Aquí está tu legado y yo he podido cuidar de él, porque siempre ha sido para ti.* ¡No voy a permitir que se las arrebaten! —Dijo, irguiéndose en la montura cual una reina—. ¡Lo juro por mi vida!

—Lord Graham debe sentirse muy orgulloso de tener una hermana como tú.

—Soy yo quien está orgullosa de tenerlo como hermano. Verás, él siempre ha sido mi mejor amigo y hasta un poco padre también. Me ha protegido, me ha cuidado y gracias a él he salvado mi vida.

—¿Cómo es eso? —preguntó realmente interesado.

—Ethan me ha enseñado desde pequeña a defenderme. ¡Claro que jamás se lo contamos a mi padre! ¡Hubiese puesto el grito en el cielo! Mi padre se empeñaba en que yo recibiera educación para ser una dama. Coser, bordar, buenos modales, educación... y una larga lista de cosas en su mayoría aburridas. Sin embargo, mi hermano estaba convencido de que yo tenía que ser capaz de defenderme en caso de que algún día me encontrase en una situación peligrosa y él no estuviese cerca —ella se detuvo a meditar—. Es como si hubiese tenido algún presagio —espantó la idea con un movimiento de negación con la cabeza.

—¿Un presagio? ¿Algo así cómo una premonición, ver el futuro?

—No sé, pero cuando pienso en lo que sucedió... —se alzó de hombros—. Ethan me enseñó a luchar con una espada, a disparar con un arco —ante esas revelaciones, Colin entornaba los ojos, incrédulo—, y también a manejar una daga.

—¡Señor, estoy frente a una *valkiria*[6]! —bromeó Colin con dulzura.

—¡Ni te imaginas! ¡Sólo que hoy no he traído a mi caballo alado! —Se rió ella antes de proseguir—: Cuando cumplí doce años —dijo ahora con mayor seriedad—, y también en secreto, Ethan me obsequió un puñal y me ordenó que nunca me separara del arma.

—¿Alguien los amenazaba?

—En ese tiempo yo nunca había notado nada, pero puede que él sí, porque cómo te dije, no me pedía, me ordenaba que portara el cuchillo.

—¿Y finalmente algo sucedió, verdad?

—Sí... poco más de tres años después. Ethan había viajado a Francia enviado por mi padre en una visita a mi tío, el hermano de mi madre, que es francés. Hacía dos semanas que había partido y no regresaría por cuatro meses. Yo acostumbraba a pasar por el establo a llevarle una manzana a mi caballo antes de retirarme a dormir. Esa era una noche cerrada, oscura, la luna apenas asomaba

detrás de los espesos nubarrones unos segundos y al poco rato volvía a ocultarse.

—No deberías haber salido sola —la reprendió.

—Lo hecho, hecho está —dijo alzándose de hombros. Qué sentido tenía ser reprendida por algo que ya no se podía regresar en el tiempo—. Mi garañón estaba inquieto, no dejaba de piafar y de lanzar bufidos. Era como si sintiese alguna presencia extraña. Yo en cambio no notaba nada. Intenté tranquilizarlo, pero ni con la manzana logré calmarlo. Decidí que lo mejor sería buscar a papá; me figuré que tal vez él podría saber que le ocurría. Caminé hacia la puerta del establo que permanecía entre abierta, dejando filtrar un débil haz de luz y me faltaban un par de pasos para llegar cuando atisbé una sombra oculta moverse detrás de unos fardos. Apresuré el paso, pero él fue más veloz que yo y me atrapó por la cintura a la vez que me tapaba la boca. Sé que era un hombre, aunque no pude verle el rostro —ella se estremeció recordando el horroroso momento, recibiendo cómo consuelo el refugio apretado entre los brazos de Colin.

—Keyra... —el pelirrojo estaba conmocionado oyendo la historia. Sentía deseos de asesinar a ese desconocido por el hecho de haber querido hacerle daño a esa muchacha. ¡Hervía de rabia!

—Tenía tanto miedo y no podía gritar. Él nunca quitó su mano sudorosa de mi boca. Me empujó hacia el suelo cubierto de paja y se echó sobre mí. ¡El maldito quería violarme! —dijo indignada—. No podía verle el rostro, que oculto bajo una capucha se mantenía en las sombras. Sentía su aliento agitado y con olor a whisky sobre mi rostro. Él no pronunció ni una palabra.

—Tal vez era alguien conocido y si hablaba temía que lo reconocieras —consideró Colin.

—Sí, es probable —analizó—. Cuando liberó mis muñecas para subirme la falda, encontré mi oportunidad. Le pegué con mi rodilla en..., bueno..., tú ya sabes dónde —sonrió orgullosa—, al mismo tiempo saqué mi daga, que llevaba oculta entre los pliegues de mi vestido y se la enterré hasta el comienzo de la empuñadura en el hombro izquierdo. ¡Tiene que guardar una buena marca de recuerdo, el muy cabrón! —dijo satisfecha.

—¿Lo atraparon? —preguntó sinceramente preocupado y acariciándole el cuello, que ella sin darse cuenta había mantenido rígido mientras hablaba.

—No. Yo aproveché la debilidad de él, recuperé mi cuchillo y salí corriendo hacia el castillo; pero cuando minutos después el establo se llenó de guardias, sólo quedaba la mancha de sangre. Buscaron por todos lados y mi padre obligó a cada hombre mayor de doce años a mostrarle el hombro izquierdo. Ninguno de ellos tenía la herida y nunca pudimos saber quien había sido el atacante.

—¡Maldito cerdo!

—¡Sí, maldito cerdo! —repitió ella—. Como ves, gracias a Ethan salvé mi vida. ¡O al menos mi virtud! Y desde luego que desde ese día, fue mi padre personalmente quien agregó a mi lista de instrucción todo tipo de luchas y defensas posibles, además de adosarme un guardia permanente —dijo ya no muy divertida y elevando los ojos al cielo.

Le molestaba bastante ser seguida constantemente, a donde fuese que se dirigiese, por un enorme highlander. A decir verdad, esa era la primera vez que se escabullía de su guardián. ¡Podía imaginárselo buscándola hasta debajo de las piedras!

—Eres muy valiente, Lady Keyra Graham. Y en cuanto esté frente a tu hermano, lo felicitaré por su brillante idea de armarte con una daga... Y hablando de daga. ¿No será ese el mismo puñal con el cual me has amenazado, no?

—Me temo que sí, Colin... —dijo ocultando la mirada para que él no notara cuan divertida estaba—. He hecho la promesa de nunca separarme de ella y siempre cumplo mi palabra.

—¡Mmmm! Entonces lo pensaré mejor eso de las felicitaciones a Lord Graham por *su brillante idea* —dijo bromeando.

* * *

Colin y Keyra llegaron a las tierras de los Graham al día siguiente, a mitad de la tarde. A medida que el caballo con los dos jinetes cruzaba, primero la aldea al pie de la fortaleza y después el patio del castillo, los aldeanos iban abandonando sus actividades para observarlos con curiosidad y la mayoría de ellos, seguirlos.

Varias mujeres que trabajaban en el huerto fueron poniéndose de pie. Algunos pescadores dejaron sus redes en el suelo para concentrar su atención en ellos y los guardias que en ese momento tenían sus ejercicios de práctica descansaron sus armas. Hasta los martillazos constantes del herrero dejaron de escucharse para dar paso sólo a los murmullos que acompañaron a la comitiva.

Keyra hacía acopio de todas sus fuerzas para que nadie notara lo nerviosa que se encontraba, aunque a Colin no le pasó desapercibida la respiración acelerada ni lo fuerte que la muchacha se aferraba a la montura.

—Shhh —le musitó al oído con voz suave y melodiosa—. Tranquila Keyra, todo saldrá bien.

—¡Cielos! Es la primera vez que le presentaré a la gente del clan a un prometido... Aunque no sea más que una farsa —admitir eso le produjo a ella una honda punzada de dolor en el centro del pecho que intentó pasar por alto, pero que de ninguna manera fue capaz de desterrar.

Colin también fue presa de una extraña sensación al pensar que en algún momento todo aquello tendría un final. Que *su noviazgo* con Keyra era tan falso cómo habían sido sus tontas ilusiones al creer que Lady Katherine podría haberlo aceptado cómo esposo. También se sorprendió al descubrir

que pensar en Lady Katherine McInnes y en su rechazo, ya no lo afectaban. Pero no tuvo tiempo de darle vueltas al asunto, porque habían llegado hasta la entrada del castillo. Keyra había girado al caballo y decenas de rostros indagadores los miraban con los ojos agrandados por el asombro.

Colin decidió apearse del jamelgo. Una vez en el suelo sostuvo a Keyra de la cintura y la ayudó a desmontar. Durante ese instante sus ojos se encontraron y la pareja se vio envuelta en una atmósfera extraña, casi mágica, dónde los sentidos parecían agudizarse. Allí en dónde sus cuerpos estaban en contacto, la piel les quemaba y un deseo abrasador de besar y de ser besados los tomó a los dos por sorpresa.

Lo que los devolvió de golpe a la realidad fue el murmullo, cada vez más elevado, de los lugareños quienes se preguntaban quién era ese gigante pelirrojo. Keyra se volteó hacia ellos. Animándose a tomar a Colin de la mano con fuerza para darse valor y mirándolos de frente, a toda su gente, a la aldea que la había visto crecer y convertirse en la mujer que era hoy, les mintió.

—Este hombre es mi prometido —dijo con voz temblorosa—. Mi futuro esposo —concluyó, ya con mayor firmeza.

Después de unos instantes de silencio, en los que las personas se detuvieron a analizar las palabras de su Lady, ellos estallaron en aplausos y vítores. Se oían distintos gritos, hasta que una sola frase fue extendiéndose por todo el lugar y que cada persona del poblado, desde la más joven hasta la más vieja, terminó exclamando entusiasmada a voz en cuello.

—¡Qué se besen! ¡Qué se besen!

Antes que Keyra pudiese negarse argumentando alguna excusa, Colin tomó la iniciativa. Se puso frente a ella con una sonrisa pícaro dibujada en el rostro, una sonrisa que le llegaba hasta los ojos verde turquesa y que hechizó a Keyra hasta el punto de hacerle perder la noción del tiempo y del lugar.

Nada, ni nadie más existía. Al menos en ese pequeño pero maravilloso instante en el que el highlander más guapo que ella había visto jamás capturó su boca con dulzura, y aunque aquello no era más que una farsa, Keyra sintió que ese beso era el momento más auténtico de toda su vida. También supo que ya nada sería igual para ella, porque de alguna manera inexplicable y por qué no inoportuna, se había, irremediablemente, enamorado de ese hombre del que no sabía absolutamente nada, más que su nombre.

Capítulo VI

En las tierras de los Graham

—¡Milady! ¡Milady! ¡Gracias al cielo que usted ya está de regreso y que nada malo le ha ocurrido! —el hombre, de unos cincuenta años, se desvivía en reverencias delante de la pareja que avanzaba por el gran salón.

—¡Ron, deja de inclinarte o quedarás doblado en dos! —lo reprendió Keyra con dulzura.

—¿Él es..., su prometido? —preguntó en voz baja acentuando intencionalmente la palabra *prometido* y observando al pelirrojo de arriba abajo con desconfianza.

—Sí, él es mi prometido.

Keyra no prestó atención al bufido de Ron.

—Cuéntame por favor si se ha sabido algo de mi hermano —le pidió—. ¡Y quiero enterarme de todo lo que haya ocurrido aquí en el castillo durante mi ausencia!

—Lamentablemente no ha habido noticias de Lord Graham, Milady —exclamó con pesar—. En cambio, me temo que no le gustará saber que contamos con la inesperada visita de su primo.

—¡Já! ¡No creo que se lo pueda tildar de inesperado! —Refunfuñó con rabia la muchacha—. ¡Era de esperar que mi primo nos regalara su *grata presencia* más pronto que tarde! —dijo rebotando de ironía.

—Tiene usted toda la razón, Lady Keyra, toda la razón —negó con la cabeza en gesto apesadumbrado. Parecía mucho más viejo que cuando Keyra lo había dejado un par de días atrás a cargo de la fortaleza.

—¡Venga, Ron! Saldremos de ésta —lo animó ella con un par de palmaditas en el hombro—. ¿Y dónde está Robert que aún no lo he visto? —preguntó ella escudriñando todo el salón y las escaleras.

—No lo busque, Milady, él ha salido de caza en la mañana y no creo que regrese hasta la hora de la cena. —Bueno, eso nos otorga unas horas de respiro para prepararnos —Keyra dirigió una mirada a Colin—. ¿Te apetecería un buen baño? —¡Querida, has pronunciado las palabras mágicas!

—exclamó con un suspiro. Colin ya había perdido la cuenta de cuando se había dado el último baño decente y en ese momento nada le resultaba más tentador que agua caliente y jabón. Aunque al echarles una furtiva ojeada a las curvas de Keyra, bien podía quedar el baño en segundo lugar. Nadie advirtió la fugaz sonrisa que le cruzó por los labios, ni las sensuales imágenes que de pronto le invadieron los pensamientos.

Keyra ordenó a un par de criadas que se encargaran de enviar una tina, agua caliente y todos los implementos necesarios para el baño al cuarto de Colin y otro conjunto igual para su propio cuarto.

—Ron, nos vemos antes de la cena. Me gustaría seguir conversando contigo, pero ahora necesito adecentarme un poco —dijo la muchacha, sacudiendo una mancha en su falda para dar crédito a sus palabras.

—Sí, Lady Keyra, vaya tranquila que yo estaré aguardando por usted aquí mismo —el fiel protector hizo una reverencia mientras miraba de reojo al highlander antes de alejarse.

—Parece que a tu guardia no le gusto mucho —murmuró Colin, observando divertido al hombre que acababa de alejarse de ellos.

—No es nada personal contigo —se apresuró a aclarar ella—. En su naturaleza está el ser desconfiado.

—¡Si tú lo dices! —se alzó de hombros. Tampoco le importaba demasiado si le simpatizaba o no a ese hombre. Al fin y al cabo, en un par de días saldría de ese castillo de regreso a sus queridas Islas y toda esa loca aventura no sería otra cosa más que parte del pasado.

—Ven, Colin —Keyra lo tomó de la mano para conducirlo hacia las escaleras—. Te mostraré tu cuarto y espero que sea de tu agrado —le decía ella mientras subían los escalones de piedra, iluminados por antorchas adosadas a la pared.

Se detuvieron en la segunda puerta del lado derecho que había en el corredor. Allí el aire se sentía más frío.

—¿Éste es? —le preguntó él cuando ella le dijo que aguardara un momento.

—No, éste es el cuarto de Ethan —le respondió ella con la mirada ensombrecida—. Sólo entraré allí un momento a buscar algo de su ropa para ti. ¿Puedes esperarme aquí?

—¿No le molestará a él que yo use su ropa?

—¡Claro que no le importará prestarte algunas cosas! —se apresuró Keyra a decirle—. Además, él es casi tan alto como tú, así que su ropa te quedará perfecta y así podrás entregar tus prendas a las criadas para que las limpien —agregó antes de desaparecer dentro del amplio dormitorio.

Keyra encendió una vela y recorrió con la mirada la estancia. Cada rincón daba un indicio de

la fuerte personalidad de Ethan. Las líneas simples y masculinas de los muebles, los colores sobrios de los doseles y las cortinas, la interminable pila de libros sobre la mesa junto a la chimenea, el penetrante perfume del cuero y de las especias... El olor de Ethan, que aún permanecía impregnado en cada centímetro del cuarto.

Keyra no se resignaría a perder a su hermano, entonces ideó un nuevo plan. Enviaría esa misma noche una partida de hombres hacia Francia y en cuanto terminara todo ese asunto de la visita del Rey, ella misma emprendería un viaje en su busca si él aún no había regresado para ese día. Sólo esperaba que el Monarca se diera prisa por llegar o la impaciencia la consumiría.

—Keyra... ¿Te encuentras bien? —preguntó Colin desde la puerta, sin dar ni un sólo paso más que lo necesario para apenas asomarse dentro del dormitorio.

—Sí, Colin —dijo ella, apartando su tristeza a un rinconcito oculto en lo profundo de su corazón—. Saldré en un momento.

La muchacha hurgó dentro de un pesado arcón de roble y cuando consiguió lo que buscaba, apagó el cirio que había encendido minutos antes y salió del cuarto.

—¡Creí que te habías perdido allí dentro! —bromeó él.

—Eh..., no encontraba la ropa —mintió ella, mientras emprendía nuevamente la marcha a lo largo del corredor.

—Ah, eso explica tu tardanza —agregó él con solemnidad y no creyéndole ni una letra, a la vez que observaba de reojo cómo ella se sonrojaba. *¡No sabes mentir, hechicera!*

—Éste, eh... Colin éste es tu cuarto —Keyra abrió una puerta a mitad del pasillo—. Y el mío es justo el que está en frente —señaló la puerta en cuestión.

—Entonces, ahora sí hemos llegado —no le pasó desapercibida la escasa distancia que los separaría durante la noche.

—Así es y si necesitas algo sólo tienes que dar un par de pasos —miró hacia la escalera. Se oían fuertes pisadas—. Deben ser los criados con la tina —dijo, señalando con la cabeza en esa dirección.

—¡Gracias a Dios! —Exclamó Colin, elevando los ojos al cielo—. ¡No veo la hora de quitarme toda esta mugre!

Ella sonrió.

—Toma, Colin —Keyra le extendió el bulto que llevaba en los brazos—. Ropa limpia. ¿Otra respuesta a tus plegarias? —agregó sin dejar de sonreír.

—¡Nuestro Señor me ha oído, querida! —dijo, sosteniendo la camisa de color azafranado y el *plaid* rojo y negro, y aprovechando para acariciarle a ella los dedos furtivamente al tomar las

prendas.

—Y hay otra cosa más entre medio —señaló ella, retirando con las manos temblorosas por el roce, un par de medias a cuadros que él aún no había visto.

—¡Cielos, calcetines secos! —Colin la estrechó entre sus brazos y la besó fugaz, aunque efusivamente en la frente, justo antes que aparecieran los criados cargando la tina y los cubos humeantes—. ¡Gritaría de felicidad! —exclamó guiñándole un ojo.

—¡Disfruta de tu baño, querido! —Se animó ella a decirle ante la atenta mirada de los sirvientes—. Te veo en el salón a la hora de la cena —le sonrió seductora.

Colin se quedó perdido en el contoneo de las caderas de Keyra hasta que ella desapareció dentro del dormitorio.

¡Bella hechicera, me tienes embobado!, pensó con una sonrisa tonta dibujada en los labios.

—Mi señor, se le enfriará el agua —le dijo una criada que intercambiaba risillas tontas con otra al ver que él no se movía del portal y que permanecía con la mirada fija en la puerta cerrada de en frente desde hacía ya un buen par de minutos.

Todos los sirvientes ya habían llenado la tina y ya nadie quedaba en su cuarto.

—¿Eh? ¡Oh sí, el agua! Gracias, muchachas.

Las últimas dos criadas sonrieron divertidas y se alejaron hacia las escaleras cuchicheando entre ellas cosas cómo: *Milady lo tiene turulato* y *Está loquito por ella*.

Colin no pudo más que sonreír para sí. Las muchachas no se equivocaban, Lady Keyra Graham lo tenía atontado. Se sentía como un muchacho enardecido. Ya no recordaba cuando había sido la última vez que había deseado con tanto frenesí hacer suya a una mujer. Y decidió que lo mejor era darse pronto un baño, antes de derribar la puerta de la dama y hacerle el amor hasta que los dos se olvidaran hasta de sus propios nombres.

* * *

Keyra agregó unas gotitas de aceite perfumado al agua de su baño y se sumergió en ella dejando que la calidez la relajara, mientras su doncella le lavaba el cabello con abundante jabón.

—¡Milady, sí que es guapo su prometido! —rompió el silencio la muchacha.

—¡Verdad que sí! —dijo con voz lejana y permitiéndose soñar que el hermoso highlander de los cabellos de fuego y con el rostro de un ángel, que en ese momento estaría gloriosamente desnudo y cubierto de agua y espuma, era realmente su prometido... Y se obligó a detener a su enloquecida mente antes de comenzar a suspirar de deseo.

—¡Oh sí, lady Keyra! ¡Ese es el hombre más atractivo que ha pisado las tierras de los Graham!

—¡Quiero estar bonita para él, Fiona! —Exclamó Keyra en voz alta—. ¿Me ayudarás? —preguntó ya sin poder hacer nada para borrar sus palabras, las cuales ella hubiese preferido que sólo permanecieran ocultas en su cabeza.

—¡Claro que sí, Milady! —dijo la doncella, rebosante de entusiasmo, al tiempo que le aclaraba el cabello con agua limpia.

Cuando Fiona terminó su trabajo y permitió que Keyra se mirase al espejo, la muchacha no podía creer que fuese ella la del reflejo.

—¡Oh, Fiona! ¿Verdaderamente soy yo?

—¡Lady Keyra, por supuesto que es usted y está hermosa! —Expresó con ternura la joven, acariciando los rizos castaños sueltos alrededor del bonito rostro y que emitían destellos rojizos al ser iluminados por el fuego de la chimenea—. ¿Acaso usted nunca se había mirado al espejo?

—Sí, sí que me he mirado al espejo. ¡Pero jamás me había visto así! —exclamó estupefacta.

Keyra giró para ver cómo le sentaba el vestido de color borgoña con bordados de hilos de oro en el cuello y en los puños y una fina cadena de oro a modo de cinturón alrededor de las caderas. Sólo había una palabra ¡Bellísimo! El corte delicado y entallado hasta la cadera destacaba cada curva de su esbelto cuerpo. Siempre envuelta en gruesos *tartanes*, ella jamás había notado que tenía esas formas tan femeninas y le parecía, que bastante atractivas.

—¿Crees que le gustaré a él?

—¡Lady Keyra, creo que a él le encantará!

—¡Ay, Fiona, espero tengas razón! —Suspiró mientras se dirigía a la puerta—. En todo caso lo averiguaremos en la cena —se alzó de hombros—. ¡Gracias mi querida Fiona, tú has hecho un buen trabajo!

Keyra llegó al salón en dónde la esperaba Ron. Él estaba sentado en uno de los bancos de madera junto al fuego. Nadie más estaba en la estancia. Ella notó que el hombre se veía preocupado y bastante nervioso.

—Ron —lo llamó Keyra, mientras se acercaba—. Aquí estoy y ahora podrás decirme que es lo que tanto te preocupa.

—Milady —el hombre se puso de pie para hacerle una reverencia y acompañarla a ella hasta una silla con cojines de color morado.

—¡Estoy esperando, hombre! —Exclamó, puesto que Ron permanecía en silencio. Mientras, tomaba asiento—. ¡Déjate de dar vueltas y vuelve a sentarte! —Señaló un lugar frente a ella—. ¿Qué te inquieta?

—¿Quién es él, Milady? —Señaló hacia las escaleras con la cabeza—. ¿Dónde encontró a su prometido? ¿Qué sabe de él? —dijo en voz muy baja para que nadie más escuchase.

—Es un buen hombre, Ron —lo tranquilizó ella—. Con eso me basta y tendrá que ser suficiente explicación para ti también.

—¡Pero Lady Keyra! —Protestó el guardia—. ¿Cómo sabe que él no es peor que su primo? ¿Qué no intentará obtener sus propios beneficios o propasarse con usted?

—No sé de qué manera explicarlo, Ron, pero simplemente tengo absoluta confianza en Colin.

—Colin, Colin... ¿Colin, qué? ¿Acaso tiene algún apellido? —preguntó inquieto.

—Para ser sincera contigo, no se lo he preguntado todavía... No me pareció tan importante —descartó el asunto con un gesto despreocupado—. Pero si es tan significativo para ti, se lo preguntaré en la cena.

—No sé, Milady. No puedo discutir que él infunda temor por su tamaño y valga para su plan... ¡Pero con todo respeto, Lady Keyra, ese hombre parece un pordiosero! ¿Ha visto sus fachas? ¡Estaba cubierto de mugre, como si hubiesen pasado varios y largos días desde su último baño! ¡Si es que alguna vez se ha bañado! —masculló por lo bajo.

—¡Oh, Ron, claro que Colin no parecía un pordiosero! —Keyra no pudo dejar de reír—. Puede que estuviese un poco sucio, pero no tenía más tierra de la que me cubría a mí también.

—¡Oh no, Lady Keyra, ni por asomo se lo podría haber comparado con usted a ese hombre! Yo sigo pensando que es un vago o lo que es peor, un delincuente.

—¿Cómo es eso que tienes un prometido, querida prima? —sonó a sus espaldas la voz grácil y sarcástica, inconfundible de Robert Graham.

—El rumor es cierto, Robert —dijo Keyra seriamente. La sonrisa se le había borrado por completo—. Y tendrás el honor de conocer a mi futuro esposo hoy en la cena —completó, mirándolo de frente.

—A partir de ahora puedes referirte a mí como Sir Robert Graham —el recién llegado, haciendo oídos sordos a lo que ella le decía, se acercó y la besó en la mejilla, luego se sentó despreocupadamente en frente, demasiado próximo para el gusto de la muchacha.

—¿Y eso? ¿Desde cuándo? —preguntó ella, intrigada.

—Desde que su majestad el Rey Jacobo me ha proclamado *Baronet*[7], querida —exclamó con preponderancia.

—¡Oh, Baronet! —exclamó fingiendo admiración—. ¿No es ese el título que su majestad ha creado hace poco más de cinco años con el fin de aumentar sus ingresos? —Tamborileó con sus dedos sobre su barbilla cómo si pensara en algo—. Si la memoria no me falla, en el año mil seiscientos once y que se puede comprar por... No recuerdo la cifra —dijo con ironía—. ¿Era poco más de mil libras, no es así? —preguntó burlona.

—Mil ochenta, para ser más exactos —agregó él de poca gana.

—¡Ah, mil ochenta libras por tu flamante título! ¡Has pagado una pequeña fortuna, Sir Robert! ¿Pero acaso no te ha alcanzado tu dinero para comprar algo más, cómo una Baronía, un Vizcondado o lo que hubiese sido absolutamente de lo más elevado, un Condado?

—Ya puedes ir terminando con tu ironía, Lady Keyra y no olvides que disfruto de los favores del Rey. No te conviene estar en malos términos conmigo —sentenció, fulminándola con una mirada directa.

—¿Es eso una amenaza, Sir? —preguntó la muchacha haciendo frente a su primo.

—Puedes tomarlo como una advertencia —él hizo una mueca de indiferencia con su boca antes de proseguir—. Pero piénsalo, Keyra —ya su tono había sido suavizado—, cuando el Rey nos honre con su presencia para desposarnos, al menos tendré un título para ofrecerte.

—¿No sé por qué sigues insistiendo con esa idea? —Alzó los ojos al cielo—. ¡Robert, yo jamás seré tu esposa! ¿Acaso no has oído que mi prometido está en el castillo?

—¡Vamos, Keyra! —Soltó en tono burlón—. ¿No esperarás que me crea semejante cuento?

—No es ningún cuento, Robert. ¿Además, no sé qué es lo que te resulta tan poco creíble? —inquirió ella.

—¡Keyra, tienes veintidós años y nunca has tenido un prometido! ¿Y ahora esperas que me crea que de un día para otro te ha aparecido un novio? ¡No señor, esto me huele a puro cuento! —Robert acomodó los encajes del puño de su camisa y revisó que las puntas de sus zapatos aún brillaran, como si nada fuese más importante que su pulcra apariencia.

—¡Espera y verás! —pronunció Keyra, observando detenidamente al hombre que tenía frente a ella.

Robert Graham, a sus treinta y cinco años, no podía ser tildado cómo un hombre estrictamente guapo, sin embargo había mujeres que lo encontraban encantador.

Bastante alto con casi un metro ochenta y cinco. Todos los Graham lo eran, pensó Keyra. Su abuelo había sido un hombre alto; también su propio padre y su tío, el padre de Robert; y Ethan... hasta ella misma era bastante alta. ¡Sí, todos los Graham tenían buena altura!

Su primo, en contraste con Ethan y con el resto de los hombres de la familia quienes habían sido bastante musculosos, era delgado y con una apariencia refinada; más al estilo aristocrático inglés. Al parecer era un legado de su madre, quien había nacido en la campiña inglesa. Hasta la forma de hablar de Robert, cultivada en suelo londinense, dónde él tenía una propiedad y en dónde pasaba la mayor parte del año, carecía del rústico acento escocés.

Robert llevaba el cabello rubio peinado de manera impecable. Atándolo en una coleta en la nuca dejaba el rostro despejado, en donde sus ojos verdes, tal vez el único rasgo definitivamente bonito y esto herencia indiscutible de los Graham, quedaban en primer plano. Una nariz aguileña y unos labios finos completaban el conjunto.

No eran los rasgos, sino las maneras despectivas y crueles de Robert los que hacían que Keyra despreciara a su primo desde que tenía uso de razón.

Él siempre se había encargado de repetirle una y otra vez, a medida que Keyra iba creciendo y hasta convencerla de que él no le mentía, que ella no era una muchacha bonita. Y cómo ningún hombre jamás se interesaría en ella, finalmente terminaría casándose con él. El único hombre capaz de sacrificarse para que ella no quedase soltera por el resto de sus días.

¿Pero si no soy una mujer atractiva, entonces por qué Robert me mira de esa manera, como si fuese el bocadillo más delicioso y él estuviese muerto de hambre? Se había preguntado Keyra decenas de veces. Siempre se había sentido incómoda en su presencia, puesto que él parecía desnudarla con su mirada, tal como él hacía ahora, con sus ojos clavados justo en su escote.

Keyra empezaba a sospechar que todo lo que él siempre le había dicho, no habían sido más que mentiras en un plan para que ella, sintiéndose poco atrayente, finalmente terminara cediendo y aceptándolo a él.

El salón había comenzado a llenarse de personas que ocupaban sus lugares en las largas mesas preparadas para la cena.

—Entonces, querida prima, ¿crees que tu prometido bajará a cenar o tendremos que llevarle la comida al cuarto? —aguijoneó Robert con los ojos brillándole de triunfo al ver que nadie aparecía.

—¡Bajará! —replicó ella, convencida.

—Bueno, bueno... ¿Y cómo debo llamar a tu ausente prometido?

—Colin —se oyó la voz reverberando a lo largo de la estancia. Pero no había sido Keyra quien había respondido, sino una voz masculina melodiosa y con marcado acento escocés—. Puede llamarme Colin, ya que al parecer seremos primos.

Robert no podía dar crédito a lo que veía. Un enorme highlander pelirrojo, al que todas las mujeres se le echarían al cuello, supuso, se había acercado a Keyra y después de besarle los nudillos, ahora la tomaba posesivamente de la cintura, como si realmente ella le perteneciera a él.

Era más que notoria la rabia que en ese momento le carcomía a Robert las entrañas y que le había subido el rostro a un tono rojo profundo que hacía juego con uno de los tapices que colgaba en la pared a sus espaldas. Apretó los puños y quiso hablar, pero las palabras de pronto se le habían atascado en la garganta, la cual necesitaba un trago urgente, porque se le había secado tanto como si hubiese tragado un puñado de tierra.

—Es un placer conocerle, primo —dijo Colin, extendiendo su mano hacia el rubio anonadado y disfrutando plenamente del desconcierto del hombre que tenía frente a él y del cual había logrado borrar la mirada lasciva por completo.

Robert, aún sin poder hallar las palabras, extendió mecánicamente su mano sudorosa. Colin la estrechó, haciéndole notar con ímpetu algo de su fuerza, después la restregó en el tartán para secarse el sudor que le había dejado la mano del hombre rubio.

—Vamos a la mesa, querido —dijo Keyra, dirigiéndose a Colin. Rebosaba de satisfacción, puesto que sabía que había ganado la primera batalla. De reojo atisbó también la reacción de Ron que de un momento a otro había quedado pálido en contraste con Robert. ¡Y no era para menos! Ella se permitió sonreír... ¡Un pordiosero había dicho Ron!

Hasta cubierto de mugre se había podido adivinar que Colin era atractivo, pero ahora, con el cabello limpio y suelto sobre los hombros, con la ropa impecable, sin una partícula de polvo, él estaba increíblemente guapo y majestuoso.

Colin caminaba erguido y resuelto entre la gente, representando a la perfección su papel de futuro esposo y custodio del castillo. Exudaba poder, lo rodeaba un aura de autoridad. No parecía menos que un gran señor. *Un Laird*, se sorprendió pensando Keyra.

Capítulo VII

El falso prometido

Colin tomó asiento a la cabecera de la mesa principal y ordenó se sirviera la cena. Keyra ubicada a su derecha, no dejaba de observarlo. En realidad, ni una sola persona en todo el salón podía quitar los ojos de ese hombre. Era magnético.

—Sutherland —dijo Colin, dirigiendo su mirada hacia el hombre que ocupaba un lugar a su izquierda—. Tengo entendido que usted ha estado a cargo de la fortaleza estos días en los que mi prometida estuvo ausente —enfaticó las palabras alzando una de sus cejas rojizas.

—Así es... mi señor —respondió el aludido, con la voz algo dubitativa y atusándose el cabello que antaño había sido oscuro, pero en el que ahora eran las hebras cenizas la parte mayoritaria de su cabellera corta.

—Bien —espetó Colin, enderezándose aún más en la enorme silla tallada—. Quiero un informe detallado de la organización de los guardias. A nuestra llegada he podido ver que el parapeto en el ala oeste del castillo estaba completamente vacío, en cambio en el ala este había doce hombres apostados allí. ¿Puede usted explicarme quien los ha organizado de manera tan deficiente?

—Me temo que yo, pero verá señor..., eh —dudo—. Por el ala oeste sería imposible que alguna persona intentara subir ya que ese lado del castillo termina en una abrupta pendiente hacia el risco y más abajo sólo hay mar. ¡Sólo alguien con alas podría subir hasta la fortaleza por ese sector! —dijo burlonamente el hombre mayor, sonriendo satisfecho y hasta algunos hombres habían estallado en carcajadas con sus palabras.

Colin ni se inmutó, sólo le echó una mirada directa a cada uno de los soldados que habían osado reírse y después regresó su atención a Ron Sutherland, quien lo miraba bastante satisfecho.

—Pues verá, Sutherland... ¿Quiere que le demuestre ahora mismo o mañana a primera hora, cómo un hombre con el coraje y la determinación suficiente y permítame agregarle, sin alas —reforzó con ironía esas palabras—, sería capaz de subir por ese acantilado y escalar el muro del castillo?

—Yo..., yo no creo que sea posible algo así —expresó.

—¡Yo le demostraré lo contrario! —apuntó Colin con firmeza. Se puso de pie para dirigirse a todos los presentes y les habló con voz autoritaria—: En cuanto termine la cena, quiero a cada

soldado del clan en el patio para organizar, como es debido, la disposición de la guardia y la manera en la cual se llevaran a cabo los recambios y también las prácticas y entrenamientos. Dicho esto, Colin tomó asiento y bebió unos tragos de su copa con absoluta tranquilidad.

Ningún hombre intentó siquiera protestar ante tal imposición ni ante tal idea, aunque cada uno de ellos ya tenía planes *más interesantes* para después de la cena. Cómo beber hasta caer desmayado o yacer con alguna bonita mujer, tal como solían hacer siempre al terminar de comer. Pero el tono de voz del prometido de Lady Keyra no dejaba lugar a discusiones ni mucho menos para negativas.

Nadie sabía con certeza quién era ese hombre, pero cada persona presente esa noche supo que Colin, fuese cual fuese su nombre completo, era alguien acostumbrado a impartir órdenes; alguien más que acostumbrado al poder.

—En cuanto a usted, Ron, conseguirá un bote y cuerdas para el amanecer —Colin sonrió de lado—. Iremos de excursión, mi amigo. ¡Y si tiene suerte, aprenderá a escalar!

El referido sólo se limitó a asentir. Fueron pocos los que notaron la mirada de odio que el guardia dirigió al pelirrojo cuando éste no lo miraba.

* * *

—¿Milady, desea usted que toquen los músicos? —Preguntó un joven criado acercándose al lado de Keyra y mirando de reojo al novio de la dama—. Para que usted pueda bailar con su prometido —continuó con una sonrisa picarona.

—No, Nohan —respondió ella dulcemente pero también con un dejo de tristeza—. La música sólo volverá a sonar en el castillo Graham al regreso de Ethan. Ese día podremos festejar todos y haremos una gran fiesta, no antes.

—Pero él... —quiso protestar el criado, señalando levemente con la cabeza hacia la cabecera de la mesa.

—Mi querido Colin no se enfadará si postergamos los festejos por nuestro noviazgo unos días más —se apresuró a decir Keyra, comprendiendo cuál era la preocupación de Nohan—. ¿Verdad, Colin? —ahora sus ojos estaban posados en los verde turquesa de él.

—¡Claro que no, querida! —Respondió Colin tomando una de las manos con la que ella retorció el extremo del mantel—. Cuando Lord Graham regrese al castillo, él mismo dispondrá de los festejos por nuestro compromiso, mientras tanto me basta con saber que estamos juntos, *eudail*[8] y

que yo estoy aquí para protegerte —al decir aquello último, Colin miró a Robert directamente a la cara y pudo ser testigo de lo fuerte que éste apretaba los dientes.

—Gracias, Colin.

Keyra no pudo decir nada más en ese momento. En su interior se desataba la más feroz de las batallas. Una parte de ella, la racional, la que sabía que todo era una farsa, decía: realidad. *¡Qué excelente actor es Colin, representa el papel a la perfección! ¡Si hasta parece que yo le gusto de verdad y ni hablar de lo poderoso que se planta frente a los demás hombres, como si siempre se hubiese desempeñado en un puesto similar!* Y la otra parte de Keyra, la soñadora, esa parte deseaba que aquellas demostraciones de afecto, aquellas palabras cariñosas que Colin pronunciaba, fuesen

Sólo actúa bien su papel. Está aquí sólo porque ha aceptado ayudarme y cuando Ethan regrese, él se irá. Regresará a su tierra, sea dónde quiera que sea. Regresará con su familia, con sus amigos... ¡Hasta puede que una mujer lo espere allí! Se decía.

¡Claro que una mujer debe esperarlo allí! Con lo guapo que es no es posible que esté solo en la tierra. ¡Señor, si habría que ser ciego o completamente idiota para no caer rendido a sus pies! ¿Qué mujer podría resistírsele?

¡Sí, Keyra! Se respondía a sí misma. *Él se irá con su novia, porque seguro que tiene una novia, se repetía dolida, y tú te quedarás aquí, feliz con el regreso de Ethan, pero sola, sin él...*

¡Pero me ha dicho eudail!... ¿Y si Colin se enamora de mí y decide no marcharse? Se permitió soñar. Fue una idea efímera y con la misma rapidez con la que había aparecido, se diluyó.

¡Él sólo actúa! Se gritó mentalmente.

Colin ya no la miraba a ella, seguía sosteniendo su mano dentro de la de él, pero su atención ya se había dispersado a un tema, al parecer mucho más interesante de lo que podía resultar decirle palabras bonitas a ella.

—¿Entonces, primo, piensa quedarse una larga temporada? —preguntó Colin como al pasar, mientras cortaba un trozo de carne y se lo llevaba a la boca.

—Sir Robert, o Sir Robert Graham, sería la forma adecuada de dirigirse a mí, señor —corrigió Robert por segunda vez en la noche.

—¡Oh, Sir Graham, acepte mis sinceras disculpas! No sabía que usted poseía un título —la respuesta de Colin podría haber resultado sincera de no ser por el brillo burlón que se atisbaba en sus ojos.

—Acepto sus disculpas, señor —y ahora fue su momento de burlarse—. Después de todo, no puedo pretender que cada bruto montañés sepa que soy un *Baronet*.

—¿Bruto? —preguntó Colin alzando una ceja.

Todo el salón había guardado silencio y contenía el aliento ¿Acaso ese debilucho de Robert o Sir Robert, tal como ahora insistía que lo llamaran, había llamado bruto al enorme highlander que mediría por lo menos metro noventa y ocho y que era puro músculos?

Colin lo miró detenidamente sin inmutarse. Podía notar las gotitas que habían empezado a perlar la frente, justo en el nacimiento del cabello del Sir y si seguía apretando las mandíbulas con tanta fuerza, ese hombre se quedaría sin muelas al terminar la noche.

¡Cobarde! Pensó Colin. *No es más que un cobarde, y puedo jurar que si yo hiciera un movimiento brusco se cagaría en sus finas medias.* Y por un momento se hubo visto tentado a hacerlo, sólo por el inmenso placer que le infundiría el ver a ese refinado aristócrata pegar un salto en la silla, pero se aguantó.

—Bruto —afirmó Colin seriamente, meditando. Y cuando nadie esperaba semejante reacción, soltó una estruendosa carcajada en frente de las narices del Baronet—. ¡Sí, Señor!, no se imagina cuan bruto puede ser un highlander, Sir... —estas últimas palabras, enfatizadas y con un gutural acento escocés sonaron con un tinte de amenaza, acompañada por la más despectivas de las miradas que Colin tenía en su haber.

* * *

Al terminar la cena, Colin se reunió con los hombres en el patio. Después de hacerle varias preguntas a cada uno de ellos programó rápidamente las ubicaciones y los turnos de las guardias, de tal manera que en cada sector de la fortaleza, por lo menos, hubiese dos o tres soldados apostados. También organizó los grupos de entrenamiento. Al día siguiente empezarían con las prácticas bien temprano, en cuanto el sol asomase en el firmamento.

Después que los hombres se retiraran, algunos a sus puestos y otros a sus lechos a descansar, Colin se quedó un momento más en el exterior. Le gustaba escuchar el romper de las olas del mar contra las rocas, cerró los ojos y se imaginó que volvía a estar en *Skye*.

Era llamativo cuanto podía extrañar a su tierra después de estar varios días lejos. Añoraba a su gente, a sus amigos y también a sus hermanas a quienes ya hacía ocho meses que no veía y eso ya le resultaba demasiado tiempo.

Se juró que en cuanto toda esa aventura terminara, retornaría primero a su hogar para ponerlo en orden y después partiría a *Edimburgo*[9], a casa de sus tías en busca de las muchachas para llevarlas de regreso a *Skye*.

Skye... ¿Qué sería de sus islas? ¿Qué haría su gente creyendo que él se había esfumado en medio de las montañas? ¿Estarían ya enterados de su desaparición o James y los otros soldados aún daban vueltas intentando encontrarlo?

Aquellas sólo eran algunas de las interminables preguntas que le cruzaban por la cabeza y que lo estaban enloqueciendo. Entonces Colin tomó una determinación. Ayudaría a Keyra y continuaría en su papel de enamorado prometido hasta el regreso de Lord Ethan, pero mientras tanto, era preciso que sus hombres supieran que él estaba bien. Debía enviar un mensaje a James, y lo haría a primera hora de la mañana... Después de entrenar y de llevar a ese incrédulo de Ron Sutherland a escalar un muro y si al terminar todas esas actividades no se había partido el cuello, entonces, enviaría al mensajero.

Otra de las determinaciones que había tomado era no revelar su identidad. Ya le resultaba bastante extraño que esa gente no le hubiese preguntado su nombre completo o a que clan pertenecía. *¡Mejor así!* Porque si bien confiaba en Keyra, no se fiaba en lo más mínimo de ese Sir Robert, ni de alguna que otra persona que rodeaba a la muchacha. Era mejor que siguieran pensando que él no era más que un bruto guerrero escocés, de lo contrario sospechaba que su vida valdría menos que nada.

—¿No estarás ideando la forma de escapar de estas tierras, no es así? —preguntó la dulce voz justo detrás de su espalda.

—¿Después de tomarme el trabajo de organizar a todos tus soldados? —respondió volteando hacia ella—. ¡Ni loco! —exclamó poniendo los ojos en blanco, y mientras añadía—: No me habías advertido que me encontraría con tal lío.

—¿Tan mal estaba?

Ella lo miraba con la cabeza ladeada y mordiéndose el labio inferior. El viento le arremolinaba la falda en los tobillos y la capa alrededor de las caderas y varios rizos rebeldes insistían en posársele sobre los ojos.

Colin se sentía hechizado.

—Digamos que bastante mal, pero te aseguro que ahora ya está todo mejor. ¡Al menos nadie subirá por el ala oeste! —dijo con una sonrisa radiante.

—¿Realmente llevarás a Ron a escalar el acantilado? —Interrogó, recordando el intercambio de palabras de los dos hombres durante la cena—. ¿No crees que él sea demasiado viejo para eso?

—Escucha, Keyra, Sutherland no es tan viejo, tendrá poco más de cincuenta años, ¿no es así?

—Eso creo.

—Bueno, déjame que te cuente que he visto a hombres, mucho mayores que él, tomar una *Claymore*[10] entre sus manos y luchar con la osadía de jovencitos.

—¡Pero no estamos hablando de una lucha de espadas, Colin! Estamos hablando de llevar a un

viejo en un bote y hacerlo subir por un risco escarpado y luego trepar un muro altísimo —expuso su preocupación.

—Una lucha es una lucha y en una batalla o incursión, si un soldado tiene que escalar, escala y no importa que tan viejo sea —espetó con dureza.

—¿Acaso verdaderamente has visto algo así?

—He visto muchas cosas, Keyra —dijo con tristeza—. Yo he tenido el honor de luchar junto al hombre más valeroso y aguerrido jamás visto. ¿Sabes? Él era un anciano, mucho más viejo que Ron Sutherland cuando murió combatiendo, y antes de ser asesinado había escalado una pendiente muy parecida a esa —señaló con la cabeza hacia el ala del castillo que daba hacia el mar. Los ojos de Colin brillaban con orgullo al hablar de aquel misterioso caballero.

—¿Pero por qué ese hombre estaba atacando?

—No, Keyra, él no atacaba. Él defendía sus tierras y a su gente y cuando escaló lo hizo para salvar a una de sus hijas que había sido capturada por el invasor.

—¡Oh! —Ella, sin conocer a ese hombre sintió un inmenso respeto por su valor y por su memoria—. Él... cómo, cómo murió —quiso saber.

—Él y yo habíamos logrado subir hasta el terraplén y nos batíamos a punta de espada y de cuchillo contra cinco hombres enemigos —Colin dirigió una mirada hacia el horizonte. El sonido del mar y el paisaje salvaje lo transportaban a ese triste momento de su vida—. Mi p... mi Señor —corrigió rápidamente—, logró vencer a dos de los hombres y rescatar a la muchacha. Yo había atraído la atención de los otros tres, cuya única intención era hacerme trizas —sonrió con ironía—. ¡Claro que no lo lograron! En ese momento, James, mi mejor amigo, había conseguido unirse a nosotros y entre los dos pudimos derrotarlos.

—¡Santo Dios, Colin, gracias al cielo! —se llevó las manos al centro del pecho al pensar en el peligro que había corrido el magnífico highlander.

—Pero no terminó todo allí, Keyra. Esos soldados contra los cuales nos enfrentamos, eran los que habían logrado ingresar al castillo, pero había varios más en las afueras de la muralla y fue uno de esos quien disparó la flecha que a Mi Laird le atravesó el corazón —la miró directamente a los ojos, intensamente—. El tiro venía directo hacia mí, pero yo no lo había visto —apretó los puños—, y él se interpuso intencionalmente en el camino —dijo con dolor y con mucha rabia y en ese tono de voz se podía percibir que él se recriminaba por lo sucedido.

Keyra se acercó a él, dubitativa le tomó una de las manos. Era como si estuviese pidiendo permiso para consolarlo. Cuando Colin permitió que ella lo tocara, entonces Keyra se animó a más y lo abrazó por la cintura para que él descansara su barbilla sobre la cabeza de ella.

Recordar la muerte de su padre, a Colin le estrujaba el corazón y aunque raramente exteriorizara su sufrimiento, internamente era como tener él mismo, constantemente la flecha clavada

en su cuerpo. La flecha que al fin y al cabo tendría que haberlo matado a él.

Puede que ese sentimiento fuese el que lo había llevado a aceptar ayudar a Keyra. Saber que ella sentía un dolor similar y que a diferencia de él, todavía no había podido hacer justicia. Porque él y James habían salido detrás de esos desgraciados y les habían hecho pagar con sus propias vidas la muerte del Laird, en cambio Keyra, ni siquiera sabía quien había asesinado a su padre.

—Ese valeroso hombre debió haberte querido mucho para dar su vida por ti —le dijo Keyra, rescatándolo de sus recuerdos.

—Yo hubiese preferido que él no se interpusiera —le confesó.

—Lo sé, pero debes respetar su decisión. Colin, por alguna razón, él creyó que tu vida no podía truncarse ese día —Keyra lo miró a los ojos y le habló con sinceridad—. Lamento su pérdida, porque asumo que debe haber sido un gran hombre, que debe haber vivido su vida de la misma manera en la que murió, con honor. Pero me reconforta que tú estés vivo.

Keyra se puso de puntillas, con sus manos apoyadas sobre los hombros de Colin, él permanecía inmóvil. Tal como él había hecho con ella en la cabaña abandonada, Keyra cerró los ojos y se dedicó a reseguir con sus delgados dedos los rasgos de él. Le resultaba excitante redescubrir con el tacto lo que sus ojos ya se sabían de memoria.

Él se dejó hacer.

—Pareces una escultura finamente tallada por un artista —murmuró ella cuando sus dedos dibujaban la forma caprichosamente respingona de su nariz.

A Keyra le pareció que los gestos se modificaban en una tenue sonrisa y con los ojos todavía cerrados buscó los labios para comprobarlo. Delineó el contorno de la boca con las puntas de sus dedos, que de pronto se vieron atrapados por esos labios posesivos.

Colin había tomado su mano y besaba cada yema. Un suspiro ahogado escapó de la garganta de ella, que Colin acalló con un beso profundo, al tiempo que sus brazos la rodearon por la cintura para atraerla más hacia él.

Colin se sentía completamente excitado por esa mujer y no deseaba otra cosa más que hacerla suya, pero no podía olvidar quien era ella, ni tampoco quien era él ni cual era la razón por la cual estaba allí. Al fin y al cabo, él se iría. No podía, de ninguna manera, permanecer más tiempo del acordado en esas tierras. Él mismo tenía sus propias tierras y sus responsabilidades que atender. Y aunque Keyra se viera atraída por él, Colin presentía que el amor que ella sentía por su clan y por su hermano sería mucho más profundo que el que podría despertar él en ella, y Colin ya no quería volver a competir por el corazón de una mujer.

Colin ansiaba enamorarse y formar una familia. Deseaba dar una Lady a su Clan, y hubiese sido feliz llevando a Keyra, pero sospechaba que ella preferiría permanecer allí, cerca de las *Islas Orcadas*[11] que trasladarse a las *Islas de Skye*, bastante lejos de dónde ella había vivido toda su

vida.

Se convenció de que lo más apropiado era buscar una esposa entre su propia gente. Bien sabía él que allí en Skye no le faltaban candidatas bonitas y adecuadas y sobre todo bien dispuestas a convertirse en su esposa. Si él no les había prestado atención, sólo había sido por su obnubilación hacia Lady Katherine, pero ahora su corazón estaba libre y dispuesto a ser ocupado por el amor de otra mujer y ésta vez no cometería el mismo error de llenarlo con una muchacha de tierras lejanas. Iría a lo seguro y definitivamente, lo seguro estaba en *Skye* y no en los brazos de esa hechicera.

Colin lentamente fue poniendo fin al beso. Estaba decidido a no enredarse con Lady Keyra, pero su cuerpo parecía no estar del todo conforme con tal determinación. Su boca se rehusó bastante a apartarse de la de ella, al igual que sus brazos, que habían formado un refugio en torno a su cintura y que tardaron más de lo que él hubiese querido en separarse de la mujer.

—Ya es tarde, muchacha y mañana tengo muchas cosas que hacer aquí —dijo, echando una ojeada a la liza que se distinguía tenuemente en la oscuridad de la noche, apenas iluminada por la luna oculta detrás de varias nubes—. Vamos, déjame que te acompañe a tu cuarto.

—Sí, vamos Colin. Yo también necesito de un buen descanso. ¿Con las primeras luces del día dijiste que empezaría el entrenamiento de los guardias?

—Sí —asintió él cómo al pasar. —Bien, nos veremos en la liza entonces —agregó ella en el mismo tono. —¿Qué? ¿En la liza? ¿De qué estás hablando, mujer? —preguntó Colin alzando una ceja y deteniéndose a mitad de camino.—¡Colin, yo entreno siempre junto a ellos y que tú estés a cargo no significa que yo tenga que dejar mis prácticas! —Keyra ni se detuvo junto a él al hablarle, en cambio había seguido su camino.

Con tres largas zancadas la alcanzó y la tomó del hombro para voltearla hacia él.

—¿Una mujer entrenando a la par de los hombres? ¡Me parece una locura! ¿No te das cuenta que la fuerza de ellos es superior y que podrían herirte? ¿A quién se le ha ocurrido semejante idiotez?

—Escúchame, Colin, si yo sólo me limito a tener mis prácticas con niñas y en algún momento soy atacada, todo el ejercicio habrá sido en vano. ¿Acaso no recuerdas que ya he sido agredida una vez y por un hombre?

—Bueno, eso es verdad... Pero sigo pensando que es muy arriesgado para ti.

—No te preocupes por mí, ya te lo he dicho, estoy acostumbrada —fue la airosa respuesta de ella; la cual obtuvo un feroz gruñido masculino como toda réplica.

Keyra y Colin habían emprendido la marcha ingresando al interior de la morada. En el salón aún permanecían algunos guardias bebiendo e intercambiando algunas palabras, que cuando los vieron aparecer bajaron el tono o simplemente callaron abruptamente. Siendo con esto más que evidente que el tema de conversación habían sido ellos o más específicamente el pelirrojo

desconocido, que de golpe había pasado a ser el *Gran Señor del castillo* y que impartía ordenes a diestra y siniestra sin siquiera pedir permiso a Lady Keyra.

El aludido, sabiendo sobremanera que su conducta estaba siendo juzgada, les echó una mirada desafiante al pasar y no pudo contener su lengua.

—¡Con las primeras luces del día, señores! ¡No lo olvidéis! —ordenó—. Y si alguno llega demorado, será sometido a un duro castigo —les advirtió, antes de subir las escaleras para dirigirse hacia el piso superior.

Varios bufidos y sonidos guturales de protesta fueron oídos a sus espaldas, aunque ninguno de aquellos individuos se atrevió a desafiar a Colin de frente.

Ya estaban casi frente a la puerta del cuarto de Colin, Keyra lo observaba de reojo.

—¿Cómo lo haces? —le preguntó ella, intrigada.

—¿Hacer qué? —le respondió él con otra pregunta y apoyando despreocupadamente su hombro izquierdo contra el muro y los brazos cruzados en el pecho.

—Eso —Keyra señaló con su cabeza hacia las escaleras—. Impartir órdenes cómo si estuvieses acostumbrado a hacerlo y sin dar lugar a objeciones. Desde que te reuniste con nosotros para la cena, no has hecho más que comportarte como un verdadero Laird.

—¿Acaso no es eso lo que querías que hiciera? ¿No tenía que representar mi papel de protector de éste lugar hasta el regreso de tu hermano?

—Sí, Colin, y sabes que te estoy sumamente agradecida por ello, pero no es eso lo que te estoy preguntando. Quiero saber cómo lo haces. ¿Eres actor? Porque parece que no fuese la primera vez que representas el papel de *Señor* de una fortaleza.

—No, Keyra, no soy actor —sonrió divertido con la idea.

¡Sólo eso me faltaría para embrollar más mi vida, ser parte de una compañía teatral! Negó con la cabeza, mientras bufaba.

—¿Entonces? —inquirió ella mientras abría la puerta de su dormitorio para después permanecer en el umbral.

—Digamos que tengo un muy buen poder de observación y he visto de cerca la manera de comportarse de algunos Lairds —justificó él, quitándose una pelusa imaginaria de la camisa azafranada.

—¡Oh bien, me conformaré con eso entonces, Colin! —dijo ella no demasiado convencida con la explicación, pero finalmente aceptándola de todos modos.

—Si esto contesta a tus preguntas —se alejó de la pared respirando hondo y dando por

terminado el tema—, entonces buenas noches, Milady.

Él tomó la mano de ella y se la llevó a los labios besándole los nudillos en una reverencia. Esperó que ella ingresara al cuarto.

—¿Quién eres, Colin? —preguntó ella con la puerta casi cerrada.

—Un simple mortal, Keyra —le respondió él suavemente, desde el otro lado de la madera.

Capítulo VIII

Un nuevo día cargado de revelaciones

Colin se despertó cuando todavía no había comenzado a despuntar el día. El rugido del romper de las olas contra las rocas primero lo confundió haciéndole pensar que estaba en Skye. En su amada isla rodeada de mar y de espesa niebla.

Abrió los ojos. La cegadora oscuridad no le permitía ver a su alrededor, dejó que la vista se le acostumbrara, entonces empezó a distinguir algo de su entorno. Un entorno totalmente distinto al de su propio cuarto y fue ahí cuando la confusión se disipó y recordó que no estaba en sus tierras, sino en la de los Graham y que allí lo esperaban varias tareas esa mañana.

Se desperezó en el lecho, estirando cada uno de sus músculos que de tanto viajar a lomos de caballo y dormir a la intemperie se le habían agarrotado. Su cuerpo agradecía infinitamente el haber podido pasar esa última noche sobre un colchón mullido y sábanas limpias y se negaba a abandonarlas cuando ni siquiera había empezado a asomar el sol, así que le resultó más difícil que de costumbre salir de la cama y vestirse. Pero tenía que dar el ejemplo a los hombres que provisoriamente estaban bajo su mando, tenía que demostrarles que remolonear no era una opción posible. ¡Aunque secretamente, a él le hubiese encantado!

Se vistió con la ropa prestada. A sus prendas las habían llevado las criadas para lavarlas y todavía no se las habían devuelto y por el aspecto que habían tenido puede que hicieran falta pasarlas por varias coladas para sacarles toda la mugre que tenían adheridas, así que no contaba con que le fueran devueltas muy pronto.

Terminó de calzarse las botas de *ante*[12], esas sí eran las de él; las botas y el broche con el que sujetaba el plaid. Buscó la funda de cuero de su espada sobre la mesa que estaba junto a la chimenea y se la ajustó a la cintura. Keyra le había devuelto las armas que él portaba en el bosque en cuanto lo había, técnicamente, liberado. Tenía su *Claymore*, su arco y algunas flechas y un *Dirk*[13], que ella ni se había molestado en sacar de su bota.

Se sujetó el cabello con una tirita de cuero en una coleta en la nuca para no tener interferencias sobre el rostro durante el entrenamiento, o la escalada, recordó con una mueca de fastidio.

¿Quién me manda a mí a meterme en semejante idiotez? ¡Llevar a un viejo cabeza dura a escalar un risco sólo para hacerle tragar sus palabras! ¡Eres un arrogante, Colin!, se reprendió a sí mismo con una sonrisa de satisfacción en los labios. ¡Sí, Señor, un maldito arrogante y eso te

llevará de cabeza a la tumba!

Dejando el arco y las flechas dentro del cuarto, porque no tenía pensado utilizarlas esa mañana, se dispuso a salir al corredor. Una corriente de aire frío lo asaltó desprevenido haciéndole erizar un poco la piel. Era extraño, pero ese sector del castillo era mucho más helado que el resto de la estancia, tal como si hubiese corrientes de aire. Apuntó mentalmente revisar eso más tarde o alguien correría el riesgo de enfermarse de un resfriado.

Colin se acercó a la puerta que estaba justo frente a la suya. ¡Qué tentado que se sentía de entrar allí!, dónde una hermosa ninfa de ojos verdes estaría ahora arrebujada entre las sábanas disfrutando de un agradable sueño. La imaginó desnuda con su piel blanca y cremosa sobre sábanas suaves, y tuvo que apretar fuerte los puños para no caer en la tentación de abrir el cerrojo. Respiró hondo, dos veces para calmarse, después apoyó la oreja sobre la madera.

Dentro no se oía ni un solo sonido. Sonrió satisfecho. Keyra había dicho que se uniría a ellos para entrenar, pero al parecer, a la muchacha la había vencido el cansancio porque allí dentro no se oían señales de vida. *¡Mejor así!*, se dijo. No le resultaba nada tentadora la idea de tener a Keyra haciendo ejercicio entre treinta hombres.

¿Peligroso le había dicho él? Sí, puede que fuese bastante peligroso para una mujer entrenar con un hombre, pero Colin sabía muy secretamente, que no había sido ese el único motivo por el cual no quería que ella participara de las prácticas. Celos, sabía que había sentido celos. Y sabía también que era un estúpido por sentirlos, porque él ni siquiera tendría que estar pensando en ella. Ya sabía que esa tarea le resultaba difícil, entonces tendría que proponerse firmemente, evitar que ella se colara en su corazón.

Descendió las escaleras y cuando llegó al salón muchos de sus planes se vieron echados por tierra. Keyra ya estaba sentada a la gran mesa tomando su desayuno junto a Ron Sutherland. Ellos conversaban en voz muy baja. El hombre parecía mal humorado y gruñía, pero ella le sonreía y parecía estar intentando tranquilizarlo. Su sonrisa era dulce y cargada de cariño y le dibujaba dos bonitos hoyuelos en las mejillas que la hacían ver más joven de lo que en realidad era.

Colin avanzó atravesando el salón, entonces ella en ese momento lo vio y le regaló a él, sólo a él, una de sus hermosas sonrisas, que a Colin le hizo cosquillas dentro del pecho y que le quitó un poquito de la capacidad de respirar.

¡Señor, es preciosa!, se encontró pensando mientras se acercaba a ella. *¡No debo enamorarme!*, se decía a sí mismo mientras avanzaba. *No puedo permitir que ella se adueñe de mi corazón, no puedo...* Se recordaba. Pero cuando llegó junto a ella hizo justamente lo contrario a lo que hubiese sido lo más sensato teniendo en cuenta cuáles eran sus convicciones... La besó.

—*Ciamar a tha thu, eudail?*[14] —*¿Cómo estás tú, cariño?* le preguntó él en gaélico escocés, inclinando el torso hacia ella para besarla en los labios. Un roce apenas, pero que les alborotó la sangre a los dos dentro de las venas.

—Estoy bien, Colin —le respondió ella cuando pudo encontrar en su cerebro nebuloso las

palabras adecuadas.

Colin tomó asiento en la cabecera de la mesa y pronto le fue servido el desayuno. Minutos después, el salón ya se había llenado de guardias. Todos habían sido puntuales llegando justo unos minutos antes que los primeros rojos del amanecer hubieran empezado a pintar el cielo. Colin no pudo menos que mostrarse satisfecho. Conversó un poco con Keyra mientras terminaba su comida. Nada demasiado trascendental ni personal. Nada que lo involucrara más con ella.

—Sutherland —dijo atrayendo ahora la atención del cincuentón—. Marcaré los ejercicios al primer grupo de entrenamiento y después partiremos. Espero que el bote y las cuerdas ya estén listos.

—Sí, mi señor —respondió Ron con voz gutural—. Ya está todo listo tal como usted ha ordenado —no se podría decir que el tono había sido irrespetuoso, pero si alguien se detenía a analizarlo, se podría haber leído en él un matiz de ironía.

—Mucho mejor, Sutherland. Mucho mejor —Colin clavó sus ojos escrutadores en el hombre, Sutherland desvió la mirada.

Colin se limpió las manos en una servilleta, dejó el trapo junto al plato y se puso de pie. Recorrió con la mirada el salón. Sin necesidad de decir una palabra consiguió lo que pretendía. Cada guardia fue poniéndose de pie con intenciones de seguirlo al patio. Colin asintió complacido.

—Busquen sus armas, señores y los veo en la liza en diez minutos —les dijo. Cuando ellos se hubieron retirado se dirigió a Keyra—. Mi señora, me gustaría tener unas palabras contigo. Colin le ofreció su brazo y juntos caminaron hacia el otro extremo del salón en dónde tendrían mayor privacidad.

—¿Está todo bien, Colin? —le preguntó ella intrigada y estudiándole el rostro con la mirada.

—Sí, Keyra todo está bien, sólo quiero pedirte un par de favores —la tranquilizó él inmediatamente completando el efecto con una sonrisa seductora que a ella le hizo palpar con fuerza el corazón.

—¡Claro, Colin, lo que tú necesites!

—Bueno, Keyra, una de las cosas que te pido es a un mensajero de confianza. Me gustaría enviar un recado a mi mejor amigo para que él se encargue de transmitirle a mi familia que estoy bien. ¿Comprendes que es necesario, verdad? Ellos deben estar bastante preocupados con mi abrupta desaparición y sólo quisiera decirles que estoy de viaje y que nada malo me ha sucedido.

—Por supuesto, Colin que lo comprendo —lo miró a los ojos con dulzura—. He sido tan desconsiderada contigo porque yo tendría que haber pensado en ello y enviado ayer mismo a un emisario y te pido perdón por mi descuido.

—*Eudail*[15], no es necesario que me pidas disculpas —le acarició el rostro. No podía evitar hacerlo.

Cuando Colin estaba junto a ella sentía que cada una de las fibras de su cuerpo reaccionaba. Estaba empezando a sospechar que si su estadía en el norte de Escocia se extendía demasiado, en el momento de partir, el sufrimiento sería inmenso. Por eso tenía que evitar enamorarse de ella, porque de lo contrario otra vez tendría que pasar por la tortura de dejar a la mujer amada, y Colin no estaba dispuesto a atravesar por esa situación de nuevo, ya no.

—Keyra, lo otro que quiero pedirte es que no entrenes ahora —dijo, saliendo de sus reflexiones.

—Pero, Colin —protestó ella—. Habíamos hablado acerca de eso ayer y me pareció que habías entendido mi explicación.

—Es sólo que yo no estaré sino hasta el otro turno, ahora me limitaré a marcarles los ejercicios a los hombres y después me iré durante toda la mañana.

—¡Sí, a escalar un maldito acantilado y a correr el riesgo de romperte tu tonto cuello! —le replicó bastante enfadada.

—También habíamos hablado acerca de ello en la noche y creí que tú también habías comprendido mis motivos, Keyra —se cernió sobre ella imponente, encerrándola entre la pared y sus brazos, que no la tocaban, pero que sus manos estaban una a cada lado de su cabeza. Su rostro a sólo un palmo del de ella.

—Te entiendo, pero siento que lo haces sólo para demostrarles a todos que tú tienes razón. Corres riesgos sin sentido y eso es lo que me enfurece. ¡Tú eres un altanero, Colin! —dijo estas últimas palabras enfatizando cada sílaba con su dedo índice sobre el pecho de él.

—¿Y te apenaría mucho si me rompo mi tonto cuello? —le preguntó él, cambiando su actitud amenazante por una de absoluto seductor y acercándose un poco más a ella, pero todavía sin tocarla.

Keyra sentía cómo si todo su cuerpo estuviese bajo un hechizo. Él no la tocaba, pero toda su piel se había erizado ansiando sentir sus manos. Se sentía embriaga por la fragancia especiada que se despedía de Colin y por el suave olor a café de su aliento. Deseaba probar su sabor, que él la besara y la abrazara. Colin despertaba en ellas sensaciones lujuriosas que nunca antes había sentido, todo eso era nuevo para ella y ansiaba seguir descubriendo más, mucho más entre sus brazos.

—Sabes que sí —le respondió ella en un susurro y desviando la mirada. Se había sonrojado—. No quiero que nada malo te ocurra, Colin. No lo soportaría.

—Nada malo me sucederá, *eudail* —la besó en la frente.

—Eso mismo es lo que me ha dicho Ethan antes de partir... —Keyra sintió que sus mejillas se humedecían. Se escabulló por debajo de uno de los brazos de Colin y corrió hacia las escaleras.

—¡Keyra espera!

—Estoy bien, Colin. Sólo necesito estar sola —dijo sin siquiera voltearse hacia él mientras

huía hacia las almenas.

* * *

Las almenas eran su refugio cuando ella se sentía triste, cuando necesitaba detenerse a pensar y a analizar sus sentimientos. Se detuvo en una de las torres. Desde allí tenía una vista extensa del patio en dónde Colin estaba organizando a los guardias para el entrenamiento. Se quedó hipnotizada contemplándolos.

Colin los había formado en varias filas, teniendo en cuenta que guardaran una cierta distancia entre sí para que ninguno se lastimara. Él se encontraba en el frente de ellos y justo en ese momento les marcaba los ejercicios básicos con la espada. Defensas y ataques hacia ambos lados, hacia el frente y hacia atrás y movimientos para cubrir o atacar la zona de las piernas, el torso o la cabeza. Colin les había marcado los ejercicios de manera tan sincronizada que la práctica parecía la coreografía de una danza.

Keyra siempre había creído que su padre había sido el mejor espadachín de Escocia, pero eso había sido antes de ver al guerrero pelirrojo. Cada golpe era realizado con fluidez y gran habilidad. Era como si la espada fuese una extensión del cuerpo de Colin y no un elemento aparte. Como si para él no significara ningún esfuerzo blandir una poderosa *Claymore* de más de un metro cuarenta de largo y casi dos kilos y medio de peso.

Él se concentró en estudiar la técnica de cada uno de los guardias. Caminaba entre ellos, apuntándoles los errores y enseñándoles la manera correcta de ejecutar los movimientos.

—Flexiona más la pierna derecha cuando das el paso hacia delante —se le oía decir—. Levanta más el brazo cuando cubres tu cabeza. Toma con firmeza la empuñadura o te volarán la espada de tus manos en el primer golpe. No lledes el hombro a tu oreja. Concentra la fuerza en tus manos, haz que el arma sea una prolongación de ti —y las indicaciones seguían una tras otra.

Keyra notó que los guardias entrenaban entusiasmados, aceptando sus palabras y poniendo en práctica todo lo que él les enseñaba. También notó que ellos miraban a Colin con un respeto reverencial. Nadie podría negar que fuera una gran líder.

—Tú —Colin señaló a uno de los hombres de la segunda fila. El que mejor técnica tenía—. ¿Cuál es tu nombre, muchacho?

—Adams, mi señor —respondió el joven, deteniéndose e inclinando la cabeza a modo de reverencia.

—Bueno, Adams, tú quedarás a cargo de este grupo mientras yo me ausento. Supervisarás que continúen con estos ejercicios que les he marcado. Que los repitan unas diez o doce veces más, hasta que a cada uno de ellos le salga a la perfección. Después los formarás en parejas, en dos filas enfrentadas —dibujaba en el aire con ademanes lo que le decía con palabras.

—En dos filas y en parejas —asintió Adams.

—Una vez que estén formados a una buena distancia entre sí, empezando por la fila a tu izquierda, lanzarán tres ataques al azar cada uno que el otro deberá repeler con alguna de las defensas practicadas. ¿Entendido?

—Sí, mi señor, usted ha sido más que claro.

—Bien. Qué nunca desatiendan la técnica correcta y que los ataques sean lo suficientemente contundentes como para parecer reales pero sin que lleguen a herirse, ¿de acuerdo?

—Sí, veré que todo se desarrolle como usted lo indica, mi señor.

—¡Muy bien! Nos vemos luego. Que tengan una buena práctica señores —dijo Colin, saludándolos con la cabeza antes de retirarse hacia la costa en dónde Sutherland, con un bote, ya lo aguardaba.

Keyra lo siguió con la mirada.

Colin se acercó a la orilla dónde suaves olas lamían la arena mezclada con piedrecillas pequeñas.

Sutherland esperaba de mala gana sentado sobre una roca. Se lo veía nervioso y disgustado. Era evidente que prefería estar en cualquier otro lugar menos allí. Cuando se percató de que Colin se acercaba se puso de pie y se cruzó de brazos, un gesto claramente desafiante.

Colin ya se estaba cansando de ese hombre. Keyra lo tenía en alta estima, pero a él ya lo estaba hartando con esas miraditas de odio que le dirigía y que además no tenía idea de cuál podría ser el motivo que las originaba. Él estaba allí para ayudar a Keyra, entonces ese hombre, que según la muchacha los quería a ella y a su hermano cómo si de sus propios hijos se tratase, tendría como mínimo que estar agradecido. Colin no pretendía que lo venerara ni que le besara los pies. ¡Pero un poco de cordialidad no era mucho pedir!

—Suba al bote, Sutherland.

Ron obedeció sin decir palabra, pero destilando desdén por cada poro. Se sentó en una de las tablas que hacía de banco y se aferró a los bordes de la nave con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos.

Colin empujó el botecito introduciéndolo en las aguas y entonces haciendo un despliegue de toda su agilidad saltó dentro, se sentó frente a Ron y buscó los remos.

Los poderoso bíceps de Colin y cada músculo de su pecho y espalda se contraían bajo la camisa azafranada con cada remada. Era un espectáculo maravilloso para ser observado, con su cabello del color del fuego refulgiendo bajo los rayos del sol y sus ojos verde turquesa cómo dos estanques resaltando en contraste con su piel dorada. Keyra, de pie en el parapeto, no podía dejar de mirarlo.

Amaba a Colin. Había sido imposible para ella no enamorarse de él aunque lo había intentado porque sabía que él tendría que irse, pero a pesar de sus esfuerzos, que tal vez no habían sido suficientes, su corazón lo reconocía a él cómo su gran amor y ya no había vuelta atrás para ello.

El pequeño botecito siguió avanzando, meciéndose acompasado sobre la marea hasta que los muros del castillo lo ocultaron, entonces frente a los ojos de Keyra sólo quedaron las olas. Vacío cómo ese mar... Así se quedaría su corazón cuando Colin volviera a su hogar. Ese pensamiento se le coló a la fuerza y los ojos a Keyra volvieron a llenársele de lágrimas.

—Sabía que te encontraría aquí, querida prima —sonó la voz refinada de Robert a su espalda—. Siempre te ha gustado venir aquí para estar sola.

—¡Entonces tú no entiendes el significado de esa frase Robert! —soltó sarcástica—. S-o-l-a —deletreó—. Así es cómo me gustaría estar en éste instante, por lo tanto te agradecería infinitamente que regresaras por dónde has venido —señaló la puerta que comunicaba con el corredor que conducía directamente a las cocinas ubicadas en la planta baja de la torre.

—Me gustaría hablar contigo en privado y me pareció que éste podía ser un buen momento, sin ese gigante dando vueltas a tu alrededor.

—¡El gigante es mi novio! —recalcó ella.

—Escúchame, Keyra, todavía estás a tiempo de decirle que se vaya. El Rey llegará pronto y entonces podrás desposarte conmigo.

—¡Tú estás más loco de lo que yo creía! —Exclamó negando con la cabeza—. No pienso discutir este tema otra vez contigo, Robert. Entre tú y yo nunca habrá nada. ¿Puedes entenderlo?

—¡No, Keyra, quien no comprende eres tú! —replicó él, arrinconándola contra la pared. — ¡Suéltame, Robert! —gritó ella, empujando con las dos manos sobre el pecho de él, pero sin lograr apartarlo. —Nadie te cuidará como yo, Keyra. Yo te quiero —le confesó. Ella no podía creer lo que escuchaba. Robert le acarició el rostro y la besó en la frente.—Yo te quiero... —le repetía con los labios rozándole el cabello y descendiendo por la sien hasta la mejilla—. Siempre te he querido.

—¡Tú lo único que siempre has querido son estas tierras! —refutó ella indignada—. Yo sólo he sido para ti un modo de obtenerlas, nada más. ¡Así que déjate ya de montar este absurdo numerito de enamorado y aléjate de mí!

—¡Estás equivocada, Keyra! Las tierras me importan un cuerno, pero tú... ¡Cristo! Tú me vuelves loco, muchacha —dijo con voz lujuriosa y apretando su cuerpo contra el de ella y haciéndole

sentir la evidente prueba de su deseo—. ¡Odio estas tierras salvajes y si he seguido viniendo todos estos años a este lugar, sólo ha sido por ti!

—¡No, Robert! ¡No! No quiero que digas esas cosas. Tú siempre me has menospreciado, me has hecho creer que no valía nada.

—Keyra... —le tomó el rostro entre las manos—. No sabía que otra cosa hacer para no perderte. Fue... Creí que de esa manera aceptarías desposarte conmigo.

—¡Entonces te recomendaría que tomes lecciones la próxima vez que desees conquistar a una mujer! —Le gritó a la cara—. Porque con tu actitud sólo has logrado que todos estos años te despreciara.

—Lo siento, Keyra. Por favor dame una oportunidad.

—¡No! ¡Y quiero que me sueltes ahora, Robert!

—No voy a dejar que ese maldito bruto te arrebate de mis manos —sentenció con determinación y mirándola a los ojos—. Voy a hacer lo que esté a mi alcance para tenerte. Lo que sea, Keyra. Nadie va a detenerme, quedas advertida —buscó sus labios para besarla.

Keyra apartó el rostro en el mismo momento en el que sacaba la daga que llevaba entre los pliegues de su vestido. Tomó el puñal con firmeza y colocó el filo sobre la garganta de su primo.

—Te he dicho que me sueltes, Sir Robert —le repitió con firmeza y sin desviar la mirada—. Y nunca vuelvas a acercarte a mí, porque la próxima vez no dudaré en usar esto —le hizo sentir el filo del arma sobre la piel—. Puedes darte por advertido, porque no volveré a repetirlo.

Robert aflojó su agarre, sin embargo no se apartó de ella. —Respóndeme sólo una cosa, Keyra. ¿Te ama ese bruto que dice ser tú prometido o acaso él sí está aquí por tus tierras? —A Colin no le interesan estas tierras, que tampoco son mías sino de Ethan —le respondió ella. —Pero no me has respondido si él te ama o no. Keyra iba a decirle que sí sólo para enfadarlo, pero la verdad era que Colin no la amaba y ella no podía mentir acerca de ello. Entonces se limitó a guardar silencio.

—Tal como lo sospechaba —dijo Robert sin un asomo de burla. Keyra bajó la mirada. Robert volvió a mirarla y después se alejó hacia la puerta.—Yo sí puedo decirte que te amo, Keyra, y te juro por lo más sagrado que no te estoy mintiendo —una vez dicho esto se internó en el corredor. Sus pasos reverberaron a lo largo del pasillo y después en los escalones de piedra.

Keyra guardó la daga en el bolsillo de su falda con las manos temblándole de los nervios. Tanteó hacia atrás hasta tocar el muro y una vez que lo alcanzó se dejó caer a su lado. Permaneció allí un rato más hasta que poco a poco fue recuperando el aplomo y meditando qué hacer a continuación.

Su vida era un caos. Tenía: un crimen por resolver, un primo que le confesaba que la amaba, un falso prometido que no sentía nada por ella, una visita próxima del Rey y un hermano desaparecido.

Con respecto al crimen de su padre no tenía ninguna pista sustancial; a su primo ya le había dicho un par de cosas y amenazado así que por ahora no había nada más que ella pudiese hacer; y Colin, bueno, tampoco podía hacer nada para cambiarle a él el corazón, así que ese tema permanecería tal como estaba. Comprobó que en lo único en lo cual podía intervenir por el momento, era en la búsqueda de Ethan. Enviaría en ese mismo momento a una partida de hombres a Francia en busca de su hermano o de información, no perdería ni un solo segundo más.

Keyra abandonó el parapeto y se dirigió al patio en dónde estaban los guardias. Allí se dedicó el resto de la mañana a organizar la pronta partida de cinco de ellos y a buscar un mensajero de confianza para que luego Colin pudiese enviar el recado a su amigo. Eso al menos la mantuvo bastante entretenida quitándole la oportunidad de pensar demasiado en profundidad en cada una de sus preocupaciones.

* * *

Colin y Sutherland navegaron hasta el risco. Allí no tenían ni un centímetro de playa. La empinada y filosa pared rocosa caía abruptamente desde el parapeto del ala oeste del castillo hasta el mar y seguía descendiendo hacia las profundidades de las aguas revueltas.

La marea estaba agitada y hacía difícil la tarea de acercarse hasta las piedras. Colin tuvo que hacer varios intentos hasta que logró asirse de una saliente en dónde amarró la cuerda con la que sostendría al bote.

—¡Tú estás completamente loco y sólo lograrás matarnos con tu idiotez! —gruñó el viejo guardia.

—¡Cierra el pico, Sutherland! —Gritó Colin, quien estaba haciendo equilibrio sobre la proa y buscaba un lugar en dónde hacer pie—. Dejaremos el bote aquí y escalaremos.

Ron murmuró una protesta que se perdió en el aire entre el susurro del viento y el rugir de la marea.

—Tienes que aprovechar las rocas que sobresalen. Apoyar los pies con firmeza y agarrarte con fuerza de ellas y así, paso a paso, iremos ganando metros —tenía que gritar para hacerse oír.

—¡Si no nos caemos en picada! —refutó. —Recuerda, Sutherland. Con fuerza —recalcó—. ¡Cómo si tu vida dependiera de ello! —agregó con una sonrisa burlona de lado. —¡Ni que lo digas! —refunfuñó disgustado. —Te sugiero que guardes todas tus energías para trepar en vez de perder el tiempo rezongando como un llorica, Sutherland. Colin avanzaba sin mayores problemas y notó que

para Ron, a pesar de las protestas, no suponía tampoco un trabajo imposible de hacer. Es más, al pelirrojo se le ocurrió pensar que el hombre parecía bastante familiarizado con ese desfiladero. Claro que no podía ser posible algo así. ¿Para qué podría Sutherland haber escalado con anterioridad ese risco? Y de haberlo hecho ¿Por qué se mostraba tan escéptico con la idea de que esa fuese una tarea que un hombre pudiese realizar?

El viento los azotaba con fuerza y llevaba consigo una brisa mojada de agua salada que ya los había calado hasta los huesos.

Colin dio un nuevo paso pero la roca en la que apoyó el pie derecho estaba cubierta de musgo y resbaló. Buscó apoyo, sin embargo su pie seguía patinando y el agarre de sus manos a una roca, que en cualquier momento podía ceder, de por sí era bastante precario. Tenía el rostro con varios rasguños. Algunos cabellos se le habían soltado de la coleta y se le pegaban sobre los ojos y las mejillas con la mezcla de agua y sangre que tenía sobre la piel. Para rematarla, un fuerte golpe en el hombro le impedía estirar el brazo en toda su longitud.

Mientras Colin se debatía contra las rocas, Sutherland permaneció impávido a unos metros sin siquiera intentar ayudarlo. Pero el pelirrojo estaba tan ocupado tratando de recuperar la estabilidad que no prestó atención a ese detalle, o si lo hizo, en ese momento no dijo nada.

Por fin alcanzó salientes más estables y pudo seguir trepando.

Ron Sutherland no tropezó ni resbaló ni una sola vez hasta que alcanzaron el inicio de la muralla del castillo, que estaba enclavada directamente sobre el acantilado.

Colin descolgó la soga que llevaba en un rollo cruzada sobre su hombro y en cuyo extremo había un arpón de cuatro puntas adherido. Lanzó la cuerda hacia el parapeto y una vez que se escuchó el ruido metálico aterrizar contra el suelo, pegó un tirón seco para que los dientes se encastraran en la roca. Comprobó la sujeción de la soga, entonces comenzó a subir.

Concentraba toda su fuerza en los brazos intentando no prestar atención al terrible dolor que parecía desgarrarle la carne del hombro y aprovechaba la superficie despareja del murallón para ir escalando. Cuando llegó a la cima le indicó a Ron que hiciera lo mismo.

—¿Ha visto, Sutherland que cualquiera puede ingresar al castillo por el ala oeste? —le dijo cuándo éste se unió a él en lo alto del muro.

Ron estaba rojo de bronca. Apretaba los dientes y los puños con furia. Pero también se lo veía algo inquieto.

Colin se sentó en el suelo para recuperar el aire sin prestarle atención al hombre. Le dolía el hombro golpeado y le sangraba un poco la mejilla. Se limpió el rostro con la manga de la camisa y estiró los cabellos despeinados hacia atrás, enganchándolos detrás de la oreja. Hubiese deseado el peinado y vuelto a atar la coleta de no haber sido por su hombro maltrecho.

Paseó la mirada por la pared de la fortaleza que tenía justo frente a él. Primero no lo había

notado, pero después, prestando mayor atención, notó una especie de ranura en el granito. Se puso de pie y avanzó hacia la zona que había atrapado su atención.

Ron siguió sus pasos con la mirada, cada vez más nervioso. Colin resiguió la falla con los dedos y efectivamente comprobó que allí había una hendidura. Palpó detenidamente. —Ya podríamos bajar al salón —dijo Ron a sus espaldas con la voz cargada de tensión.— ¡Un momento! Aquí... ¡Lo sabía! —exclamó Colin de repente, en el mismo momento en el que sus dedos daban con una muesca que al ser tocada sonó con un *clic* y mágicamente un rectángulo de pared se abrió hacia adentro.

Mierda, le pareció oír a Colin a sus espaldas. Pero él ya estaba dentro del pasadizo y no le interesaba volverse para discutir con el guardia de Keyra el porqué de su extraña reacción, aunque sí las iba apuntando mentalmente como detalles para ser analizados.

El pasaje era un pasillo angosto por el cual debía circular de costado y apretado entre las dos paredes húmedas. Por allí corría una ráfaga de aire helado proveniente del mar y que se filtraba por algunas rendijas y se dio cuenta de que era muy similar al clima del corredor de los cuartos. Seguramente allí habría más pasadizos secretos, meditó Colin. Después de todo no era extraño que las fortalezas los tuviesen.

Colin sabía que el corredor oficial que comunicaba a la torre del ala oeste daba con el salón principal, sin embargo ese pasillo secreto conducía en la dirección opuesta. El recorrido primero había sido de varios metros en línea recta y después doblaba hacia la izquierda, luego de unos metros más se llegaba a una escalera tan angosta cómo había sido el resto del pasaje. Al final de la escalera había otro tramo más de pasillo y después sólo una pared al final. No había puerta, ni ventana. Nada.

Durante todo el trayecto no había habido nada de luz. Colin tanteó a ciegas la pared. La lógica indicaba que debía haber una salida, a no ser, claro, que nunca se hubiese terminado la obra y los constructores sólo hubiesen dejado la abertura de la torre.

Siguió buscando. La intuición le decía que la salida estaba por allí. Sólo esperaba que su sexto sentido no estuviese equivocado.

Sus dedos callosos y lastimados dieron con algo que se parecía demasiado a la hendidura de la torre. Allí la muesca había estado a la altura de su esternón aproximadamente, pero aquí no había nada. Tanteó un poco más arriba y entonces la halló y otra vez un rectángulo de piedra cedió hacia adentro.

Colin salió al exterior y la luz del día primero lo cegó por completo. Restregó sus ojos para despejarlos y luego aguardó un momento a que la vista se le acostumbrara a la claridad. Poco a poco fue recuperando la visión, entonces empezó a escudriñar el lugar. Entonces descubrió que el pasadizo secreto daba justo detrás de los establos.

El corazón a Colin comenzó a palparle con fuerza. Volvió a la entrada del pasaje y la cerró, entonces buscó la manera de abrirla, ésta vez desde afuera y comprobó que efectivamente se podía hacer.

Colin estaba seguro de haber resuelto una parte de lo que había sucedido la noche del ataque a Keyra ocurrido muchos años atrás. El agresor había desaparecido del establo sin dejar más rastros que unas manchas de sangre en el suelo. Según lo que había contado la muchacha, todos los guardias habían emprendido la búsqueda inmediatamente por la fortaleza y por las tierras de Graham, sin poder hallarlo, pero no habían buscado en el mar y Colin podía apostar que el desgraciado había utilizado el pasadizo secreto y después el mar para huir. Puede que hasta pudiese haber ingresado por ese mismo lugar si es que no estaba ya en el castillo.

Ahora sólo faltaba averiguar la identidad del delincuente y lo intrincado del asunto era que podía ser cualquiera. Claro que esa persona debía conocer la existencia del pasaje oculto con anterioridad. Y para conocer tal secreto debía ser algún allegado a la familia o directamente, alguien de la propia familia... ¿Pero quién?

Colin salió al patio, iba envuelto en sus pensamientos. Keyra había dicho que su hermano estaba de viaje en Francia, aunque tranquilamente podría haber utilizado esa mascarada para ingresar al castillo en secreto, cometer el ataque y desaparecer sin ser visto. No tenía pruebas para culparlo, pero en ese asunto no se podía descartar a nadie y los mayores sospechosos, justamente, eran las personas más íntimas del círculo familiar. Es decir que entre los posibles culpables además de Ethan y tal vez con mayores fichas, estaba el primo Robert y debería incluir también a Sutherland.

Colin tendría que hacerle varias preguntas a Keyra para ir descartando sospechosos. Sabía que el padre de la muchacha no podía ser porque cuando ella fue a buscarlo lo encontró en el salón. Quienes estuviesen con él esa noche quedarían excluidos de la lista negra, el resto debería demostrar su inocencia.

Cuando Colin ingresó al gran salón del castillo Graham, encontró a Keyra remendando su *plaid*.

—¿Qué haces? —le preguntó.

Cuando Keyra oyó la voz de Colin, levantó la cabeza para saludarlo con una sonrisa de alegría y de alivio en los labios porque él seguía vivo y no se había matado en el peñasco; pero soltó un grito de espanto cuando descubrió su aspecto desgreñado y maltrecho.

—¡Mi Dios! ¡Colin, cielos! —Se levantó de la silla de un salto y en dos pasos llegó a su lado—. ¿Qué te ha sucedido?

Keyra lo tomó del brazo, lo arrastró hacia una silla y lo obligó a tomar asiento. Mientras tanto gritaba órdenes a una criada para que le alcanzara un cubo de agua, trapos limpios y algún ungüento.

—Mira lo que te has hecho, cabeza dura —le dijo con dulzura mientras sus dedos le recorrían a él la mejilla en una caricia trémula y le acomodaban algunos cabellos que habían vuelto a salirse de detrás de sus orejas.

—No es nada, Keyra —le respondió Colin, llevando su mano hacia la de ella para detener la caricia, pero fallando en el intento y finalmente dejando su palma descansando sobre la suave mano

de la muchacha. Tocarla era una tentación difícil de resistir.

—¡Já! ¿Qué no es nada dices? ¡Cómo no, y mi abuelita está tejiendo calcetines en la mecedora!

Colin alzó una ceja y después estalló en carcajadas.

—No me has presentado a tu abuelita —le dijo en tono remolón y con una de esas hermosas sonrisas que podían transformar al día más lúgubre en un maravilloso día de sol.

—¡Y mejor que no lo haga! —masculló ella—. Murió hace más de cuarenta años —agregó, alzándose de hombros y fingiendo inocencia.

—Mmmm y yo que iba a pedirle un par de medias —el tono de Colin era de lo más serio—. Y además me había hecho ilusiones con conocerla —prosiguió con solemnidad.

—Bueno, lo siento —terminó por decir ella.

Colin mantuvo la pantomima un poco más hasta que su cara se empezó a transformar. ¡La pobre de Keyra parecía realmente apenada! Colin había empezado a ponerse rojo de aguantar la risa y los ojos ya le escocían, hasta que estalló en una carcajada que primero salió cómo si su boca estuviese desinflándose para después dar rienda suelta a la risa.

—¿Estabas bromeando? —le preguntó ella con incredulidad.

—¡Claro que estaba bromeando! ¿Crees que no sabía que tu pobre abuelita había muerto hace mucho tiempo? —Dijo entre risotadas—. Ven aquí, tontita. Sólo intentaba molestarte. —Colin la rodeó por la cintura con su brazo y la atrajo hasta sentarla en su muslo derecho. Entonces toda broma quedó opacada por otro estado de ánimo. Extraño, complejo y por demás desconcertante.

Se miraron a los ojos, y ese instante resultó para ellos tan íntimo y tan profundo que logró desestabilizarlos por completo.

Colin hizo un movimiento con su brazo izquierdo para acomodarle un mechón de cabello a Keyra, entonces una punzada aguda le atravesó el hombro haciéndole rechinar los dientes y toda la magia se desvaneció en ese segundo.

Keyra había entornado los ojos.

—¿También te has golpeado el brazo? ¿Colin, qué fue lo que sucedió allí afuera realmente? —inquirió ella, palpándole el antebrazo.

—El hombro —gruñó de dolor cuando ella lo tocó justo dónde la carne parecía desgarrarse—. He resbalado y creo que al caer me he lastimado el hombro.

—¿Te lo has golpeado contra las rocas? —preguntó ella, abriéndole la camisa para examinar si tenía cortes o sólo magullones.

—Sí, me he golpeado, pero no es el golpe lo que me está matando de dolor —le confesó él—. Cuando patiné, para no caer me aferré con fuerza a una rama y fue ahí cuando sentí un tirón aquí —se señaló la zona del omóplato—, cómo si algo me quemara de repente por dentro y ahora no puedo ni mover el brazo.

—Mmmm habrá que inmovilizarlo para que sane pronto —dijo ella mientras continuaba la inspección.

Él tenía la piel dorada y los músculos perfectamente marcados sobre su pecho, sus brazos y su abdomen plano. La piel se sentía tibia allí dónde ella lo acariciaba, eh... lo palpaba, y sólo para comprobar que no estuviese herido, claro. Con ningún otro fin ella reseguía la línea de la clavícula de él con su dedo índice, ó descendía sobre la fina y sedosa capa de vello que tenía Colin en el centro de su pecho, ó dibujaba los contornos de su abdomen hasta su ombligo, desde dónde una fina línea de vello rojizo oscuro desaparecía bajo la cinturilla de su plaid.

Colin contenía la respiración. Podría haber sido por el dolor punzante que tenía en el hombro o por las sensaciones que estaban despertando en su cuerpo esos dedos suaves como pétalos de rosa que lo exploraban.

—¡Ejem! Eh... Mi señora —interrumpió una criada regordeta—. Aquí están las cosas que me pidió para curar a su prometido —dijo mirando hacia el suelo y con las mejillas sonrojadas por haber interrumpido a la pareja. Y es que Keyra, precisamente, tenía sus manos muy cerca del cinturón de *su prometido* y bastante lejos de las heridas.

—Gracias, Netta —respondió la muchacha con la voz lo más firme que la situación embarazosa le permitía.

Keyra abandonó su maravilloso y confortable asiento en la pierna de Colin y se acercó a la criada intentando parecer que no había sido sorprendida sentada sobre las piernas del hombre más guapo de Escocia, —que además estaba a medio vestir—, y que había estado acariciándolo embelesada en medio del salón. Tomó el cubo de agua, los trapos y el ungüento de manos de Netta.

—Gracias Netta, ya puedes retirarte. Volveré a llamarte si te necesito para algo más.

La criada hizo una reverencia y se alejó con pasitos cortos y rápidos hacia las cocinas, balanceando sus anchas caderas al compás.

—¡Nos ha pescado! —fue lo único que se le ocurrió decir a Colin en ese momento.

La frase, por sí sola, era la última que debería haber pronunciado. La muchacha ya estaba roja de vergüenza sin haber oído esas palabras, ni hablar del tono que tomó luego. Y la oración no era todo, ¡Colin no paraba de reír!

¿Acaso este hombre ríe siempre por cualquier cosa?, pensó Keyra, que ya lo miraba con el entrecejo fruncido.

—Voy a curarte esas heridas —anunció acercándose a él y dejando los utensilios sobre la mesa.

—¡Antes lo hacías muy bien! —exclamó Colin haciéndole un guiño con uno de sus fascinantes ojos verde turquesa.

Keyra no le respondió. Cualquier cosa que dijera no serviría de nada. Ella lo había estado acariciando. ¡Y qué bien se había sentido! Entonces era absurdo intentar probar lo contrario.

Humedeció uno de los trapos en el agua tibia y se volvió hacia Colin. Con la mano izquierda llevó los cabellos hacia atrás para despejarle el rostro y con la mano derecha, en la que tenía la tela húmeda, lo fue limpiando. La frente, las mejillas, la barbilla. Recorrió con dulzura sus párpados.

Colin ya no reía. Cuando ella estaba tan cerca, su cuerpo dejaba de responderle y sólo reaccionaba por instinto. Cerró los ojos y dejó que ella le curara las heridas. Quería pensar en otra cosa, distraerse para no ser consciente del aliento de ella acariciándole la frente, del perfume a flores dulces que se desprendía de ese cuerpo voluptuoso. No quería pensar en que sus manos se aferraban con fuerza a su plaid, porque si se soltaba, sabía que la tomaría a ella por la cintura y la atraería hacia su pecho, que la desnudaría en medio del salón sin importarle si podían ser vistos o no. No quería reconocer que toda su sangre parecía haberse concentrado en su entrepierna y que su miembro se había erguido cómo una vara bajo la falda. Algunas gotitas de sudor comenzaron a perlarle la frente y había perdido por completo el ritmo de su respiración. Tenía que distraerse o sucumbiría bajo el hechizo de Keyra.

—K... —carraspeó para aclararse la voz antes de continuar—. Keyra yo he descubierto algo muy importante.

—¿Si? —Le preguntó ella mientras le aplicaba el unguento sobre los raspones—. ¿Qué has averiguado? ¿Qué el acantilado era más duro de lo que pensabas? —le preguntó burlona.

—¡Muy graciosa! —Bufó Colin—. Esto es realmente serio y tenemos que hablar acerca de ello —. Siéntate, muchacha, ya deja esto —le apartó las manos. Ya había sido demasiado de esa tortura.

Colin acercó una silla para que ella tomara asiento frente a él.

—Me estás preocupando. Es que te has puesto tan serio de repente —ella lo miraba a los ojos.

—Creo que he resuelto una parte de lo que ocurrió la noche que te atacaron en el establo —le dijo, tomándola de las manos con ternura—. Todavía no sé quién te agredió pero puedo apostar que sé cómo escapó, y puede que hasta haya ingresado por allí también.

—¡Ay, Colin, por favor suéltalo ya! —En el parapeto de la torre oeste hay un pasadizo secreto y creo que puede haber algún otro en el corredor de los cuartos. —¿Qué? ¿Estás seguro, Colin?... Yo nunca había oído que existiera nada de eso.—Keyra te he dicho que lo he descubierto y además he descendido por ese corredor. Estando sobre la torre debes mirar muy bien en la roca para ver las hendiduras y al tocar una muesca se abre un rectángulo hacia adentro. El pasaje es muy angosto, frío,

húmedo y está completamente oscuro. Recorre toda el ala oeste por detrás de la pared y desciende hasta desembocar, ¿sabes justamente a dónde?

—¡No tengo ni la más remota idea! —exclamó con ojos agrandados por el asombro. —¡Detrás de los establos! —¡Mierda!—¿Te das cuenta, Keyra? —Le apretó más las manos, ella temblaba con aquella revelación—. El hombre que te atacó esa noche puede haber trepado por el acantilado, si es que no estaba ya dentro de la fortaleza. Y después del ataque sólo se escabulló por el pasadizo secreto y volvió a descender hasta el mar, en dónde podría haber tenido un bote esperándolo. Eso explica por qué no pudieron encontrarlo aunque salieron en su búsqueda inmediatamente.

—Pero, pero esa persona tiene que haber conocido la existencia de ese pasaje y... —su mirada se había ensombrecido.

—Sí, Keyra —le acarició la mejilla—, la única explicación es que esa persona era alguien de confianza cómo para que se le hubiese revelado tal secreto ó, lo siento pero, también puede haber sido alguien de tu propia familia.

—¿Pero quién podría haber querido hacerme daño, Colin?

—No lo sé, hechicera, pero es algo que te juro que averiguaré —sentenció con firmeza—. Para ello necesito que me respondas algunas preguntas que ayudarán a descartar sospechosos o a colocarlos en lo más alto de la lista. Tienes que pensar muy bien y recordar lo máximo que puedas, puesto que cada mínimo detalle puede ser vital, ¿entiendes? —la tomó de la barbilla para levantarle el rostro y hacer que lo mirara a los ojos.

—Sí, lo entiendo, Colin.

—Bien —Colin comenzó con su interrogatorio—. Después del incidente, cuando saliste del establo en busca de tu padre, ¿dónde lo encontraste?

—Mi padre estaba en el salón bebiendo y conversando con varios guardias —respondió ella sin dudar. —Todos ellos son inocentes del ataque. El resto, por ahora quedará bajo investigación. ¿Tu hermano estaba con él? —¡Colin! —Exclamó con espanto—. Ethan jamás intentaría violarme. ¡Soy su hermana, Santo Dios!—No sería la primera vez que un hombre se propasara con alguien de su familia, esa es la cruda verdad, mujer. En tanto no se demuestre lo contrario, Lord Graham es tan sospechoso cómo cualquier otro hombre.

—¡Estás loco! Ethan me adora y jamás me lastimaría, además ni siquiera estaba aquí. ¿Recuerdas que te conté que Ethan había partido a Francia hacía ya dos semanas y que no regresaría a Escocia por cuatro meses?

—¿Hay alguna prueba que asegure que esa noche él estaba en Francia? —Colin la quemaba con la mirada.

—No lo sé. Habría que preguntarle a mi tío. Se supone que Ethan tendría que haber estado en su casa.

—Dejemos a Lord Graham por ahora. ¿Qué hay de Sutherland? Y no me vayas a decir que te quiere como a una hija porque eso no lo eximirá. ¿Estaba junto a tu padre en el salón cuando tú ingresaste?

—No. Ron había salido esa mañana hacia *Inverness*, [16] creo que a visitar a algunos de sus parientes. No lo recuerdo bien.

—¿Regresó enseguida de su viaje? ¿Notaste algo extraño en él?

—Me parece que demoró bastante en volver. No estoy segura pero puede haber sido por lo menos un mes después y no, no noté nada extraño, y creo que se veía y se comportaba como siempre —se alzó de hombros—. No lo recuerdo del todo.

—Ya tenemos a dos para investigar —apuntó Colin. Keyra estaba por protestar pero no tuvo oportunidad porque él continuó hablando y desplegando ante ella sus preguntas y teorías—. ¿Qué hay de tu primo, Sir Robert?

Keyra pensó un momento, intentando recordar aquellos días que habían ocurrido casi siete años atrás.

—Robert había estado una temporada en el castillo, pero cuando yo fui atacada, hacía dos o tres días que había partido para regresar a Londres y no volví a verlo hasta el año siguiente.

—Ya son tres.

—¿Pero te estoy diciendo que ninguno de ellos estaba en las tierras de los Graham esa noche! ¿Acaso no escuchas cuando yo te hablo? —interrogó exasperada.

—¿Acaso, quien no escucha cuando yo hablo, eres tú? ¿No te acabo de decir que el agresor puede haber ingresado por el risco? ¿Y qué mejor coartada para cubrirse que no estar en el castillo?

—Pero Colin, no creo que haya sido ninguno de ellos.

—¿Qué otra persona podría saber de la existencia del pasaje?

—No se me ocurre nadie más... Si mi padre lo sabía, supongo que no hubiese ido por ahí develando un punto débil de la fortaleza, ¿no crees?

—¿Con eso sólo me das la razón! El atacante era alguien de confianza de tu padre y con esta deducción, tenemos a tres sospechosos para investigar. Y tenemos un dato más que es revelador, Keyra.

—¿Qué más?

—La cicatriz en el hombro izquierdo que tú le provocaste con la daga. Es sencillo, sólo debemos hacer que nos muestren esa parte de sus torsos y podremos ir descartándolos.

—Bien, ahora voy y les digo a Robert y a Ron que se desnuden para mí —le respondió con ironía.

—Me parece que deberíamos ser más sutiles —dijo en el mismo tono utilizado por ella—. Otra cosa, Keyra —cambió a un tono serio—, no debemos alertarlos de nuestra investigación. Es nuestro secreto, ¿de acuerdo?

—Sí, Colin, nuestro secreto. Parece que nuestra relación se basa en eso, ¿no? En las mentiras y en los secretos. Él le sonrió de lado. Una sonrisa desprovista de humor. —¿En qué lugar fue asesinado tu padre? —se le ocurrió preguntar por último. —En el ala oeste... —dijo en un susurro. Se miraron a los ojos intensamente. Los dos sospechaban que si descubrían al atacante de Keyra, darían al mismo tiempo con el asesino de Lord Graham.

Capítulo IX

La visita del Rey

Ya hacía más de una semana que Colin estaba en el castillo de los Graham. Su brazo había sanado, dejándole sólo una minúscula molestia que desaparecería con el tiempo. Al menos ya no usaba el vendaje y había empezado a moverlo y a utilizarlo también en las prácticas.

Hacía muchos días que faltaba de su hogar. Suponía que para esa altura, James ya habría recibido su recado y a él no le sorprendería verlo aparecer por esas tierras. Se permitió sonreír de lado al pensar en su amigo. ¡Cómo se reiría James de él al enterarse que había sido secuestrado y para colmo por una mujer! ¡No se lo dejaría olvidar ni en un millón de años! Además, Colin ya se imaginaba que lo regañaría por haber sido tan estúpido cómo para internarse en esas tierras desconocidas y sin una escolta, cuando él tanto había insistido con que lo dejara acompañarlo. ¡Ya podía verlo! James era bastante bueno regañándolo cómo si él sólo fuese un niño pequeño. Era el único ser humano vivo que contaba con ese privilegio, el anterior había sido su padre. Después de ellos, nadie se animaba siquiera a levantarle el tono al *Gran Señor de las Islas*.

James para Colin, era más que un buen amigo, era como un hermano mayor y era el apoyo que había necesitado al morir su padre un par de años atrás y heredar él las tierras del clan McDonalds, siendo demasiado joven para tal responsabilidad. Cada vez que Colin se había sentido abatido y a punto de flaquear, había sido el brazo de James el que lo había empujado para seguir adelante.

Pensar en su amigo, en su gente, le provocó a Colin un profundo sentimiento de añoranza por su hogar. Deseaba volver cuanto antes, pero todavía no había señales de Lord Graham, ni tampoco había podido resolver el crimen del padre de Keyra ni el ataque perpetrado en contra de la muchacha. Y no era que él fuese un detective, pero se lo había prometido a Keyra y algo en lo profundo de su ser le impedía romper aquella promesa y decepcionarla.

En esos días no había avanzado mucho. No había podido comprobar si Sir Robert o Sutherland tenían la cicatriz en el hombro, o si alguno de ellos realmente conocía la existencia de los pasadizos. Por lo pronto, cada uno de ellos lo había negado.

Colin se recostó contra el tronco de un árbol. Ese día ya había entrenado él mismo a dos de los grupos de guardias y el tercero ejercitaba en ese momento bajo las órdenes del joven Adams, quien había demostrado ser muy eficiente y tener una muy buena técnica en el manejo de las armas. Adams sería un excelente comandante para Lord Graham cuando él tuviese que regresar a *Skye*.

—Se acerca una caravana —gritó uno de los guardias apostado en la torre sur—. Y pronto el cuerno comenzó a sonar dando aviso.

Colin se puso de pie inmediatamente. Podría ser James o lo que sería maravilloso, Lord Graham y él podría regresar a casa. No le hizo caso a esa punzada de dolor que se le instaló en el pecho ante el pensamiento de dejar a Keyra y corrió hasta la torre para poder tener una mejor vista de la comitiva que se aproximaba.

Al llegar al terraplén se encontró con Keyra que ya estaba allí.

Keyra tenía sus manos apretadas sobre el pecho, y éste subía y bajaba agitado. Se la veía nerviosa e inquieta.

Colin entornó los ojos en gesto interrogativo, pero ella no lo miraba a él. Siguió la dirección de su mirada y se encontró con el extenso grupo de hombres, caballos y carruajes.

Primero no le prestó atención, pero después él también se concentró en los detalles y casi se cae de espaldas al ver el estandarte con el león rampante de color rojo sobre un campo amarillo[17]. Eso sólo podía significar una cosa...

—*A Dhial!*[18] *A Righ!*[19] —¡Por Dios! ¡El Rey! Exclamó casi sin darse cuenta de que las palabras le habían salido en gaélico escocés—. Keyra, es el Rey —le dijo, tomándola de los hombros y sacudiéndola para sacarla del estupor en el que estaba.

—Lo sé —dijo ella—. Colin yo... Debo confesarte algo —su voz sonaba consternada y su mirada estaba perdida en el horizonte. No era lo suficientemente valiente como para mirarlo a los ojos.

—¿Confesarme? ¿Confesarme qué, muchacha?

—Yo..., eh, yo sabía que vendría el Rey.

—¿Lo sabías? —Colin entrecerraba sus ojos hasta dejarlos como dos hendidias—. ¿Desde cuándo lo sabes, Keyra? —interrogó arrastrando las palabras.

—Desde antes de encontrarte —susurró. La voz no le salía con más fuerza, se le atascaba en la garganta. —No entiendo. ¿Puedes explicarme por qué yo no sabía que recibiríamos la visita del monarca? —Creo que te debo una explicación. —¡Oh, pero que considerada eres después de todo!— Puedes dejar de lado las bromas, Colin. Yo recibí un comunicado del Rey en dónde me decía que le habían llegado los rumores de que el castillo estaba desprotegido sin una presencia masculina y que él, en persona, se aseguraría de corroborar si eso era cierto o no. En caso de confirmarlo, me haría desposar inmediatamente con Robert. Es más o menos lo que te dije cuando decidiste ayudarme. ¿Lo recuerdas?

—¡Sólo que se te olvidó mencionar a su majestad *Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra!*[20] —contestó burlón.

—Yo creí que si lo sabías te negarías a hacerme pasar por mi prometido —se justificó.

—¡Y tenías toda la razón! ¿Tú te das cuenta de lo que estamos a punto de hacer, mujer? Una cosa es hacerle creer a tu gente y a tu primo que soy tu novio, y otra muy distinta es mentirle al Rey para evitar sus designios. ¡Una ofensa tal nos puede costar la vida, Keyra!

—Lo sé, Colin y te juro que lo siento. Créeme que sabía que no era correcto lo que hacía, pero no fue hasta que divisé el estandarte que tomé verdadera consciencia del peligro que corríamos con ésta farsa —Keyra temblaba y los ojos se le habían llenado de lágrimas. Estaba aterrada.

Colin la rodeó con los brazos y la estrechó contra su pecho. Tendría que estar gritándole que estaba completamente loca y que con su comportamiento temerario los arrastraría a los dos directamente a la horca, pero no podía. Sólo quería consolarla, hacerle saber que él la protegería de todo peligro. Sólo esperaba no estar equivocándose.

Ella se separó unos centímetros de él para mirarlo a los ojos, su mirada le transmitía a Colin que ella había tomado una decisión.

—¡Vete, Colin! —le pidió con firmeza—. Vete ahora que todavía están lo suficientemente lejos. Puedes atravesar el puente y cabalgar hacia el oeste que no te verán. Yo les diré que discutimos y que tú regresaste a tu hogar, entonces no tendremos que mentirle al Rey.

—Te obligaré a desposarte con Sir Robert.

—Es mejor eso, que verte a ti colgando de una cuerda —le respondió sin poder contener las lágrimas que caían a borbotones por sus mejillas—. Debes irte ahora. Por favor no pierdas más tiempo.

Ella se giró dándole la espalda. Sabía que no soportaría verlo partir, pero no podía retenerlo y conducirlo directamente al cadalso. Lo amaba demasiado y prefería mil veces sacrificarse ella, uniéndose a Robert como esposa, que hacerle correr el mínimo riesgo a Colin por culpa de una mentira. Lo perdería para siempre. ¿Pero acaso no sabía desde un principio que todo acabaría con un adiós al final? Claro que lo sabía, aunque el dolor profundo que sentía en el pecho y el nudo que le comprimía la garganta no se asemejaba en nada a la escena que ella había ensayado mentalmente para el momento en el que finalmente ellos dos se separarían.

Sintió las manos grandes de Colin sobre sus hombros. Podría haberse quedado así por el resto de su vida, pero la caravana cada vez estaba más cerca.

—Keyra...

—Vete, Colin. Cada segundo que pierdes se te vuelve en contra y si ellos te ven, ya no podremos hacer nada para que tú quedes fuera de todo este asunto.

—No me iré, Keyra —le dijo él con la voz enronquecida junto al oído—. Te hice una promesa y voy a cumplirla. Acepté representar mi papel hasta el regreso de tu hermano y eso es lo que voy a

hacer.

—Cuando aceptaste no sabías que tendrías que mentirle al Rey, eso te exime de tu promesa, Colin. Vete por favor... y sálvate.

—No soy un cobarde, Keyra. Nunca lo he sido y no empezaré justo ahora, cuando tú más me necesitas —la tomó por los hombros y la volteó hasta ponerla frente a él—. Hasta el regreso de tu hermano, soy tu prometido, Keyra Graham, ¿de acuerdo?

Ella asintió con la cabeza. Entre lágrimas divisaba borroso el rostro de Colin. El rostro del hombre que se había grabado a fuego en su corazón y por quien no dudaría en dar su vida en el caso de que las cosas se complicaran. No dejaría que él corriera peligro, nunca, se juró a sí misma.

—Vamos a recibir al Rey, hechicera —murmuró él mientras la besaba en la frente y le acomodaba algunos cabellos que el viento había sacado de su peinado—. ¿No hay ninguna sorpresa más, verdad?

—Ninguna, Colin. Te prometo que ninguna.

—¿Ha sido Sir Robert quien ha ido con los chismes al Rey?

—¿Y quien más? —suspiró ella resignada—. No sé cómo, pero al parecer, mi primo cuenta con los favores de su alteza. ¡Si hasta el título ese de Baronet ha conseguido de manos de su majestad!

—¡Ya me imagino yo cómo habrá conseguido esos favores! —respondió Colin.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó ella intrigada.

—Dicen que a su alteza, ejem... —bajó mucho la voz, a sólo un susurro junto a su oído—. Dicen que siente una especial afinidad por los hombres, ¿entiendes?

—¡Pero si él está casado con la Reina Ana![21]

—Eso, según los rumores, sólo ha sido una fachada y lo apropiado para procurar un heredero a la corona. Además, es sabido que desde hace por lo menos diez años, después de la muerte de su última hija, que el Rey y la Reina viven separados y que a él, bueno, se lo ha visto bastante con George Villiers.[22]

—¿George Villiers? ¿Y quién es él? —Alguien a quien su majestad otorga gran cantidad de honores. —¿Colin, tú crees que sea cierto eso de los gustos especiales de su majestad? —Francamente no lo sé, Keyra, pero eso es lo que la gente comenta —se alzó de hombros. —¿Entonces cuídate, Colin! —dijo de manera pícaro—. Porque si le gustan los ejem..., los muchachos —susurró—. ¡Tú le encantarás!—¡Señor, no lo digas ni en broma! —Exclamó, poniendo los ojos en blanco—.

¡Tú tendrás que cuidarme entonces y no separarte de mi lado ni un momento! —la tomó de la mano y le besó los nudillos.

—Lo que sea por ti, Colin —le sonrió con picardía—. Ahora vamos, creo que ya estoy lista —dijo, inspirando profundamente. Colin la besó fugazmente en los labios. —¡Para la suerte! —fue su excusa.

* * *

Colin y Keyra, juntos descendieron la escalera y salieron al patio dando órdenes a su paso para que todo fuese preparado para la recepción del Rey. No había mucho tiempo, así que esos pocos minutos tendrían que ser suficientes para que los criados realizaran un par de maravillas en el salón y en los cuartos que destinarían al monarca y a sus súbditos.

El puente levadizo comenzó a descender en un ruido ensordecedor de cadenas y engranajes hasta que se oyó el último sonido seco de la madera contra el piso de tierra del otro lado del foso y la caravana pronto empezó a cruzarlo.

Keyra apretaba los puños contra la tela de su falda. Sentía las palmas sudorosas y un hilo frío que le recorría la espalda. Colin la rodeó con un brazo por la cintura y la atrajo hacia él hasta pegarla contra su cuerpo. Él también se sentía nervioso.

La comitiva fue ingresando al patio. Una tropa de guardias armados, montados a caballo, rodeaba un lujoso carruaje negro que llevaba cerrados los cortinados de terciopelo de las ventanas. Uno de los guardias que precedía al vehículo portaba el estandarte del Rey de Escocia. Unos metros más atrás los seguían otros dos carruajes no tan ostentosos en los que Keyra supuso, viajarían los criados y el personal del monarca.

La caravana se detuvo. Un paje vistiendo librea y con peluca empolvada se acercó y abrió la portezuela, entonces ante sus ojos apareció su alteza, el Rey Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra.

Su majestad, Jacobo Carlos Estuardo tendría unos cuarenta y nueve años. Llevaba el cabello oscuro bastante corto y en su rostro delgado lucía un bigote y barbas perfectamente recortadas. Sus ojos claros destacaban bajo sus cortas cejas arqueadas. Iba vestido con ropas lujosas de la moda inglesa. Zapatos con hebillas enjoyadas y sus flacuchas piernas enfundadas en medias y calzas que ataba con un lazo detrás de las rodillas. Un pantaloncillo negro a rayas y abullonado terminaba a la altura de sus muslos y cubría su torso con un jubón de color gris perla adornado con un cuello cuadrado de encajes, guardas oscuras y una joya en el centro del pecho. De sus hombros pendía una

gruesa capa que le llegaba hasta la altura de sus caderas.

El monarca había sido coronado Rey de Escocia cómo Jacobo VI de Escocia en el año mil quinientos sesenta y siete, cuando no contaba más que con un año de vida, por supuesto que no había podido gobernar sino hasta el año de Nuestro Señor de mil quinientos setenta y ocho, año en el que había alcanzado la mayoría de edad. Más tarde, en el año mil seiscientos tres, había sucedido a Isabel I, la última de los Tudor, en el trono de Inglaterra e Irlanda, siendo coronado cómo Jacobo I de Inglaterra.

Todos los presentes, incluyendo a Colin y a Keyra, se agacharon frente al monarca en una reverencia perfecta y respetuosa.

El Rey Jacobo los hizo poner de pie con un ademán. Pronto se había unido a él un hombre de cabellos oscuros y enrulados, largos hasta la mandíbula. Tenía una nariz prominente y labios gruesos y definidos, sobre los cuales lucía un largo bigote castaño con las puntas apuntando hacia arriba y una chivita que se asemejaba a un triángulo invertido. Sus ojos oscuros eran dueños de una mirada constantemente especuladora y sagaz que podía poner nervioso a quien estuviera bajo su atento escrutinio.

—Su majestad —se oyó la voz de Robert cortando el silencio—. Es un gran honor contar con su visita —dijo desviviéndose en reverencias.

—¡Querido Sir Robert! —Exclamó el Rey, ofreciéndole su mano para que Robert la besara. En eso desvió su atención hacia la muchacha—. Lady Keyra, realmente me ha tenido muy preocupado su situación y por eso estoy aquí. Lamento mucho la triste muerte de su padre y más aún la desaparición de su hermano, pero no puedo permitir que sus tierras permanezcan sin la conducción y la protección de un hombre.

—Pero, Su majestad —interrumpió ella, sonrojándose y con la voz temblorosa, puesto que no todos los días se le mentía al Rey—. Yo no estoy sola y las tierras de mi hermano no están desprotegidas en su ausencia.

—Ese viejo guardia suyo no cuenta —respondió el monarca—. Ya Sir Robert me ha informado de todo.

—No, no, Su alteza. Me refiero a mi prometido —ella señaló a Colin, quien en ese momento permanecía a poco más de cincuenta centímetros de ella.

El Rey Jacobo entornó los ojos para mirar al enorme highlander pelirrojo que estaba junto a la muchacha. Realmente antes no le había prestado la más mínima atención, pero ahora lo estudiaba detenidamente.

—¿Pero no eres tú Colin McDonalds, el Laird de las Islas de Skye? —preguntó con una enorme sonrisa en sus labios.

—¿Laird? ¿De Skye? —susurró Keyra, consternada e incrédula, sólo para que Colin la oyera.

Eso no puede ser cierto.

Él, que había vuelto a tomar su mano se la apretó en señal de que guardara silencio y se apresuró a responder.

—Sí, su majestad —se inclinó ante el Rey—. Soy Colin McDonalds, Laird de las Islas de Skye, a su servicio.

El ¡*Oooooh!* que se oyó entre los aldeanos y guardias de los Graham no podía pasar desapercibido, tampoco la impresionante palidez que asaltó de pronto a Keyra o la rabia que se leyó en los ojos de Robert. Pero el Rey estaba demasiado ocupado con su atención en Colin cómo para notarlo.

—¡Te recuerdo, muchacho! Hace varios años, tu padre estuvo a mi servicio en una misión muy importante en Edimburgo y recuerdo que tú lo habías acompañado, ¿no es así?

—Sí, su alteza, así es y usted muy amablemente nos permitió asistir a la corte y compartir una fiesta en honor a su cumpleaños.

—¡Hombres muy valientes tú y tu padre! —exclamó pensativo—. Yo nunca había visto a dos guerreros tan magníficos en mi vida... Personalmente lamento mucho la muerte de tu padre pero estoy seguro que él debe estar muy orgulloso de ti —agregó.

—Gracias, Su majestad —Colin inclinó su cabeza en señal de genuino respeto—. ¿Quisiera su alteza ingresar al salón, dónde seguramente se sentiría mucho más comfortable que aquí en medio del patio? —señaló la puerta de entrada en dónde aguardaban algunos criados vestidos con pulcros uniformes. Ellos se habían formado en una prolija fila uno al lado del otro.

—Por supuesto. Vamos.

Prontamente fueron seguidos por el hombre de mirada perspicaz y por toda la comitiva de escoltas, criados y cortesanos que acompañaban al Rey en su viaje.

Se acomodaron en el gran salón dejando al monarca sentarse a la cabecera, acompañado por Colin, Keyra, Sir Robert, Sutherland y algunos de los súbditos más allegados de Jacobo. El resto fueron ubicados en las otras mesas. Prontamente una horda de criados ingresó a la estancia con bandejas cargadas y fueron servidos distintos manjares y jarras de exquisitos vinos para honrarlo.

—Él es George Villiers, mi consejero —presentó el Rey al hombre de mirada sagaz.

—George Villiers —repitió Keyra, abriendo mucho los ojos y pateando a Colin por debajo de la mesa—. Es un gusto conocerlo, señor Villiers —agregó ella, aguantando estoicamente el apretoncito que Colin le propinó en el muslo para que se comportara.

—El gusto es mío, Milady —respondió él, educadamente y con una sonrisa forzada.

—¿Entonces, Lord McDonalds, así que usted es el prometido de Lady Keyra? —Preguntó el

Rey con su voz chillona y su hosco acento escocés—. Pero..., Sir Robert me había dicho que no tenía ningún pretendiente y que por esa razón, él se ofrecía a desposarse con ella para poder protegerla —mientras esperaba una respuesta, vació su copa en dos tragos.

—Sir Robert estaba equivocado, su majestad. Yo soy el prometido de Lady Keyra y aquí estoy para cuidar de ella y de las tierras de Lord Graham hasta su regreso.

El Rey miró a Robert, quien bullía de bronca.

—¿Cómo puede ser, Sir Robert, que usted no supiera que su prima estaba prometida al Laird McDonalds? —inquirió con voz dura.

—Yo —pensó en alguna excusa—. Me temo que entre mi prima y yo, no ha habido demasiada comunicación últimamente. Siento mucho, su majestad, que usted haya tenido que venir hasta aquí por nada —se disculpó.

—Realmente, Sir Robert, yo venía decidido a asistir a una boda... ¿Por qué no aprovechan ustedes, Lord McDonalds y celebramos la boda de todos modos? —ahora miraba a la parejita. Mientras, devoraba todo lo que le había sido servido en el plato.

—Eh... —dijo Colin, observando cómo el monarca al comer, hacía varios ruidos desagradables debido a sus mandíbulas demasiado estrechas y a su lengua al contrario, por demás larga.[23]

—Su majestad, lo que sucede es que a nosotros nos gustaría esperar al regreso de mi hermano Ethan —se excusó Keyra.

—Comprendo, Lady Keyra —respondió el Rey. Quien de tanto en tanto echaba una ojeada a su alrededor. Su majestad Jacobo vivía con el pánico constante de ser asesinado, eso lo hacía temeroso y desconfiado de toda persona que lo rodeara. También, debido a ese motivo, se había asegurado de que muchos de sus guardias se mantuviesen a su alrededor a poca distancia.

—Su majestad, ¿le gustaría que organizáramos una partida de caza para mañana? —le preguntó Colin, conociendo su afición por esa disciplina.

—¡Oh, Lord McDonalds, la caza me apasiona!, pero me temo que mañana mismo retornaré a Londres ya que mi tarea aquí está terminada.

—Su majestad —protestó Robert, quien no tenía aún intenciones de darse por vencido en su lucha por obtener a Keyra—. ¿Por qué no nos acompaña unos días más. ¿Ha hecho semejante viaje, sólo para permanecer una noche aquí?

—Ya lo he decidido, Sir Robert, mañana regreso a Londres —contestó con solidez. Y ahora me retiraré a mis aposentos porque estoy muy cansado y me duelen bastante los huesos —se frotó las articulaciones—. Ya no tengo veinte años —acotó más para él que para los demás.

Todos se pusieron de pie y se inclinaron en reverencias para despedir al Rey, quien fue seguido por toda su comitiva.

Cuando el monarca y su gente hubieron desaparecido hacia el piso superior del castillo, Keyra fulminó con la mirada a Colin.

—Necesito hablar contigo, Milord —recalcó con énfasis esa última palabra y con la mirada lo invitó a que la siguiera afuera.

Keyra caminaba adelante y Colin la seguía unos pasos detrás. Salieron al patio pero ella no se detuvo allí, siguió caminando hasta la muralla. Allí le ordenó al guardia que bajara el puente levadizo. Aguardó hasta que éste hubo descendido del todo, entonces lo cruzó y se dirigió directo a la playa. Todo eso sin siquiera dirigirle la palabra a Colin, que caminaba a su lado.

—Keyra no creo que sea una buena idea salir del castillo, puede ser peligroso... —intentó él a mitad de camino.

—¡Peligroso y un cuerno! —lo interrumpió—. Mejor alejarnos bien o todo el mundo oirá lo que tengo para decirte *Señor de las Islas*.

—¿Qué demonios te sucede ahora, mujer? —le preguntó tomándola de un brazo y obligándola a girarse hacia él.

—¿Todavía me preguntas que me sucede? Qué haya secuestrado y obligado a un hombre a mentirle al Rey, ya era suficiente como para labrar mi condena. ¡Imagínate ahora que me entero que ese hombre es nada menos que el Laird de Skye!

—¿Pero por qué te enfadas conmigo?

—¡Porque me has mentido, Colin! Me has dejado creer que sólo eras un guerrero, el guardia de algún Laird, cuando el Laird eras tú. ¡Cielos, me ahorcarán por todos mis crímenes! —se dejó caer de rodillas sobre la arena húmeda mezclada con piedrecillas.

—Keyra nadie te ahorcará —la tranquilizó, arrodillándose junto a ella y con una sonrisa dibujada en sus labios. —¡Toda Escocia debe estar buscándote en éste momento! —Creo que exageras —le acarició la mejilla con dulzura.—Tu gente seguro que sí. ¿Esos... esos highlanders que estaban contigo cuando tú combatías con el hombre de cabellos oscuros eran tus guardias?

—Sí. El hombre de cabellos oscuros es mi mano derecha y mi mejor amigo, James Rohan y los otros hombres que has visto, son algunos de mis guardias. Y para hacer honor a la verdad, deben haber estado buscándome con bastante desesperación —hizo un gesto de aflicción—. Conozco a James desde que éramos niños y si no ha recibido el mensaje que le envié, para estas alturas debe estar que echa espuma por la boca y revisando hasta debajo de las piedras.

—¡Señor, me despedazará en cuanto logre dar conmigo! —Yo estoy aquí para impedirlo, hechicera y nadie pondrá un dedo sobre ti mientras yo esté a tu lado protegiéndote. —Pero yo te he secuestrado, Colin. —Habíamos quedado en que me habías liberado antes de salir de la cabaña, ¿lo recuerdas? —le levantó el rostro hacia él.—¿Cambia eso en algo todo lo que he hecho? —Preguntó con sinceridad—. ¿Y todo lo otro que te has visto obligado a hacer después por mi culpa?

—Todo lo he hecho consciente, Keyra. He venido hasta la tierra de los Graham, me he hecho pasar por tu prometido ante tu gente y ante el Rey, porque así lo he querido. Tú no me has obligado a hacerlo, muchacha.

—¿Por qué no me has dicho desde un principio quien eras en realidad? ¿No confiabas en mí? ¡Claro que si era así no puedo reprocharte absolutamente nada después de hacerte mi rehén!

—Puede que haya temido por mi seguridad con respecto a algunas personas que te rodean y que me dan mala espina, pero jamás he dudado de ti. Es extraño, Keyra, pero he confiado en ti desde que me hiciste prisionero. Realmente no sé porque no te he confesado antes que mi nombre era Colin McDonalds.

—¿Hay más sorpresas, Colin? —indagó, repitiendo la pregunta que él le había formulado a ella en la tarde. —No, Keyra, no hay ninguna sorpresa más. —¿Por qué decidiste quedarte a mi lado? — Porque quiero ayudarte... No me preguntes más, hechicera. Prefiero no profundizar demasiado en mis motivos. —¿Qué quieres decir con eso, Colin? —preguntó ella con los ojitos brillantes de expectación.—Nada, Keyra, no he querido decir nada —Colin se puso de pie abruptamente. Parecía un animal enjaulado, con aire felino y moviéndose inquieto de un lado al otro.

—Volvamos al castillo —soltó bruscamente—. Ya es muy tarde y no tenemos nada que hacer aquí a estas horas —Extendió la mano para ayudarla a ponerse de pie.

—Puedo sola —le dijo ella. No le gustaban esos cambios tan escabrosos e inexplicables de ánimo que obraban en Colin.

Caminaron de regreso hacia el castillo sin dirigirse la palabra.

* * *

En la mañana, después de devorar un sustancioso desayuno, el Rey, tal como había prometido la noche anterior, partió con toda su comitiva de regreso a Londres.

Keyra se sentía aliviada. Ahora sólo faltaba que su hermano retornara a casa y su vida podría volver a ser la de siempre. Miró por la ventana de la salita de estar. Ésta daba justo a la liza y eso le permitió encontrarse con un primer plano perfecto de Colin, que entrenaba en ese momento con un grupo de arqueros.

Sabía que no podía seguir reteniéndolo allí. Ahora más que nunca, Keyra sabía que Colin debía regresar a Skye. Allí tenía tierras y un clan que administrar y proteger. Además, pronto sería tiempo

de recoger las cosechas y el Laird debería estar allí para supervisar los trabajos. Le diría que lo liberaba de su promesa y lo convencería de que no se quedara a esperar a Ethan. Ella tendría que arreglárselas por sí sola para lidiar con Robert, pero estaba segura de que su primo ya no intentaría involucrar al Rey en sus propósitos, así que no le resultaría complicado mantenerlo al margen, o al menos eso era lo que ella esperaba.

Volvió su atención al bordado que tenía entre las manos antes que sus ojos empezaran a llenársele de lágrimas, tal como le sucedía cada vez que pensaba en el momento de despedirse de él.

Robert ingresó en ese momento a la salita y se acercó a ella. Keyra levantó los ojos de su labor en el momento justo para verlo acercarse. Parecía distinto, notó. Sin toda esa coraza de arrogancia y los gestos de desprecio que solía portar. Lo encontró vulnerable y un poco abatido también.

Robert se detuvo frente a ella con sus enormes ojos verdes posados sobre sus facciones. Su mirada ahora dejaba atisbar algo que nunca antes Keyra había sido capaz de ver en ellos, veía cariño. Y lo que siguió después fue algo que ella jamás hubiese creído que podría llegar a suceder, viniendo de su petulante primo.

Sir Robert Graham cayó de rodillas frente a ella y le tomó las manos en un gesto desesperado, entonces vació en su palma el contenido de una bolsita de terciopelo con un cordón de hilos dorados. La muchacha se quedó anonadada al ver el anillo de oro con una bonita esmeralda engarzada, el cual debería costar una fortuna.

—Es del mismo color que tus ojos —le dijo él con tono reverencial mientras tocaba la esmeralda con la punta de su dedo—. Los ojos con los que sueño cada noche —agregó después.

Keyra se había quedado sin palabras. —Por favor, Keyra, cástate conmigo —le rogó—. Vamos juntos a Londres. Juro por mi vida que te haré feliz. —No puedo casarme contigo, Robert. Lo siento —ella puso el anillo dentro de la mano de él y se la cerró. —Déjame demostrarte cuánto te amo, Keyra. Robert se inclinó sobre ella, atrapándola entre el respaldar del silloncito y su cuerpo y antes de darle tiempo para protestar, ya había atrapado su boca con sus labios besándola profundamente.

Keyra se removía debajo de su cuerpo, pero él no le daba oportunidad de librarse. La tenía sujeta con sus brazos y atrapada entre sus piernas, impidiéndole cualquier movimiento. Su boca la devoraba en un beso de fuego apasionado y absolutamente desenfrenado.

Lo único que ella podía hacer era gruñir, y tampoco le servía de mucho. Él no demostraba tener intenciones de soltarla. —Te amo —le dijo él sin separar mucho los labios. —¡Suéltame! —aprovechó ella a gritarle durante ese ínfimo instante en el que hubo visto su boca apenas liberada. Pero sólo fue eso, un instante y él volvió a profundizar su invasión, acallándola por completo. — ¡Qué demonios! —se oyó el rugido de Colin desde la puerta. Sólo unos pocos segundos separaron ese rugido feroz del golpe que le siguió a esas dos palabras. Robert se hubo visto levantado en el aire. Colin lo había agarrado de la espalda de la camisa y lo había separado brutalmente de Keyra. Sin ninguna advertencia le asentó un puñetazo que lo desparramó sobre la alfombra que cubría el suelo de la salita.

Colin deseaba seguir pegándole hasta verlo sangrar. Una ira desmedida le carcomía las entrañas y lo llevaba a actuar por instinto, sin pensar siquiera en los actos que realizaba. Deseaba molerlo a golpes hasta que a él se le borrasen de la mente las imágenes de Keyra siendo besada por esa sanguijuela. Se cernió sobre Robert, quien se tocaba el labio hinchado y partido, del que rezumaba un hilo de sangre que ya había goteado sobre la impoluta camisa blanca.

—¿Cómo te atreves a poner tus manos sobre mi prometida? —no gritaba, no hacía falta. El tono helado y gutural era suficiente para hacer temblar de terror al más fiero de los guerreros.

—Keyra es mía —se animó a decir Robert en un arrebató de valentía, mientras intentaba erguirse y ponerse de pie.

—¡Ella no te pertenece! —rebató Colin, hirviendo de bronca.

—¡Tampoco a ti, McDonalds! —refutó triunfal—. Tú no la amas. ¿Crees que no me he dado cuenta de que esto del compromiso entre ustedes no es más que una farsa? Pueden engañar a los guardias, a los brutos aldeanos, ¡Hasta al mismísimo Rey Jacobo con su parodia!, pero no a mí... Tú no la amas —repitió—, pero yo sí. Yo la he amado desde siempre y tú no me la arrebatrás ahora.

—¡Tú sólo quieres apoderarte de las tierras, Sir Robert! —dijo Colin sin poder negar el alegato del hombre rubio.

—¿Las tierras? —soltó una carcajada bastante estruendosa—. ¿Crees que me interesa un puñado de rocas en ésta parte del mundo alejado de la mano de Dios? —Negó con la cabeza—. Si he regresado una y otra vez durante todos estos años a éste páramo salvaje, sólo ha sido por ella —señaló a la muchacha que permanecía inmóvil en el silloncito de pana.

—¡Eso lo dices ahora!

—Mis propiedades en Londres valen mucho más que todo esto —hizo un paneo general con sus manos abarcando la estancia.

—¡Tú aprovechaste la situación y hasta involucraste al Rey para apoderarte de todo! —continuó el pelirrojo, desoyendo lo que el otro decía—. ¿Acaso negará eso, Sir?

—¡Odio Escocia! —gruñó exasperado—. Y lo único que quiero llevarme de este lugar endemoniado es a Keyra, para que sea mi esposa. Ella es lo único que siempre me han importado —Robert se apoyó sobre el alfeizar de la ventana y limpió con el puño de su camisa su labio, que seguía sangrando a borbotones, antes de añadir—: No sé cómo encajas en todo esto, McDonalds, ni cómo has llegado a involucrarte en todo éste asunto, pero de algo estoy seguro y es que no amas a Keyra —terminó con tranquilidad.

—¿Cómo puedes asegurar que yo no la amo, Sir Robert?

—De ser así, no hubieses empalidecido cuando el Rey propuso una boda entre ustedes en su presencia. Si estuvieses enamorado de ella, no hubieses buscado como excusa la ausencia de mi

primo. ¡Bien sabes que él puede que no regrese!

—¿Tan convencido estás de que él no ha de regresar? ¿Será porque tú mismo le tendiste alguna trampa para eliminarlo?

Keyra contuvo el aire en una inspiración profunda que le quemó en la garganta.

—¿Otra de tus rebuscadas teorías, McDonalds? —Se quitó una pelusa imaginaria de la manga estropeada por la sangre—. Piensa lo que quieras —se alzó de hombros—. Me da igual.

—¿No lo niegas entonces?

—Tampoco lo estoy afirmando —diciendo eso, Robert atravesó la salita. Se detuvo junto al sillón de Keyra, el anillo permanecía tirado en el suelo junto a la bolsita de terciopelo. Robert se agachó para recogerlo, lo guardó en el estuche y frunció el cordón de hilos de oro tomándose su tiempo. Sabía que detrás de él se estaba gestando la erupción de una caldera. Después volvió a depositarlo en las manos de Keyra, quien lo miraba cómo si esa fuese la primera vez que lo veía realmente—. Es un regalo y no quiero que me lo devuelvas —le dijo, cerrándole la mano alrededor del obsequio. Después continuó su camino hacia la puerta en dónde se detuvo sólo durante un corto instante más para hablar—: Me quedaré en el castillo unos días más, esperando una respuesta a mi propuesta de matrimonio, Keyra. Sólo piénsalo. Si al final de la semana tu respuesta sigue siendo negativa, me iré y te juro que no tendrás que volver a verme nunca más —dicho eso, Robert salió de la estancia.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Colin a Keyra, acercándose a su lado cuando ya habían quedado solos. —Sí —dijo ella con voz lejana. Todavía apretaba con fuerzas la bolsita en su mano. —¿Estás segura? ¿No quieres que te traiga un poco de agua?—Él lo sabía —dijo mirando hacia la puerta—. Ha sabido que lo nuestro no era más que una mentira y sin embargo no le ha dicho nada al Rey... Podría habernos desenmascarado —ella temblaba.

—No te fíes de él, Keyra. Debe tener sus propósitos ocultos para no habernos delatado. ¡Estoy seguro! —Colin se había acuclillado a su lado y le sostenía las manos para brindarle tranquilidad. Algo extraño, ya que ni él mismo podía estar apaciguado.

—Parece que no somos buenos mintiendo, ¿no? —Keyra sonreía sin un atisbo de humor, se burlaba de sí misma. —¡Nunca dije que fuese buen actor! —contestó él, bromeando. Pero Keyra permanecía seria y con la mirada distante. —No, nunca lo has dicho, Colin... Y supongo que no se puede fingir aquello que no se siente. Colin no tuvo tiempo de responder a ello. Fuera, en el patio se había desatado un tremendo alboroto.

Capítulo X

Llegadas inesperadas

—¡Ethan! ¡Ethan! —Keyra salió al patio gritando emocionada.

En cuanto había sentido el alboroto que habían armado los guardias y los aldeanos, no había podido resistir el echar un vistazo por la ventana. ¡Y grande había sido su sorpresa cuando había descubierto que el recién llegado, no era otro más que su hermano!

—¡Ethan! —se echó al cuello del joven que era casi una réplica de ella, salvando que él poseía un porte absolutamente masculino y que le sacaba por lo menos una cabeza de altura y la doblaba en tamaño.

—¡Keyra! —le respondió él, evidentemente tan emocionado con verla cómo lo estaba ella. La estrechó con fuerza contra su cuerpo en un abrazo interminable—. ¡Te he extrañado pequeña! —le dijo, removiéndole el cabello.

Tenían la misma edad, de hecho eran gemelos, pero Ethan alegando que él había nacido diez minutos antes que ella, se sentía mayor y *pequeña* era el mote cariñoso con el que solía llamarla.

Colin se mantenía a cierta distancia observando al recién llegado. *¿Con que éste es el tan nombrado Lord Ethan Graham? No le quitaba los ojos de encima... ¿Acaso Lord Graham no está extendiendo demasiado el abrazo para tratarse de un hermano y su hermana? ¿Ó era él que ya no soportaba que ningún hombre estuviese tan cerca de Keyra?*

—¡Yo sabía que regresarías, Ethan! ¡Yo lo sabía! —Casi no lo logro, pequeña. Tú tenías razón. Todo era una trampa —le contó mirándola a los ojos—. Una emboscada... —¿Qué? —preguntó ella horrorizada y bajando nuevamente al piso, aunque sin alejarse de su hermano. —No te preocupes, Keyra. ¿Aquí estoy, no? —¡Pero quiero que me cuentes todo lo sucedido!—No ahora, pequeña, estoy agotado y lo único que deseo es darme un baño y dormir tres días seguidos. Después te prometo que te contaré hasta el más mínimo detalle.

—¡No estoy de acuerdo! —rezongó ella.

—Mmmm ¡Vaya novedad! Raramente lo estabas con mis decisiones —dijo él, sonriendo y caminando hacia el castillo con la muchacha tomada de su mano.

Colin los observó alejarse. Lord Ethan Graham por fin había regresado sano y a salvo, con lo que él quedaba libre para volver a casa. *¿No debería sentirme feliz?*

* * *

—¡Colin! —Lo llamó Keyra desde la puerta de entrada al salón del castillo, haciendo señas también con su mano—. ¡Ven aquí, Colin así conoces a mi hermano!

Cuando él estuvo junto a ella, Keyra lo tomó de la mano y lo condujo rebosante de alegría hasta la salita en la cual habían estado minutos antes. Lord Graham ya estaba allí. Se había sentado y estaba reclinado en el sillón. En ese momento era atendido por algunas criadas quienes le habían llevado algo de comida y bebida.

Colin notó que Lord Graham se veía cansado. No se podía negar que era un hombre muy joven y guapo, con rasgos iguales a los de su gemela: enormes ojos verdes, nariz recta y boca de labios generosos, aunque ahora la belleza de su rostro se veía un poco opacada por los profundos círculos oscuros que tenía debajo de los ojos y la extrema palidez de su piel. Cuando el joven se quitó con un respingo, unos finos cabellos castaños que le caían sobre la cara, dejó a la vista de todos, una larga cicatriz que le cruzaba la frente y que antes Colin no había tenido oportunidad de ver. Por el grito horrorizado que en sucesión oyó, proveniente de Keyra, dedujo que ella tampoco había notado antes la herida de Ethan.

—¡Santísimo Señor! —Keyra soltó a Colin para correr junto a su hermano y revisar el corte que ya se veía cicatrizado—. ¿Quién diablos te ha hecho esto? ¡Y ni pienses decirme que dormirás una siesta antes de hablar, porque no te moverás de aquí hasta que hayas soltado hasta la última palabra, Ethan Graham! —exigió la muchacha con autoridad y poniendo los brazos en jarra. Señal que no se movería de allí y Ethan lo sabía. Le había visto tomar esa posición un millar de veces a lo largo de sus veintidós años.

—¡Bien! —exclamó resignado—. Entonces siéntate —señaló un sillón próximo al de él—, porque la historia no es corta.

—De acuerdo, sólo déjame primero que te presente a Colin.

Ethan cruzó una mirada con el enorme pelirrojo que estaba junto a la puerta de la salita. Los dos se echaban un vistazo con desconfianza y estudiando hasta el más mínimo gesto o movimiento que hacía el otro. Parecían medirse cómo dos animales. Keyra no les prestó atención.

—Ethan, él es Lord Colin McDonalds —lo tomó de la mano para llevarlo junto a su hermano

—. Colin, te presento a mi hermano gemelo, Ethan, Lord Graham.

Los dos hombres se estrecharon las manos, en lo que parecía una competencia para ver cuál de los dos ejercía más presión sobre la mano del otro a la vez que inclinaban las cabezas en un saludo formal, sin dejar en ningún momento de mirarse a los ojos.

—¿Y, Lord McDonalds, a qué debemos su visita en nuestras tierras? —Inquirió el recién llegado, retirando otra vez las finas hebras de cabello que constantemente se le iban sobre el rostro.

—¡Oh, Ethan! —Se apresuró a responder Keyra, antes de darle tiempo de hablar a Colin—. ¡Esa es una muy larga historia que no oirás hasta que yo no haya escuchado la tuya!

—¡No me parece justo! —exclamó Lord Graham, entornando sus hermosos ojos verdes y haciendo un gesto de fingido disgusto con su boca de labios llenos y definidos.

—Siéntate aquí, Colin —señaló un lugar junto a ella—, que Ethan nos contará lo que le ha sucedido en el viaje —negó con la cabeza—. ¿Has visto? Todo ha resultado ser una trampa, como yo suponía.

—¿Keyra, no crees que esto deberíamos hablarlo en privado? —le preguntó Ethan, echando un vistazo furtivo al pelirrojo.

—¡Nada de eso! Colin es alguien de confianza y sólo voy a decirte que si aún conservas tus tierras, se lo debes a él; así que empieza a hablar porque no permitiré que se retire.

—¿Y eso? —preguntó con desconfianza el hombre de los ojos del color de las esmeraldas, afirmándose en los apoyabrazos del sillón. —¡Te he dicho que es lo único que te diría por ahora! —le respondió su hermana con una sonrisa pícara en los labios. —¡Pequeña! —le dijo él a modo de advertencia. Ella sólo inclinó la cabeza hacia un lado y se cruzó de brazos. Con ese gesto le daba a entender que no diría ni una palabra. Ethan bufó resignado y se reclinó contra el respaldar. Le dolía cada hueso de su cuerpo. Mejor contaba su historia así después su hermana contaría la suya. No tenía ganas de empezar una batalla de voluntades en la que podían estar enfrascados todo el día y que al final, después de horas, terminaría cediendo él por cansancio. Su hermana podía ser muy tozuda cuando se lo proponía y él sólo quería terminar con todo el asunto y echarse a dormir.

—¡Has ganado! Como siempre, hermanita —dijo él. Entonces empezó a relatar la historia—: Esa mañana, cuando partimos con mis hombres, teníamos la idea de llegar en un par de días hasta *Dunbar*[24] en dónde subiríamos a bordo de un barco que nos llevaría hasta *Calais*,[25] en Francia. Durante la última parte del trayecto nos parecía que éramos observados constantemente, pero no tuvimos oportunidad de descubrir quienes nos seguían. Avanzábamos con precaución. Cada vez que acampábamos para descansar nos turnábamos de a dos para hacer guardias de vigilancia y así evitar ser sorprendidos mientras dormíamos. Llevábamos creo que unos cinco días de viaje, ya habíamos pasado por *Edimburgo* y estábamos en las afueras de la ciudad y en camino a *Dunbar*. No nos faltaba demasiado trayecto, ya hasta podíamos oler el mar —Ethan cerró los ojos y tragó con fuerza.

—Ethan.

Keyra se arrodilló a su lado encerrando una mano de Ethan entre las suyas. Sintió las palmas callosas y tanteó varias cicatrices sobre el dorso de la mano que antes del viaje, Ethan no había tenido.

Él le sonrió con ternura y con los ojos vidriosos. —Estoy bien, pequeña —le acarició la mejilla y los largos cabellos castaños—. Levántate. Vuelve a tu lugar. Keyra le obedeció no sin antes mostrarse renuente.—El lugar estaba desierto —continuó relatando—. Sólo estábamos nosotros seis, que en ese momento llegábamos casi al final de un bosque bastante tupido cuando salieron a nuestro encuentro una horda de hombres fuertemente armados... —inspiró profundamente—. No sé cuántos eran ellos. Ni tiempo de contarlos tuvimos —acotó con tristeza—. Pueden haber sido doce o tal vez quince, o más, no lo sé...

—¡Santo Dios! ¿Pero quiénes eran? —murmuró Keyra.

Colin escuchaba imperturbable. Sin mostrar ninguna emoción.

—Salvajes, Keyra. Mercenarios contratados por alguien más que quería vernos muertos. Luchamos con valentía, pero ellos tenían un claro objetivo. No querían robarnos las pertenencias ni los caballos, sólo querían aniquilarnos y no se fueron hasta que no creyeron que lo habían logrado. Todos mis hombres fueron asesinados y a mí también me dieron por muerto. ¡Sabe Dios que no me faltó mucho para estarlo! —sonrió sin atisbo de humor y a Colin le recordó muchísimo a esa sonrisa que solía hacer Keyra.

—¿Cómo sobreviviste, Ethan? —Le preguntó Keyra con la voz acongojada y temblando como una hoja al ser agitada por el viento.

—Supongo que debo haberme desmayado porque cuando desperté, nuestros atacantes ya no estaban y nuestros caballos pastaban a unos metros de nosotros con las riendas colgando por el suelo. A mi alrededor estaban los cuerpos mutilados de los cinco guardias que me acompañaban y yo estaba herido por todas partes y perdiendo grandes cantidades de sangre. Me arrastré hasta uno de los caballos. Tenía la visión borrosa, estaba mareado... Realmente no sé cómo conseguí montarlo, me faltaban las fuerzas.

Las lágrimas de Keyra ya habían empapado sus mejillas y la pechera de su vestido. Colin la rodeó con su brazo por la cintura y la atrajo hacia su cuerpo para consolarla.

—Cabalgué a lomos del semental, iba casi inconsciente— continuó relatando Ethan, quien de tanto en tanto hacía una pausa para tragar saliva e inspirar hondo. Le dolía demasiado recordar las muertes de sus hombres, quienes también habían sido sus amigos. Rememorar el salvaje ataque que habían sufrido le helaba la sangre y le desgarraba el alma. Le dolía más que los dolores físicos que había sufrido a causa de las heridas, que no habían sido pocas—. Retomé sobre nuestros pasos o eso es lo que intentaba, regresar hacia Edimburgo. Antes de llegar al centro de la ciudad, todavía en las zonas alejadas, logré atisbar una finca a través de mi visión borrosa. Recuerdo que rogué a Dios porque hubiese alguien en la casa.

—¿Una finca en las afueras de Edimburgo dices? —preguntó Colin, removiéndose inquieto en

el sillón y con un raro presentimiento.

—Sí. ¡Gracias al cielo que esa casa estaba allí! —Exclamó Ethan—. Me dejé caer del caballo, ya no tenía fuerzas ni para desmontar como es debido, y luego me arrastré hasta el descansillo. Creo que grité por ayuda, no lo recuerdo con toda claridad, puesto que para esa altura mi consciencia ya se desvanecía a cada segundo un poco más. Recuerdo que lo último que pude ver fue el rostro de una bonita muchacha pelirroja, el resto son sólo fragmentos cómo entre sueños.

—Lizzie —susurró Colin, cerrando los ojos y más para él que para los demás, pero los dos hermanos lo habían oído.

—Sí —confirmó Ethan con demasiado entusiasmo—. Lizzie McDonalds, ella fue quien me ha cuidado todos éstos meses mientras yo estaba inconsciente. A ella le debo mi vida.

—¿La conoces? —preguntó Keyra a Colin, quien parecía haber empalidecido de golpe. —Lizzie es mi hermana —Colin permanecía con la mirada perdida en un punto lejano. —¿Estás seguro, Colin? ¿No será sólo una coincidencia?—Mis tías tienen una finca en las afueras de Edimburgo y es allí dónde mis hermanas han estado en los últimos ocho meses. La muchacha pelirroja, Lizzie McDonalds, es mi hermana. ¿Pero no estaban allí también mis dos tías, y mis otras hermanas: Gwen y Claire? —preguntó Colin, casi desesperado.

—Creo que sí, McDonalds, sólo que yo no estaba que digamos despierto, y cada vez que tenía un minuto de lucidez era a Lizzie a quien veía a mi lado. A tus Tías y al resto de las muchachas me las presentaron después de recuperarme.

—¿Ellas estaban bien?

—Sí, quédate tranquilo.

—¡Los McDonalds se han transformado en nuestros ángeles guardianes! —exclamó Keyra, besando las manos de Colin en agradecimiento por lo que su hermana había hecho por Ethan—. Por favor, Ethan sigue contando que sucedió después.

—Cuando por fin desperté del todo, Lizzie me contó que estuve casi tres meses inconsciente, con fiebres altísimas y que no hacía más que delirar. Ellas no sabían quién era yo y no tenían idea de a quién recurrir. Me dijo también que a los pocos días supieron que habían sido encontrados los otros cuerpos y por temor a que los atacantes regresaran a terminar con el trabajo que les había quedado inconcluso, prefirieron guardar el secreto y no decir a nadie que yo estaba allí, así que ellas se ocuparon de mis heridas y de mantenerme con vida. Algunas veces creyeron que yo no pasaría la noche, pero finalmente fui recuperándome. Fueron sanando los cortes y las estocadas que tenía por todo el cuerpo, remitiendo las infecciones y la fiebre... Realmente al mirarme ahora creo que es un milagro que permanezca con vida. No sé si tengo alguna parte de mi cuerpo sin una marca —negó con la cabeza.

—Eres afortunado por estar con vida, Ethan, y le doy gracias a Dios y se las daré personalmente a Lizzie McDonalds en cuanto pueda estar frente a ella, porque gracias a ellos tú estás

aquí —Keyra abrazó a su hermano y se permitió descargar todas las lágrimas que todavía le quedaban por llorar.

—¿Mis hermanas aún están en Edimburgo? —interrumpió Colin.

—No, McDonalds. Cuando yo estuve lo suficientemente recuperado, decidí que ya era tiempo de retornar a casa. Sabía que Keyra estaría desesperada y así me lo confirmaron los cinco hombres que ella envió para buscarme. Ellos me encontraron al salir de Edimburgo —explicó—. Viajábamos tus tres hermanas y yo, acompañados por unos escoltas proporcionados por tus tías, pero cómo he dicho, al salir de Edimburgo se nos unieron los cinco guardias enviados por Keyra. Continuamos viajando juntos hasta después de cruzar *Loch Ness*[26]. Pero desde allí teníamos direcciones opuestas para seguir. Decidí continuar el viaje hacia el norte sólo con dos guardias y que los otros tres hombres escoltaran a las señoritas McDonalds hacia el oeste, hasta Skye. Supongo que para estas alturas ellas ya deben estar sanas y a salvo en su hogar.

—¿Eso espero! —rogó Colin, pensando en la seguridad de sus tres hermanas menores.

—Lizzie me ha hablado mucho de ti, McDonalds y a decir verdad, nunca esperé encontrarme contigo aquí.

—¿Me imagino que no! —Colin se alzó de hombros—. Pero eso tiene que ver con la historia que tu hermana tiene para contarte Graham —le respondió Colin.

—¿Y estoy esperando ansioso por escucharla! Así que hermanita, puedes ir empezando a hablar —se acomodó en el sillón.

—¿Por dónde empezar? —dijo ella, pensativa.

—¿Se me ocurre que por el principio sería una opción muy acertada! —enunció con la seriedad de quien está haciendo una gran proclama, pero en el brillo divertido de sus profundos ojos verdes se perdía toda formalidad.

—¿Oh, Ethan, no sabes cómo me has ayudado con tu acotación! —pronunció irónica y fulminándolo con la mirada—. Empezaré por el principio entonces, hermanito. Veamos... Habían pasado casi dos meses de tu partida cuando Robert nos honró con su grata presencia —dijo con ironía—. Primero se mostró sorprendido al enterarse que tú no estabas en el castillo y que no habíamos recibido ninguna noticia tuya, pero después no habían pasado más que dos o tres días y ya había vuelto a partir. Me pareció extraño, ya que sus visitas suelen prolongarse por varias semanas. Sin embargo lo comprendí todo cuando casi un mes después recibí una carta del Rey.

—¿Del Rey? —interrogó Ethan sin poder salir de su asombro.

—¿Sí, de su majestad el Rey Jacobo! Imagínate mi desesperación cuando leí esas líneas en las que me informaba que a sus oídos habían llegado ciertos rumores de tu desaparición misteriosa y de que el castillo estaba sin protección masculina.

—¡Pero si Ron estaba contigo! Y también todos los guardias.

—Al parecer ellos no contaban, pero ahí no acaba todo. Su majestad quería comprobar personalmente las habladurías y si resultaban ciertas, me haría desposar con Robert.

—¿Con Robert? ¡Pero qué demonios...! —Lo mismo pensé yo, entonces ideé un plan, que eh..., seguramente tú pensarás que era descabellado. —¿Keyra que has hecho? —inquirió preparándose para alguna de las locas ideas de su hermanita.—Se me ocurrió que la mejor forma de proteger tus tierras de los buitres y de evitar desposarme con Robert, que de paso te informo que compró un título y ahora es Baronet.

—¿Ah sí?

—Sí, así que no olvides anteponer el “Sir” cuando te dirijas a él. Bueno, la mejor manera de protegernos era presentándole al Rey Jacobo a mi prometido...

—¡Pero Keyra, tú no tienes prometido! —dijo desconfiando y arrastrando las palabras para enfatizarlas. —Por eso me he visto obligada a salir en busca de uno. —¿Qué tú qué? —Ethan no podía creer lo que oía.—Yo... eh... Secuextré a Colin para que se hiciera pasar por mi prometido hasta tu regreso, ante el clan y ante el Rey, que acaba de irse esta mañana —soltó abruptamente y sabiendo que se vendría ahora una reprimenda.

—¿Acaso tú has perdido completamente la chaveta? —gritó, poniéndose de pie y cerniéndose sobre ella.

—Está bien, Graham, no hace falta que le grites —intervino Colin, poniéndose de pie frente a él y cubriendo a la muchacha con su cuerpo—. Puede que Keyra, en un principio, me haya hecho rehén, pero después acepté venir y hacerme pasar por su prometido bajo mi propia voluntad, así que no tienes que reprenderla.

—¿Qué no tengo que reprenderla? ¿Sabes lo que les podría hacer su majestad si se entera que se han burlado de él y en sus propias narices? ¡Mierda, Keyra! ¡Irían a parar los dos de cabeza al cadalso!

—Escucha, Graham, es un riesgo que los dos hemos aceptado correr y de nada sirve que ahora te enfades.

—¿Y qué dirán ahora que yo he regresado?

—Diremos que no nos llevamos bien y que hemos roto el compromiso —dijo Keyra con resolución aunque con la voz quebrada—. Colin debe regresar a Skye para velar por su gente y yo no puedo seguir reteniéndolo aquí, así que el anuncio de la ruptura debe ser dado a conocer cuanto antes.

—Yo pienso que deberíamos esperar un par de días más para no levantar sospechas —se apresuró a agregar Colin, sin saber muy bien por qué lo hacía.

En vez de tomar la libertad que se le estaba ofreciendo en una bandeja, él se empeñaba en permanecer allí. Era como si estuviese amarrado y no fuese capaz de soltarse... ¿Pero amarrado a qué?

—Además yo podría ayudarlos a resolver todos éstos interrogantes que tienen —justificó.

—¿Estás seguro, Colin? —le preguntó Keyra, rebosante de gratitud, y muy, pero muy feliz por tenerlo con ella un poquito más.

—Sí, Keyra, me quedaré unos días más y juntos atraparemos al culpable de los crímenes que se han estado perpetrando en contra de vuestra familia.

—Gracias, Colin —susurró emocionada.

—¿Graham, sabes quién puede haber contratado a los mercenarios que te han atacado a ti y a tus guardias? —interrogó Colin para empezar a atar todos los cabos sueltos de la investigación.

—No, no tengo idea. Supongo que ha sido una trampa desde el principio... ¡Y no vayas a decirme te lo dije! —advirtió a su hermana, quien había estado a punto de abrir su boca precisamente para decir eso mismo.

—¿Quién te había enviado a llamar desde Francia?

—Yo recibí una nota en la que se requería mi presencia con urgencia en la propiedad de mi tío. Supuestamente era para resolver un asunto con unas tierras que por herencia nos pertenecerían a Keyra y a mí. ¿No sé si sabías que los padres de nuestra madre eran Franceses?

—Algo me había comentado tu hermana.

—Bueno, ellos nos han dejado unos campos cerca de *Calais*. Son tierras colindantes con las de nuestro tío Marcel. Yo ya he estado allí en varias oportunidades y déjame decirte que es un lugar realmente muy hermoso. Yo supuse que la convocatoria era real, pero lo más probable es que alguien enterado de todo ese asunto lo haya usado para hacerme salir del castillo.

—Entonces estamos hablando de alguna persona allegada a la familia. Alguien que conocía esos detalles que uno no iría gritando por allí a los cuatro vientos, ¿no es así?

—Me temo que sí, McDonalds. Por más que me apene, no me queda más que pensar que quien ideó todo este plan macabro es alguien que hasta puede estar conviviendo entre nosotros.

—¿Se te ocurre alguien en especial?

—Parece que todas las flechas apuntan hacia mi primo Robert —soltó Ethan—. Él siempre ha estado rondando por el castillo cada vez que le ha sido posible y me consta que conocía de la existencia de esas tierras en Francia y si a eso le sumamos el detallito ese de recurrir al Rey para desposarse con Keyra en mi ausencia... ¡Y sí! Yo diría que él es el principal sospechoso.

—Al menos lo pondremos a la cabeza de la lista —agregó Colin—. ¿Alguien más que pudiese querer verte muerto?

—Nadie que se me ocurra en este momento.

—Bueno, tendremos que seguir buscando pruebas y observando de cerca a Sir Robert —completó Colin—. Yo haré algunas investigaciones por mi cuenta para ver si puedo conseguir algún dato más de importancia.

—De acuerdo —respondió Ethan—. Gracias, McDonalds.

Los dos hombres se estrecharon las manos.

Puede que Lord Graham hubiese sufrido ese intento de asesinato y Colin haría lo posible para develar quién había sido el culpable, pero eso no lo quitaba todavía de la lista de sospechosos del ataque a Keyra ni del crimen del antiguo Lord del castillo. Colin también lo estaría observando minuciosamente a él. ¡Claro que eso no iba a decírselo!

Capítulo XI

En busca de las pistas

—¿En dónde está Ron? —preguntó Ethan durante la cena.

Todos los habitantes del castillo y de la aldea habían acudido a la cena en honor al Laird del clan, excepto Ron Sutherland quien ni siquiera había dado la bienvenida al joven Señor.

—Mi señor —respondió uno de los guardias—. Sutherland debe estar enfermo porque durante su llegada lo he visto ponerse blanco como un papel y vomitar en el patio, después no he vuelto a verlo en todo el día.

—¿Qué extraño! —Exclamó Keyra—. Yo había conversado con él en la mañana durante el desayuno junto a su majestad el Rey Jacobo y no he notado ninguna señal de malestar.

—Tal vez le ha caído mal algún alimento —Ethan descartó el asunto sin prestarle demasiada atención.

¡O alguna noticia!, pensó Colin, pero no lo dijo en voz alta. Hacía tiempo ya que Sutherland no le *cerraba* del todo, aunque por más que lo había estado observando muy detenidamente, nunca había podido endosarle ninguna prueba que lo incriminara, aún así prefería dejarlo *bajo sospecha*.

—¿Así que ahora eres *Sir*, primo? —Ethan le sonreía de lado a Robert—. Parece que te has ganado los favores del Rey.

—¡Por lo que me ha servido! —Masculló Robert de manera sombría—. Si tú también piensas empezar a reírte de mi título y a preguntar cuánto me ha costado, te sugiero que te lo ahorres, Ethan, porque tu hermana ya se ha encargado de restregarme por el rostro que no valora en lo más mínimo mi título de Baronet. Y si tú también quieres burlarte, bueno te lo diré, me ha costado mil ochenta libras — hizo una mueca de resignación—. ¿Quedas conforme con esa información?

—No tenía intenciones de burlarme de ti, primo, créeme y con respecto a Keyra... ¿Qué puedo decirte? Qué la manera que ella utilice para dirigirse hacia ti, es lo que tú has cosechado a lo largo de todos estos años menospreciándola. Si yo tengo que opinar en el asunto, no tengo más que decirte, Robert, que te lo tienes bien merecido.

—Lo sé —respondió Robert, bajando la mirada y sorprendiendo a todos con su respuesta.

¿Acaso esa actitud era sólo una mascarada de parte de Robert?, pensó la mayoría de los presentes. Robert no fue consciente de todos los pares de ojos que lo observaban detenidamente, ya que en ese momento concentraba toda su atención en el plato que tenía frente a él y del que no había probado ni un solo bocado. Se limitaba a remover la comida con el tenedor, pero no lo llevaba a su boca. Se le había cerrado el estómago y los motivos sólo los sabía él.

—McDonalds —comenzó diciendo Ethan y atrayendo ahora las miradas hacia él—. Me ha contado mi hermana que has estado entrenando a mis hombres y que has logrado organizarlos de manera muy eficaz, de hecho, yo mismo he notado una excelente distribución de las guardias.

—Sí, Graham y permíteme que te sugiera al joven Adams cómo comandante. Realmente ha demostrado una técnica excelente. He delegado en él varios turnos de entrenamientos y se ha desenvuelto correctamente en todas las disciplinas.

—¡Oh bueno, voy a tener en cuenta tu sugerencia!, mañana le echaré un vistazo a ver si es cierto. —Verás que no me equivoco —Colin bebió unos tragos de su copa—. Estoy seguro que será tu mano derecha. Ethan asintió con la cabeza.—En realidad lo que quería preguntarte es si accederías a ejercitar conmigo mañana —le preguntó al pelirrojo—. Verás..., hace más de tres meses que no he blandido una espada y creo que estoy un poco endurecido —sonrió frotándose las cicatrices de las manos que algunos días le dolían bastante—. ¡Demonios! ¡Tengo veintidós años y por culpa de todas estas malditas heridas me siento cómo de sesenta años!

—Ya te recuperará, Ethan —lo consoló su hermana, acariciando las finas líneas todavía rojizas que cruzaban los dorsos de sus manos y desaparecían debajo de las mangas de su camisa.

—Eso espero, pequeña —Ethan dio un apretón cariñoso a las blancas y delicadas manos de su hermana que contrastaban tanto con las suyas, enormes y rústicas.

—Por supuesto que accedo a un combate contigo, Graham — respondió Colin al pedido del joven Laird.

—¿Por qué no hacemos una excursión hasta la playa? —Se le ocurrió a Keyra—. Podemos llevar el almuerzo y las espadas — desbordaba de entusiasmo—. ¿Qué mejor que un día de ejercicios al aire libre y junto al mar?

—Mmmm, yo estoy de acuerdo —anunció Ethan.

—Por mí, está bien —se sumó Colin—. ¿Nos acompañará, Sir Robert? —preguntó, dejando estupefacto al aludido con esa invitación y también a los hermanos Graham.

—Eh... Gracias por la invitación, Lord McDonalds, pero no soy muy aficionado a las luchas.

—¿A no? Supuse que podría llegar a gustarle... ¿No sé porque me lo he imaginado esgrimiendo dagas o armas blancas? —dijo Colin despreocupadamente.

—¡No, Lord McDonalds, nada más alejado de la verdad! Nunca he sido bueno en eso, ni con

dagas ni con espadas.

—¿Entonces usted es de los que preferiría atacar por la espalda antes de enfrentarse en un combate justo con un rival más eficiente?

Keyra casi se atraganta con el bocado de venado que en ese momento estaba masticando. Ethan sin embargo no pudo ser tan disimulado y escupió entre toses el trago de cerveza con el que justo había llenado su boca.

—No entiendo que es lo que está insinuando, McDonalds, pero yo jamás atacaría a nadie ni por la espalda ni de frente. —¿No? —inquirió Colin desafiándolo. El hombre rubio había empezado a transpirar y a retorcerse las manos por debajo de la mesa.—¿Supongo que jamás intentaría tampoco propasarse con una muchachita indefensa, no es así? —Colin subió la apuesta con su interrogatorio. Quería probar hasta que punto podía presionar hasta que Robert se quebrase.

—Ust... Ust... —tartamudeó Sir Robert—, usted se equivoca conmigo, McDonalds —concluyó con la voz temblorosa.

—Eso espero —proclamó Colin, fulminándolo con una de sus miradas de hielo—. Por su bien, Sir Robert —las *R* fueron arrastradas en las palabras haciendo más notorio el áspero acento escocés y la sutil pero contundente amenaza.

—Voy a retirarme a mis aposentos —anunció Robert, poniéndose de pie—. No me siento bien.

—Habrá que revisar la comida. Ya van dos que enferman en el mismo día —la lengua de Colin, esa noche estaba filosa y parecía dispuesta a no quedarse en silencio.

Robert salió del salón con piernas temblorosas y el rostro enrojecido y cubierto de sudor. —¿Sutileza no es tu nombre, verdad? —preguntó Keyra, para quien quedarse callada nunca era una opción que digamos atractiva. —Ni tampoco una de mis cualidades —agregó McDonalds, muy conforme con el trabajo realizado minutos antes. Sir Robert se había sumado, él solito, varios puntos negativos con *su humor* y por lo pronto, encabezaba la lista de sospechosos.

* * *

El día había despertado con una mañana maravillosa, con el sol calentando de una manera inusual para la época del año en la que estaban. Era un día más que perfecto para la excursión que habían planeado a orillas del mar

Keyra buscaba tesoros en la arena, desenterrados del fondo del mar por la revuelta marea, mientras Ethan y Colin a pocos metros de ella, entrechocaban las espadas.

—Otórgame algo de respiro, McDonalds. Me siento fuera de estado —decía Ethan, retrocediendo unos pasos y haciendo un esfuerzo descomunal para frenar las estocadas y a la vez para tomar una bocanada de aire.

Después de casi una hora de entrenamiento y con el sol brillando cada vez con más fuerza, los guerreros se veían bañados de sudor. Colin fue el primero en quitarse la camisa empapada, regalándole a Keyra una estupenda visión de su piel bronceada y de su impresionante torso musculoso. Ese highlander vistiendo sólo su plaid amarrado a la cintura y después nada más, era una maravilla para los ojos, y Keyra no tenía ninguna intención de perderse. Sólo unos pocos minutos después lo siguió Graham.

—Espera un minuto, McDonalds, ya no aguanto esta ropa —. Ethan hizo una seña con su mano para enfatizar las palabras. Después clavó la punta de la espada en la arena para poder quitarse por la cabeza la camisa rústica, la hizo un bollo y la arrojó a un costado.

El torso y los brazos de Ethan cubiertos de cicatrices atroces quedaron expuestos a la vista. Una estocada en el costado izquierdo de su cintura, varios cortes en los brazos y uno más sobre el pecho que le llegaba hasta el abdomen, y eso sólo era la parte del frente.

Colin prestó atención detenidamente a cada sutura sintiéndose conmovido por lo que el joven Laird había tenido que sufrir a manos de aquellos asesinos que lo habían atacado tan ferozmente y abandonado en medio de la nada cuando lo habían creído muerto. Pero su actitud cambió totalmente, cuando al subir la mirada por el torso musculoso de Ethan descubrió una herida más, ésta vez en el hombro izquierdo. La reacción fue inmediata.

Colin arrojó su espada a un lado y tan veloz cómo una saeta se fue sobre el muchacho de los ojos verdes. Antes que Ethan pudiese siquiera saber que era lo que sucedía, se encontró lanzado sobre la arena, con una rodilla de Colin sobre el pecho y el filo de un *Dirk* sobre la garganta.

—¿Qué mierda te pasa, McDonalds?

—¡Maldito degenerado! Voy a matarte —sentenció ferozmente.

—¿Colin qué haces? —gritó Keyra al ver la escenita y darse cuenta de que eso ya no era un simple entrenamiento. Ella corrió con desesperación hacia los dos hombres y se arrodilló junto a Colin, intentando separar el brazo del pelirrojo del cuello de su hermano—. ¡Suéltalo Colin! ¿Te has vuelto loco? ¡Déjalo, pedazo de idiota!

—Voy a matarlo, Keyra —bramó y ese sonido gutural se mezcló con el rugido de la marea—. Este maldito es quien intentó violarte. —¡No, Colin, eso no puede ser posible! —¡Él tiene la cicatriz! —¡Idiota, cada centímetro de mí cuerpo está cubierto de marcas! —Refutó Ethan, perdiendo la paciencia—. ¿Acaso ahora vas a condenarme por eso?

—Esta marca es la que te condena —apretó bruscamente el hombro del joven Laird—. Y no me digas que te la han hecho hace tres meses, porque esa es una cicatriz antigua.

—Suéltalo, Colin —rogó Keyra con evidente cansancio en la voz.

—¿Quieres que suelte a tu atacante? —La miró a los ojos—. ¿De verdad quieres que suelte a este maldito pervertido? ¡Ya me parecía a mí que eran demasiado efusivas sus demostraciones de cariño!

Ethan bufó y puso los ojos en blanco en señal de disgusto. —¿Te atreves a protestar, Graham? —Colin presionó más la hoja sobre la piel del otro hombre—. Confiesa de una vez. —¿Qué diablos quieres que confiese?— ¡No te hagas el desentendido conmigo! ¡Dile a Keyra que eres un maldito enfermo y que lo que sientes por ella no es un cariño de hermanos! ¡Quiero que le digas la verdad! Que has sido tú quien intentó violarla hace siete años y que esa cicatriz —señaló la herida del hombro—, es la que te hizo ella al defenderse con la daga que tú mismo le obsequiaste.

—Yo jamás lastimaría a mi hermana —y ese tono se asemejó bastante al utilizado por Colin—. Te estás equivocando mucho, McDonalds y si no te atravieso ahora mismo con mi puñal —le dijo y no hundió el cuchillo que sigilosamente había sacado de su bota y con el que ahora punzaba en el costado de Colin, pero sí se lo hizo sentir sobre la piel desnuda de su torso—, es porque me doy cuenta de que sólo intentas proteger a Keyra.

—Eres rápido y astuto, Graham, aunque no lograrás amedrentarme. Recuerda que mi daga está sobre tu garganta.

—Y tú eres un condenado testarudo, Colin —bufó Keyra. Sin previo aviso, la muchacha le propinó a Colin un puñetazo tan fuerte que le hizo perder el equilibrio y aflojar su agarre, cosa que aprovechó su hermano para rodar hacia un costado y liberarse del enorme pelirrojo.

—Keyra, ¿Pero qué dem...? —Colin se tocaba la mandíbula.

—¡Ethan es inocente, yo no le he causado esa herida! —gritó ella, cerniéndose sobre él—. ¡No vuelvas a acusar a mi hermano nunca! ¿De acuerdo?

—¿Entonces cómo explica esa marca? —preguntó.

—Te lo contaré, y después tendrás que pedirle disculpas a Ethan por tu salvaje comportamiento.

—¡El día que los infiernos se congelen! —espetó disgustado y echando una mirada de reojo al joven que en ese momento volvía a guardar su puñal dentro de su bota.

—¡Arrogante! —murmuró Ethan.

—¡Infantiles! —Refunfuñó Keyra, elevando los ojos al cielo—. Escucha, Colin, esa cicatriz que tiene Ethan en su hombro no se la provocó un cuchillo, fijate que no es una herida de puñalada.

Colin miró furtivamente.

—No veo la diferencia con una estocada.

—Cuando teníamos once o doce años —resopló la muchacha—, no recuerdo la fecha exacta. Corríamos una carrera a lomos de caballo. ¡Imagínate que no íbamos a trotecito! Galopábamos velozmente, era algo que solíamos hacer con frecuencia —sonrió al recordar—. Ese día, mientras corríamos cerca de un risco, la cincha de la montura de Ethan se desprendió. Nunca supimos como pudo suceder algo así porque siempre éramos muy cuidadosos al ensillar a los caballos, de todas formas ese día se desprendió —contó mientras recordaba el extraño suceso—. Al zafarse y a la gran velocidad que íbamos, Ethan salió disparado hacia atrás y cayó hacia el precipicio golpeándose con las rocas filosas. Fue así cómo se hizo ese corte y no fue el único, si te fijas cerca de su nuca, encontrarás una herida muy similar a esa que tiene en el hombro.

—¡No pienso dejar que me examine como a un fenómeno! —refutó Ethan, quien estaba volviendo a ponerse la camisa, que para hacer honor a la verdad, húmeda de sudor y ahora sucia de arena, estaba hecha un asco.

—¡Hombres! ¡Cualquiera diría que son dos chiquillos de diez años y no los Lairds de dos importantes clanes de Escocia!

—¿No estás mintiendo para protegerlo? —preguntó Colin, fingiendo no haber oído el comentario de la chica.

—No, no estoy mintiendo para protegerlo. Mi hermano es inocente, ya te lo he dicho y no toleraré que vuelvas a acusarlo sin fundamentos.

—¡No era sin fundamentos! Tenía la cicatriz en el hombro izquierdo, Keyra y yo..., eh..., yo... No sé, hechicera, yo me enceguecí de rabia al creer que había sido él quien había intentado lastimarte —se excusó.

Colin estaba frente a ella y la miraba de una manera tan intensa que Keyra sentía que la piel le ardía, cómo si su cuerpo se estuviese prendiendo fuego.

—Le debes una disculpa a mi hermano —susurró con la voz entrecortada y siendo presa de un deseo irrefrenable que se estaba gestando en su interior.

—Creo que sí —masculló él, con disgusto. Keyra, mecánicamente dio un paso hacia Colin y encerró su hermoso rostro, ahora un poco magullado, entre sus manos. —Te pido disculpas por haber tenido que pegarte —declaró ella, mientras le acariciaba la barbilla y le sonreía con amor. —Me lo merecía —dijo él, devolviéndole la sonrisa. —Gracias por cuidarme, Colin. Keyra se puso de puntilla y lo besó en los labios. Él se iría en unos pocos días y ella con ese beso se arriesgaba a perder el corazón, pero el deseo de abrazarlo y de sentir el calor de los labios de Colin sobre los suyos, el sabor embriagador de aquella boca, era más poderoso que cualquier pensamiento racional.

Colin, en un arrebato de pasión la estrechó entre sus brazos y profundizó el beso que Keyra

había iniciado.

Su partida estaba próxima y sabía condenadamente bien que eso era un error, pero ya no podía evitarlo. Keyra lo hechizaba, lo desarmaba. Lo convertía en un idiota enceguecido, dispuesto a matar a quien intentara lastimarla. En el espacio de esos dos días había estado a punto de cargarse al primo y al hermano de la muchacha. Se estaba volviendo un salvaje impulsivo, cómo ahora, que sus impulsos y su instinto le dictaminaban que la hiciera suya.

—Keyra estoy aquí —bufó su hermano—. Y tú, McDonalds me obligarás a tomar medidas si no te apartas de mi hermana en este instante.

Colin se apartó de ella aunque en su interior no lo deseaba.

—Te pido disculpas, Graham, por haberte acusado —las palabras le supieron agrias al pronunciarlas, pero lo hizo. Reconocía que había cometido un error descomunal y aunque no le gustaba ni un poquito, sabía que tenía que pedir disculpas.

—Las acepto —dijo fríamente—. Pero sólo porque intentabas proteger a mi hermana, ya te lo he dicho. De otra forma no hubiese dudado en atravesarte con mi puñal, McDonalds. Y que te quede claro. Amo a mi hermana, pero mi amor de ninguna manera es pervertido o enfermo como tú supusiste. Daría mi vida por ella sin dudarlo y jamás, ¿lo oyes? Jamás atentaría contra su integridad.

—Ahora lo sé..., y lo siento sinceramente.

Lord Graham asintió con la cabeza y extendió la mano para estrecharla con la de McDonalds en un gesto simbólico de hacer las paces. Colin la tomó firmemente sin dudarlo y Keyra suspiró aliviada. También elevó secretamente al cielo una plegaria de agradecimiento porque ninguno de ellos había resultado herido.

—Vamos a comer así olvidamos todo este asunto tan desagradable —dijo Keyra, señalando la manta que había extendido sobre la arena y que había sujetado en cada extremo con una roca.

El resto de la mañana transcurrió sin problemas. No fue hasta entrada la tarde, después de degustar un variado almuerzo frío y cuando los dos hombres ya habían retomado las prácticas, ahora mucho más amistosos, y hasta Keyra había entrenado un ratito con ellos también, que hubo más novedades en el castillo del norte.

Los tres vieron que un escudero se acercaba a toda prisa hacia ellos, entonces detuvieron el ejercicio para que el muchacho pudiera comunicarles lo que tanto lo alteraba.

—Milord —se dirigió a su Laird— un grupo —se detuvo para inspirar en profundidad, la alocada carrera le había disminuido la capacidad de respirar—. Un grupo de personas ha irrumpido en el patio del castillo y exigen —resaltó esas palabras—, ver a Lord McDonalds —concluyó el muchacho.

—¿Un grupo dices? —Preguntó Colin, interviniendo en la conversación—. ¿Han dado sus

nombres?

—No, sólo han exigido verlo a usted. Son tres muchachas y varios highlanders comandados por un hombre de ojos muy oscuros, del color de la noche y que atemoriza con su sola mirada.

—James —expresó Colin—. Sabía que James vendría a buscarme... ¿Y tres muchachas has dicho?

—Sí, Señor. Una de ellas tiene el cabello de fuego como usted y las otras dos de color castaño. ¡Son muy bonitas! —exclamó ensimismado el muchachito.

—Son mis hermanas, y mejor que te mantengas alejado de ellas, mocoso. ¿Te ha quedado claro? —Sí, Milord —el joven que tendría unos catorce años, agachó la cabeza—. ¿Desea que les lleve algún recado? —Diles que estaré con ellos en unos minutos. —Como usted mande, Milord. El jovencito se alejó de prisa otra vez hacia el castillo, y ésta vez más veloz que cuando había hecho el camino de ida.—Si ahuyentas así a todos los pretendientes, tus hermanas nunca conseguirán desposarse —Keyra le susurró divertida a Colin junto al oído.

—Sólo hasta que el pretendiente en cuestión sea lo suficientemente valiente cómo para enfrentarlo —agregó Ethan que había oído a su hermana.

—¿Y tú crees que existe algún hombre tan valiente, Graham? —Yo creo que sí, McDonalds. No me cabe la menor duda. Colin no tuvo tiempo de responderle, Ethan ya había emprendido la marcha hacia el puente levadizo.—¿No crees que Ethan ha sonado demasiado efusivo? —preguntó Keyra a Colin haciendo una seña hacia el lugar por dónde se había alejado su hermano.

—Para mi gusto, sí.

—¿Crees que durante estos tres meses, entre tu hermana Lizzie y mi hermano haya nacido alguna especie de atracción o sentimiento más profundo?

—No lo sé, pero estoy dispuesto a averiguarlo —la tomó de la mano—. Vamos, más tarde enviaremos a alguien a recoger la cesta y la manta. No quiero perder de vista a tu hermano.

—Primero prométeme que no le cortarás el cuello —exigió, cortándole el paso y poniéndose frente a él con los brazos en jarras. —No puedo prometerte eso. —¡Colin! —gritó Keyra, enfatizando su posición. —Bueno, haré el esfuerzo —masculló.

* * *

—¡Exijo ver a mi Laird! —clamaba James, plantándose en toda su estatura ante Sutherland. — Le he dicho que ya he enviado por él. ¿Por qué no se tranquiliza, señor? —¿Qué me tranquilice me dice? ¡Me quedaré tranquilo sólo cuando lo vea aparecer sano y a salvo ante mis ojos, no antes! — James, este amable señor nos ha dicho que Colin vendrá en un momento —le decía Claire, tomándolo del brazo. La menor de las hermanas de McDonalds era una muchachita menuda, de unos diecinueve años, de ojos color miel y de cabellos castaños que llevaba recogidos en trenzas sobre la cabeza.

James no tenía intenciones de apaciguar su ánimo. Hacía por lo menos dos semanas que apenas pegaba un ojo buscando a Colin a través de las salvajes Highlands y ahora que por fin había llegado al lugar en el que se suponía que él podía estar, así y todo, aún no había podido dar con él.

Desde la misteriosa desaparición de su amigo había recorrido durante días cada centímetro del páramo salvaje sin hallar ni siquiera una pista. No se había dado por vencido, pero había tenido que regresar a Skye con la idea de buscar más hombres para abarcar más terreno. Al llegar a la isla se había encontrado con un mensajero que portaba un recado aparentemente enviado por Colin, en el que le decía que se encontraba en perfecto estado en el norte de Escocia, en las tierras de los Graham. Aunque no daba mayores detalles ni del motivo de su desaparición ni de su permanencia en aquel lugar tan alejado de la ruta que ellos habían estado llevando.

Así que eran todos esos interrogantes y por supuesto cerciorarse de que su Laird efectivamente estaba bien, todo lo que James deseaba develar en ese condenado instante que parecía burlarse de su paciencia extendiéndose cada vez más.

El mismo día de su llegada a Skye había recibido también el inesperado arribo de las tres hermanas de Colin, quienes habían contado una extraña aventura que habían vivido en los últimos meses y que justamente involucraba al Laird Graham.

Para James había sido imposible partir de Skye sin la compañía obligada de las tres muchachas, quienes de ninguna manera pensaban perderse esa excursión al norte en busca de Colin y al parecer, Lady Lizzie, estaba bastante interesada en reencontrarse con Lord Ethan Graham. James estaba seguro que su amigo tendría mucho que decir ante el evidente entusiasmo que la joven pelirroja mostraba ante ese tal Lord Ethan, de quien no había parado de hablar en todo el camino. Pero ya habría tiempo para todo eso, ahora James sólo quería volver a ver a su amigo, aunque no iba a montar una escena con Lady Claire aferrada a su brazo tal como estaba. Lo que menos deseaba era quedar cómo un completo irracional delante de la dulce jovencita.

—¡Mira qué bonito lugar, James! —le decía Claire para distraerlo—. ¿Dime si con ese hermoso mar no se parece bastante a nuestra querida Skye?

—Sí, Milady, es muy bonito aquí.

—Te he dicho mil veces que no me llames Milady —lo reprendió ella en un murmullo tenue.

Todo en Lady Claire McDonalds era suavidad y dulzura y eso encantaba a James Rohan, quien no disimulaba ni un poquito su enamoramiento por la jovencita.

—Es lo correcto —le respondió él, contemplando embelesado el delicado rostro de la muchachita. Y casi se había olvidado que minutos antes había estado sacando chispas.

—Yo te permito que me llames Claire —ella le sonrió mientras lo miraba con algo muy parecido a la devoción. Además se mostraba dispuesta a no soltarlo.

—Cómo tú digas, Claire —James le acarició una de las manos con la que ella se tomaba de su antebrazo con fuerzas—. Pero si Colin no está de acuerdo, tendré que volver a llamarte *Milady*.

—Estoy convencida de que a Colin no le molestará.

La conversación entre Claire y James fue interrumpida por los gritos eufóricos de Lizzie, quien había dejado el lugar que ocupaba junto a ellos para correr hacia el puente levadizo. James no se equivocaba en sus sospechas. Lizzie y un hombre joven al que ella llamaba Ethan se abrazaban efusivamente en medio del puente.

—¿Cómo has estado? —le preguntó ella con ternura y acariciándole la cicatriz de la frente con las puntas de los dedos. —He estado bien, Lizzie, sólo que me moría por volver a verte. —Y yo a ti, Ethan. Aunque sólo hacía unos pocos días que nos habíamos despedido, yo no podía dejar de extrañarte.—No quiero volver a separarme de ti, Lizzie —la estrechó con más fuerza contra su pecho y le depositó un beso amoroso en la sien—. Hablaré hoy mismo con tu hermano.

—¿Y de qué tienes que hablar conmigo, Graham? —inquirió la voz grave de Colin a su espalda.

—McDonalds —Empezó Ethan, volteándose hacia el pelirrojo pero sin soltar a su enamorada a quien sostenía por la cintura—. Yo quiero pedirte formalmente la mano de tu hermana Lizzie.

—¿No te parece que este es un lugar extraño para hacer tal petición? —preguntó Colin, señalando el puente levadizo a mitad del cuál permanecían parados los cuatro: Él, Keyra, Ethan y Lizzie.

Keyra sonreía tontamente entre la emoción y el asombro. No podía creer los giros extraños que puede dar la vida.

—Tal vez tendría que haber esperado a estar en el salón o en algún lugar más privado, pero nos has sorprendido, McDonalds y además tú mismo me has preguntado.

—Mmmm, Ethan tiene razón —intervino Keyra, apretándole con fuerza la mano a Colin. Colin le echó una mirada de reojo. Era evidente que ella estaba más que feliz con la idea de unir a las dos familias. —¿Y tú qué piensas de esto? —le preguntó aunque ya sabía la respuesta que Keyra le daría. —¡Yo opino que hacen una hermosa pareja! —sostuvo sonriéndole a la bonita muchacha pelirroja que había enamorado a su hermano. —Colin, por favor —pidió Lizzie—. Ethan y yo nos amamos. —¿Es eso cierto, Graham? ¿Tú, amas a mi hermana?—Con todo mi corazón —confesó el joven de los ojos verdes, esos ojos que se le habían iluminado desde el momento en el que los había posado sobre Lizzie—. Y te juro, McDonalds, que la haré la mujer más feliz de Escocia si me concedes su mano.

—¡Más te vale que así sea, Graham o tendrás que vértelas conmigo y con la punta de mi espada!

—¿Colin es eso un sí? —preguntó Lizzie emocionada y corriendo hacia su hermano. Antes de que él pudiese reaccionar, ella ya se había lanzado a su cuello y lo cubría de besos.

—¿No es esa una demostración muy efusiva, McDonalds? —preguntó Ethan con tono burlón y acercándose a ellos. —¡No aproveches para mofarte de mí! —advirtió con un tono ya mucho más relajado y si algo así fuese posible, amistoso. Colin besó a su hermana en la frente y le habló al oído. —¿Entonces estás segura de que quieres ser su esposa? —¡Sí, Colin! Es todo lo que deseo. —¿Está lleno de cicatrices! —murmuró Colin al oído de su hermana, sólo con la intención de molestarla. —Y yo se las he curado, a cada una... —le respondió con la voz acongojada. Desde el momento en el que Lizzie McDonalds había abierto la puerta de la finca de su tía, alertada por los gemidos de dolor y el lastimero pedido de ayuda y se había encontrado con el cuerpo ensangrentado y desfallecido de Ethan Graham, ella había sabido que haría lo imposible por salvarlo y casi en el mismo instante ella se había enamorado de ese hombre. Y no había nada en el mundo que ella deseara más que convertirse en su esposa.

—Entonces tienen mi bendición, Lizzie —dijo en voz alta.

Colin extendió su mano hacia Ethan, quien se la estrechó con fuerzas y agradeciendo con una inclinación de cabeza.

—¡Esto hay que celebrarlo! —exclamó Keyra abrazando a su hermano y después a la muchacha pelirroja—. Déjame darte las gracias, Lady Lizzie McDonalds por haber salvado a mi hermano y darte la bienvenida a nuestra familia.

—Ella es mi hermanita Keyra —la presentó Ethan.

—Es un honor para mí conocerte, Lady Keyra y confío en que nos llevaremos de maravillas. Me ha contado Ethan que eres experta en el manejo de las armas —las muchachas caminaban por el puente tomadas del brazo y conversando con la confianza de dos viejas conocidas—. Me encantaría que pudieras enseñarme algún día.

—¡Por supuesto, Lady Lizzie!... ¿Crees que podríamos obviar los *lady*? —preguntó Keyra.

—¡Por favor! —suplicó la pelirroja alzando los ojos verde turquesa hacia el cielo—. ¡Detesto tanta formalidad!

—¡Uff y yo!

—¡Parece que ya se han hecho buenas amigas! —exclamó Ethan, señalando con la cabeza a las mujeres que ya habían llegado al patio del castillo.

—Así parece... ¡Que el cielo nos ampare!

—Vamos, McDonalds —le palmeó el hombro—. Allí hay más personas aguardando por ti... Y

creo que el de cabello negro tiene cara de estar a punto de perder la paciencia.

—Me extraña que no lo haya hecho aún —le confesó Colin a Ethan, esforzándose por ocultar la sonrisa.

Cuando los dos hombres se unieron al grupo, Lizzie ya había hecho las presentaciones de su cuñada a sus hermanas y a James.

—¡James! —exclamó Colin acercándose al hombre de cabello negro e intercambiando palmadas en la espalda y golpes de puño en el hombro. Saludos de hombres.

—Tienes mucho para contarme, amigo —lo apremió James, con una evidente mirada de reproche. —¡Ni te imaginas cuánto! —Colin sonreía de lado. Esa sería una larga jornada de charla, ya se veía contando toda la historia, otra vez, hasta altas horas de la noche.

Capítulo XII

Lucha de voluntades

—¡Oh vamos, Colin! ¡No lo puedo creer! —James se desternillaba de la risa oyendo la historia que su amigo le estaba contando—. ¿Me estás diciendo que esa muchachita ha podido secuestrarte?

—Sólo al principio —se justificó—. Me tomó desprevenido, pero después he venido hasta aquí por mi propia voluntad.

—¡Bueno pero eso no quita que ella haya podido con *el gran Laird McDonalds!* ¡El gran arrogante! —se burló James.

Los dos hombres se habían retirado a conversar a una salita de estar apartada en dónde Colin puso al tanto de la situación a James. Por supuesto que tuvo que soportar: primero los regaños por haber sido tan testarudo y haberse internado solo en el bosque y segundo, todas las bromas que se le ocurrieron a James.

Colin también le explicó de los crímenes que quería ayudar a resolver antes de volver a Skye y de los sospechosos principales a quienes ahora James ayudaría a vigilar.

Con la evidencia de la cicatriz del hombro izquierdo de Lord Graham, que según Keyra no había sido provocada por un puñal, técnicamente él había quedado libre de sospechas, no así Sir Robert y Ron Sutherland, los más fuertes sospechosos hasta el momento.

—¡Entonces, Colin estás metido en un enredo de mil demonios! Déjame ver si entendí —le dijo una vez que el momento de burlas había pasado y recostándose en el sillón—. Te has hecho pasar por el prometido de Lady Keyra y hasta has representado el papel frente al Rey Jacobo para proteger a la muchacha y a sus tierras hasta el regreso de Lord Graham. Pero ahora que él ha vuelto y que tú podrías desentenderte de todo el asunto, tú quieres seguir con la farsa un tiempo más para no levantar sospechas y de paso averiguar la identidad del criminal que acecha a los Graham, que hasta ahora suman: posible atentado a Ethan cuando no tenía más de doce años con el asunto de la silla de montar, intento de violación a Lady Keyra hace cerca de siete años, asesinato del viejo Laird y ahora intento de asesinato a Lord Ethan... ¿Voy bien hasta ahí?

—¡Perfectamente!

—Pero...

—No hay *peros*, James.

—¿Seguro, Colin? ¿Puedes asegurarme que el único motivo por el cual dilatas tu partida es para no levantar sospechas y averiguar todo lo otro? —era tan larga la lista de crímenes que James no iba a volver a mencionarla.

—¿Y qué otro motivo podría tener yo para permanecer más tiempo aquí en el norte y no regresar ahora mismo a Skye, con todos los asuntos que me deben deparar allí y con la época de las cosechas tan próxima?

—Eso mismo es lo que yo me pregunto, viejo amigo y hay una sola respuesta que está rondando en mi cabeza... —James lo observaba detenidamente. Conocía a Colin desde pequeños y sabía que podía leer entre líneas a la perfección lo que su amigo no llegaba a expresar.

—¿Y eso es? —inquirió Colin intrigado y entornando los ojos. —Lady Keyra Graham —soltó James sin dar vueltas. —¿Y qué sucede con ella?—Déjame decirte que has perfeccionado bastante tu talento para hacerte el desentendido y que podrías engañar a cualquiera, pero no a mí, Colin, no a mí —sonrió satisfecho.

—¿Qué estás insinuando, Rohan? —inquirió seriamente.

—¡Uy! ¡He dado en el clavo! Ahora te diriges a mí por mi apellido —se inclinó hacia delante y lo señaló directamente en el pecho cuando le dijo—: Tú, Colin McDonalds, te has enamorado de Lady Keyra —apuntó con determinación—. ¡Y no te atrevas a intentar negármelo! Ni te molestes, porque me ha bastado verte junto a ella y nada de lo que digas me convencerá de lo contrario.

Colin se quedó sin palabras y mirando fijamente a su amigo, quien no podía haberse mostrado más satisfecho ni aunque lo hubiese intentado.

—Yo..., eh, yo estoy enamorado de Lady Katherine McInnes —dijo Colin, intentando justificarse pero esas palabras le supieron vacías y eso lo desconcertó más de lo que ya estaba.

Puede que durante cuatro años y hasta hacía dos semanas atrás él sí hubiese amado a Lady Katherine, pero ya no. Era increíble, pero su corazón ya no latía acelerado al pensar en ella. Aunque eso solo no bastaba para asegurar que él se hubiese enamorado de Lady Keyra Graham, ¿no?

—Si tú lo dices... —fue la respuesta de James quien a pesar de las cosas que decía su amigo, sabía que no se equivocaba. —Vamos con los demás, James, y preferiría que no vuelvas a mencionar lo que has insinuado antes. —¿Por qué no quieres aceptarlo?—Porque no voy a cometer el mismo error dos veces —gruñó ofuscado—. Lady Keyra ama a su tierra y a su gente y no ha de dejar todo esto por irse conmigo a Skye.

—¿Cómo puedes estar tan seguro para afirmar algo así? ¿Acaso le has dicho lo que sientes por ella? ¿Le has preguntado si ella siente igual y si aceptaría seguirte?

—¡No voy a volver a pasar por lo mismo! —sentenció con dureza antes de salir del saloncito

sin decir nada más y seguido detrás a poco pasos por James Rohan.

* * *

Colin y James se unieron al resto del grupo, quienes en ese momento compartían distintas actividades en otra de las salitas del castillo. Ethan y Lizzie aceptaban las sugerencias de unas muy entusiasmadas Claire, Gwen y Keyra para planear una boda rápida, la cual pensaban llevar a cabo antes de la partida de Colin. A los dos hombres que recién ingresaban al recinto les llamó la atención encontrar allí también a Ron Sutherland y a Sir Robert, quienes jugaban un partido de ajedrez y comentaban la visita del Rey Jacobo.

—Colin —lo llamó su hermana—. Ethan y yo hemos decidido desposarnos cuanto antes y nos ha parecido que dentro de dos días es una fecha excelente... ¿Qué opinas tú, hermano?

—¡Uy! ¿Tan pronto? ¿Y tendrás tiempo de llevar a cabo todos los preparativos? ¿Todas esas cosas que les gustan a las mujeres para las bodas?

—Será una ceremonia sencilla —justificó ella.

—¿No deseas una gran fiesta, con un hermoso vestido y un banquete digno de Reyes?

—¡Sólo quiero desposarme con Ethan, el resto no es importante! —declamó sonriéndole embelesada a su enamorado, con lo que se ganó un efusivo beso de parte de él.

—¡Bueno, James, espero que me hayas traído ropa elegante para asistir a la boda de mi hermana! —dijo, con eso dando a entender que estaba de acuerdo con esa boda descabelladamente próxima.

—Te he traído dos alforjas llenas de prendas y confío en que te serán de utilidad —señaló James, aunque sin prestar ya mucha atención a lo que Colin decía. Toda su atención se había posado en la pequeña y delicada Claire que en ese momento lo miraba a él con sus bonitos ojitos color miel y le sonreía con ese aire de inocencia que a él tanto lo desarmaba.

Keyra les sirvió a Colin y a James jarras de cerveza y los invitó a acercarse a ellos para seguir organizando, ahora, el banquete de bodas y los principales puntos de la ceremonia, tal como la entrada de la novia a la iglesia del brazo de su hermano.

Keyra no pudo evitar sentir una punzada de dolor. No podía negar que hubiese deseado con todo su corazón estar organizando su propia boda también y ser ella la novia ingresando a la capilla

del brazo de su hermano Ethan y que el novio la estuviese esperando junto al altar, vestido con su mejor tartán y con el cabello rojo, suelto sobre sus hombros...

En la pequeña mesa de roble ubicada junto a la ventana se ponía fin, sin mucho esfuerzo, a una nueva partida de ajedrez. —¡Le he vuelto a ganar, Sutherland! —exclamó Sir Robert, haciendo jaque mate al rey blanco con su reina negra. —Hoy tengo la cabeza en otro lugar, Sir Robert. Me temo que no soy un rival a su altura. —Si así lo desea, puedo darle la revancha —le dijo el rubio, volviendo a acomodar las piezas sobre el tablero. —En otro momento, Sir Robert —se puso de pie—. Ahora me retiraré a descansar a mis aposentos —la voz de Ron sonaba sombría.—¡Me deja sin contrincante, Sutherland! Pero no se preocupe, veré si encuentro entre los aquí presentes a alguien que acepte enfrentarme —lanzó el reto esperando que alguien lo recogiera.

—Yo acepto el desafío, Sir Robert —dijo una voz femenina.

Todos los ojos enfocaron hacia Gwen, quien se había puesto de pie y se acercaba en ese instante hacia la mesita que ocupaba el hombre rubio.

—Pero le advierto, Sir Robert, que yo no seré un contrincante tan fácil como lo ha sido el señor Sutherland. Me temo que no soy tan benevolente y no me conformo con menos que con una victoria —indicó, tomando asiento de manera majestuosa frente a él y dejándolo sin palabras.

Colin no podía creer lo que veía. ¿Acaso su hermana Gwen coqueteaba con uno de los principales sospechosos de violación, asesinato e intento de asesinato también? Claro que ella no tenía cómo conocer todos esos detallitos, pero él sí, ¿y qué podía decir o hacer? ¿Reaccionar como un idiota y obligar a su hermana a levantarse de ese lugar y no dirigirle la palabra a Sir Robert por si acaso...? Sabía más que bien que Gwen era la más rebelde de sus tres hermanas y si él le decía *blanco* era para que ella tomara el *negro*, si él le decía *no* era para que ella quisiera *sí*... ¿Entonces que podía lograr si le prohibía acercarse al aristócrata mitad inglés? Lo único que lograría sería que ella quisiera pegarse a él como si de su propia sombra se tratase. Dedujo que la mejor estrategia era dejarla compartir ese tonto partido de ajedrez, después de todo sólo era eso y mantenerlos vigilados de cerca y nada malo le sucedería a Gwen.

—¡Londres debe ser fascinante! —exclamó ella a un comentario que Sir Robert había hecho acerca de su vida en esa ciudad.

—No ha todos les agrada, sobre todo a los escoceses —acotó él—, pero yo soy mitad inglés y le juro, Milady, que no hay lugar en esta tierra que encuentre más agradable que la vida allí.

—He oído hablar de las bellas fiestas que organiza la aristocracia —siguió ella embelesada—, y permítame decirle, Sir Robert, que usted ha despertado un poquito de envidia en mí... ¡Desearía tanto asistir a uno de esos salones iluminados por centenares de velas y con una orquesta tocando para los bailarines! ¿Es mágico verdad? ¡Cuénteme, Sir Robert! Usted que tiene la gracia de ser parte de ese maravilloso mundo, por favor cuénteme cómo es.

—Lady Gwen, he asistido a muchas fiestas y tengo que confesarle que nunca he sentido el embelesamiento que sus palabras me describen, pero ahora que la escucho a usted hablar así, creo

que sí, Milady, que es mágico, o al menos lo será la próxima vez que asista a una de esas veladas porque usted las ha cambiado ante mis ojos por completo.

Gwen le sonrió de manera soñadora.

Tenía que hacer un esfuerzo impresionante para concentrarse en los movimientos de las piezas y en planear las jugadas que iría realizando, pero no lo lograba del todo. El hombre que estaba sentado frente a ella capturaba toda su atención.

Gwen McDonalds siempre había soñado con viajar a Londres, asistir al teatro, a bailes y a veladas musicales. Recorrer los jardines y el hermoso parque del brazo de un fino aristócrata inglés que la llevara a pasear en carruaje y a merendar en una bonita tarde de primavera junto al *Támesis*. [27]

Toda su vida se había dicho que el hombre de sus sueños sería pulcro y atento de su aspecto. Vestiría calzas al cuerpo y botas de media caña impecablemente lustradas y sin una partícula de polvo, camisas con puños de encaje y jubones de terciopelo. Sería refinado, culto y con ese suave acento inglés sin las *r* remarcadas y los sonidos guturales del acento escocés. Olería a colonia y llevaría el cabello estirado hacia atrás en una prolija coleta en la nuca...

Ahora podía agregar que el hombre de sus sueños sería rubio cómo el sol y tendría hermosísimos ojos verdes, unos labios finos y la nariz un poco aguileña que lo hacía más guapo ante sus ojos. Ahora Gwen podía decir que el hombre de sus sueños estaba frente a ella en ese momento y que movía a un peón una casilla hacia delante.

Gwen podía jurar que por fin había encontrado al hombre con quien deseaba pasar el resto de su vida y ese hombre sin dudas, era Sir Robert Graham.

* * *

Los días siguieron sucediéndose unos a otros, demasiado rápido tal vez, porque antes de darse cuenta ya había pasado la boda entre Lord Ethan y Lizzie, sin embargo Colin no había podido avanzar mucho en la investigación... No había avanzado nada.

Ron Sutherland se mostraba siempre nervioso, se unía a ellos sólo el tiempo necesario para responder alguna pregunta o durante la hora de las comidas y después volvía a desaparecer por horas. Nadie sabía con exactitud en dónde pasaba la mayor parte del día ni haciendo qué.

Con respecto a Sir Robert tampoco había logrado mucho, el aristócrata se la pasaba horas en

compañía de su hermana Gwen, jugando partidas de ajedrez o manteniendo interminables y aburridísimas conversaciones acerca de Londres y sus fiestas.

James le había prometido ayudarlo a descubrir la verdad, pero últimamente su amigo siempre encontraba una excusa para acompañar a Claire, la menor de sus hermanitas, a todo lugar que ella le pidiese, ya sea un paseo por la playa, por el patio o a las almenas. Y cada vez que Colin volteaba la cabeza los veía a uno muy cerca del otro.

¿Acaso todo el mundo está decidido a encontrar una pareja?, se preguntó. Excepto él, claro, que cada vez que tenía a Keyra cerca reprimía las ganas desesperadas de besarla que lo asaltaban y enviaba a algún rincón inaccesible de su mente cada mínimo pensamiento acerca de lo que podría estar sintiendo por ella. Porque Colin se negaba rotundamente a volver a enamorarse de alguien que no viviera en su propia isla de Skye, de modo que en esos últimos días había tenido una lucha de voluntades entre su determinación y las reacciones de su cuerpo, que se despertaba lujurioso cada vez que ella estaba cerca, cada vez que accidentalmente, y a veces no tanto, la rozaba... O cuando sentía su olor.

Se estaba volviendo loco.

Tenía que descubrir la verdad cuanto antes y salir de allí, pero los días pasaban y la investigación seguía estancada y él ya no podía soportarlo más. Entonces, Colin, después de meditarlo durante varias horas tomó una decisión, que si bien lo llenaba de ira consigo mismo porque no estaría cumpliendo con la promesa hecha, sí le devolvería la paz a su cuerpo. Rompería el falso compromiso con Keyra y en la mañana abandonaría la tierra de los Graham para regresar a Skye.

Colin había estado apostado sobre el parapeto dejando que el sonido del mar y del viento lo arrullaran, le confirieran paz mental y lo ayudaran a pensar, entonces sabiendo que es lo que haría a continuación, descendió las escaleras hacia su dormitorio.

Entró en el cuarto y empezó a guardar todas sus cosas: las prendas que le había traído James, su arco, la funda con sus flechas y la espada que siempre llevaba a su cintura. Dejó todo listo en el suelo junto a la puerta. Ahora sólo le faltaba hablar con Keyra. Sabía que a esas horas la encontraría en el jardín. Colin rogaba que ella pudiera entenderlo y que no lo condenara por no cumplir con su palabra, pero confiaba que Lord Ethan y Adams, su nuevo capitán, podrían protegerla, a ella y a Lizzie También, por supuesto.

Se armó de valor y llegó hasta dónde ella estaba.

Keyra estaba con sus manos hundidas en la tierra trasplantando unas hermosas campanillas amarillas que Colin no tenía idea de cuál podía ser su nombre. Llevaba el cabello recogido y algunos rizos rebeldes le caían a ambos lados de las mejillas y otros mechones más largos, que se habían soltado del peinado, se agitaban con la suave brisa sobre su espalda. Una manchita de tierra adornaba la punta de su nariz y otra a su mejilla izquierda. Se veía preciosa.

Una *Sidhe*[28] de los bosques, pensó él.

Keyra, al sentir los pasos acercarse, levantó la cabeza y se encontró con el hermoso hombre que hasta ese momento había estado ocupando sus pensamientos y le sonrió y esa sonrisa a Colin le supo cómo un puñetazo en medio del pecho.

—Keyra... Necesito hablar contigo —le dijo, evitando su mirada.

Y Keyra supo, que él había venido a decirle adiós.

—¿Te vas, verdad? —le preguntó sin dejarlo siquiera empezar a hablar y aunque había formulado la oración con un tono de pregunta, eso había sido una absoluta afirmación. Ella había continuado con su tarea y ahora apisonaba con sus manos la tierra sobre la raíz de la mata de flores perfumadas.

—Sí, Keyra... Yo..., yo tengo muchos asuntos que atender en Skye que ya he descuidado por demasiado tiempo y comprenderás que no puedo seguir ausentándome... La gente de mi clan me necesita.

Yo también te necesito, deseó gritarle ella. ¿Pero de qué podría servirle? ¿Si él hubiese sentido algo por ella no le hubiese pedido que lo acompañara? Pero no, Colin McDonalds no había ido hasta el jardín a proponerle que se fuera con él, había ido hasta allí para despedirse y aunque a ella le rompía el corazón, eso es lo que haría. Lo dejaría ir.

—Comprendo —le dijo en cambio, aparentando tranquilidad—. ¿Cuándo te irás?

—En la mañana, con los primeros rayos del sol.

—Entonces esta noche, durante la cena, anunciaremos la ruptura de nuestro falso compromiso. Diremos que hemos reñido o que nos hemos dado cuenta de que no nos amamos y que no deseamos pasar juntos el resto de nuestras vidas; la excusa que pongamos da igual —cada palabra le destrozaba el alma, porque ella sentía todo lo contrario a lo que estaba diciendo.

—De acuerdo —asintió él—. Lamento no haber podido descubrir quién asesinó a tu padre, pero no puedo ausentarme durante más tiempo de Skye.

—Lo sé, Colin... —tenía la cabeza gacha, fingiendo prestar atención a sus campanillas amarillas—. Yo estoy muy agradecida con todo lo que has hecho, no te sientas en deuda porque soy yo quien siempre lo estará contigo —disimuladamente se limpió los ojos con las manos, no dejaría que él la viera llorar—. ¿Por qué no vas a preparar el resto de tus cosas?, seguramente tendrás que alistar a tu gente también.

—Keyra...

¿Keyra Qué? ¿Qué voy a decirle? ¿Qué soy un cobarde y que temo volver a decepcionarme o volver a sufrir por una mujer...? Eso, Colin McDonalds, el gran Laird de Skye, jamás lo diría.

—Keyra, gracias por tu hospitalidad —dijo en cambio. Hizo una reverencia y regresó al castillo.

Entonces Keyra, oculta por los árboles del jardín, se tapó el rostro con las manos sucias de tierra y por fin pudo echarse a llorar.

* * *

Durante la cena era evidente la situación incómoda que había entre Colin y Keyra, quienes se habían estado evitando durante toda la noche. No se habían dirigido la palabra y casi ni se habían mirado. El ambiente se había tornado tan tenso cómo las cuerdas de un laúd. Hasta que Keyra decidió acabar de una buena vez con esa locura que, para la tranquilidad de su alma, jamás tendría que haber empezado.

—Lord McDonalds y yo hemos puesto fin a nuestro compromiso —anunció con la voz quebrada—. Y mañana temprano regresará a Skye.

Ethan se quedó estupefacto. Era de los pocos que sabía la verdad de ese *noviazgo*, sólo él, James Rohan, los dos involucrados y según había dicho Keyra, también lo sabía con certeza Ron Sutherland y su primo Robert lo sospechaba. *¿Si todo es una farsa, por qué los dos falsos prometidos parecen estar rompiendo con una relación verdadera? ¿Tan buenos actores han resultado ser ese Laird de las Islas y mi hermana, que le otorgan tanto realismo al numerito?*

—Bueno... —empezó a decir Ethan, convencido de que él también debería actuar algún papel—. Es lamentable, eh... —*¿Qué más podría decir?*, se preguntaba—. Es lamentable que las cosas entre ustedes terminen así, hacían una hermosa pareja —dijo, y con eso definitivamente se ganó una mirada de reproche de parte de su hermana. *¿Acaso me he excedido con mi actuación?*

—Yo también lo lamento —agregó Colin—. Claire, Gwen, han oído a Lady Keyra comunicarles mi determinación. Nos marcharemos en la mañana y espero que tengan todo su equipaje listo para esa hora.

—¡No, Colin! —Aulló Gwen—. Yo no deseo regresar aún a Skye. ¡Por favor déjame permanecer aquí un tiempo más! —Le rogó y entonces acudió a su hermana—. ¡Por favor, Lizzie, déjame quedar aquí contigo!

—No es posible, Gwen —dictaminó Colin.

Gwen seguía rogándole a él, a Lizzie y a Lord Graham que accedieran a permitirle quedarse allí al menos una temporada. Gwen no se sentía lista para dejar a Sir Robert, presentía que se estaba enamorando profundamente de él. No sabía si él sentía lo mismo por ella, al menos se habían hecho muy buenos amigos y a Gwen eso, por lo pronto le bastaba para ser feliz.

Colin paseó su mirada por la mesa y el salón y vio muchos rostros acongojados, también notó la evidente alegría de Ron Sutherland. Ese hombre lo había detestado desde el primer momento en el que había puesto un pie en el castillo y su pronta partida era algo que al cincuentón lo alegraba sobremanera y no se molestaba mucho en ocultarlo.

Por su lado, Sir Robert, sencillamente se veía ambiguo y Colin por más que lo intentara no podía determinar la causa ni los sentimientos que provocaban aquella confusión. Podía ser una mezcla de alivio, quizás algo de alegría también. La verdad es que nunca se habían llevado bien, y un poco de regocijo hubiese estado justificado, aunque también había algo sombrío en la mirada de Sir Robert que Colin no lograba descifrar.

Y Keyra... No quería pensar en Keyra, no se atrevía a mirarla.

—¿McDonalds, por qué no permites que Lady Gwen se quede con nosotros? Te prometo que nos encargaremos de cuidarla y le asignaremos una doncella para que permanezca siempre a su lado. Además, de esa manera Lizzie no se sentiría de repente tan sola en una tierra que es nueva para ella.

—No lo sé, Graham —meditó Colin. —Por favor, hermanito —suplicó Lizzie—. Deja que Gwen se quede conmigo. Te prometo que nada malo le sucederá. —Por favor —volvió a rogar la interesada, con los ojos cargados de lágrimas—. Por favor... —Está bien, Gwen, aunque después mantendremos una charla y tendrás que prometerme varias cosas para que acceda por completo. —Gracias —suspiró aliviada—. Te prometeré lo que tú quieras.—¡Já! Veremos si después sigues pensando lo mismo —negó con la cabeza y después cambió su atención hacia Claire—. ¿Y tú? ¿También quieres quedarte aquí junto a Lizzie y Gwen?

Claire, que miraba atentamente a su hermano, desvió la vista hacia James, derritiéndolo con su dulzura color miel, sonrió casi de manera imperceptible y después volvió a mirar a su hermano.

—No, Colin, yo quiero volver a casa —anunció con determinación y cargada de su acostumbrada timidez.

Y no pasó inadvertido el repentino suspiro de alivio que resonó en el salón y que no había sido exhalado por otro más que por James.

—Todos se han enterado que babeas por mi hermanita —masculló Colin en un murmullo, sólo para los oídos de su amigo.

—Al menos yo no me empeño en ocultar lo que verdaderamente siente mi corazón —replicó el aludido en el mismo volumen de voz.

—Yo no oculto nada porque no hay nada en mi corazón que deba ser ocultado —rebatíó con la mayor firmeza que le era posible y todo en el más sutil de los cuchicheos y apretando los dientes.

—¡Já! ¡Y tú eres tan moreno como yo, Colin! —cacareó James y esta vez la voz había sonado alta.

—¡Cierra el pico! —gruñó el pelirrojo.

Mientras una secreta y extraña conversación se llevaba a cabo frente a él entre McDonalds y Rohan, quienes parecían más bien estar a punto de matarse, Robert echó una mirada de reojo a su prima. A Keyra le temblaba el labio inferior, al que ella mordía cómo para reprimir el movimiento. Robert supo que ella aguantaba el llanto. Le había visto hacer eso infinidad de veces desde que ella era una niña y él la molestaba, entonces esas veces ella para no demostrarle cuánto la afectaban sus palabras hirientes y aunque se moría de ganas de llorar, se las aguantaba, pero su labio inferior empezaba a temblar y ella terminaba mordisqueándose. Y eso era lo que ella hacía en ese momento.

Colin, después de escuchar la perorata de James, se atrevió a mirar a Keyra por primera vez en toda la noche y supo que ella estaba a punto de llorar. *¿Por qué? ¿Por qué ella parece querer echarse a llorar si entre nosotros no había nada real?... ¿O sí?*

—Keyra... —había empezado a decir Colin, casi en un inaudible murmullo.

—Yo voy a retirarme —anunció ella con voz quebrada y poniéndose de pie de repente salió cómo una tromba hacia las escaleras.

—Keyra —la llamó Colin saltando de su silla y dispuesto a seguirla. En ese instante se hubo visto detenido por el fuerte agarre de Lord Graham, quien sin ponerse de pie lo había atrapado por la muñeca y lo miraba fijamente.

—¿Lo que vas a decirle, cambia en algo tu decisión? —preguntó Ethan simplemente.

—No —respondió Colin con sinceridad. A decir verdad, ni siquiera sabía que podría haberle dicho en caso de no haber sido detenido.

—Entonces déjalo así, McDonalds —declamó con autoridad y señaló la silla para que el pelirrojo volviera a sentarse. —Yo iré con ella, amor —le dijo Lizzie a Ethan. —Gracias, Lizzie —la besó castamente en los labios. Y aunque era un beso inocente se percibía cargado de un amor infinito. En el salón no se oía ni una voz, todos se habían quedado sin palabras y nadie se animaba a romper el silencio, si parecía que hasta controlaban el ritmo de sus respiraciones.

Poco a poco los presentes se fueron retirando a sus aposentos y también fue el turno de Colin, quien tuvo la peor noche de toda su vida. No había podido pegar un ojo, se había removido inquieto en la cama y había deseado con locura cruzar el pasillo y hacerle el amor a Keyra hasta que hubiese salido el sol. ¡Pero qué error más grande hubiese sido y algo así el Laird de Skye no se podía dar el lujo de hacer!

Antes que los primeros rayos de luz asomaran en el horizonte, Colin ya estaba en pie y había descendido al salón cargando todo su equipaje y listo para tomar un rápido desayuno y abandonar las tierras de los Graham. Hubiese dicho para siempre, pero ahora la nueva Lady Graham, la señora del castillo, era su hermana, así que en algún momento debería regresar a hacerles alguna visita, aunque Colin se encargaría de que pasara mucho tiempo antes de volver a poner un pie allí. De ser posible,

aguardaría a que Keyra se hubiese desposado con algún otro y con algo de suerte, que ella estuviese de viaje con su esposo. ¡Y qué amargo le supo ese retorcido pensamiento!

Pronto, James, Claire y sus guardias se le habían unido. Al rato también Lord Graham, Lizzie y Gwen había descendido para despedirse de ellos, aunque Keyra no apareció por allí y Colin sentía una enfermiza necesidad de despedirse de ella antes de partir.

—He olvidado algo en mi cuarto —dijo Colin, poniéndose de pie y avanzando hacia las escaleras, para luego subir los escalones de dos en dos y dejando a todos estupefactos con su reacción.

—Vamos saliendo al patio, no creo que demore demasiado —James los condujo hacia afuera, en dónde ya los aguardaban los caballos listos para partir—. Ha dicho que había olvidado algo —se alzó de hombros—, así que no creo que demore mucho.

Colin se paró frente a la puerta de Keyra. Sabía que ella estaba del otro lado y aunque no había respondido a ninguno de sus llamados, sí había oído los pasos amortiguados por la alfombra acercarse y el suave frufú de la tela de su camisón.

—No quería irme sin despedirme de ti —susurró él a la puerta.

Colin apoyó su palma y la frente sobre la madera sin sospechar que del otro lado, la mano de Keyra estaba exactamente a la misma altura que la suya. Cerró los ojos y se permitió percibir esa imperceptible sensación de que estaban de alguna manera conectados.

—Adiós, Keyra... Que Nuestro Señor siempre te proteja —le dijo antes de abandonar el corredor y llevarse consigo, sin siquiera saberlo, todas las ilusiones de ella.

Keyra se volteó de espaldas a la pared y fue descendiendo hasta quedar sentada en el piso. Se abrazó a sí misma. De repente sentía mucho frío. Las lágrimas se desbordaban sin permiso de sus ojos, bañándole el rostro y empapándole la pechera de su camisón.

Podría haber mirado por la ventana y tener una última vista del hombre a quien amaba con todo su ser, pero eso sólo hubiese logrado devastarla todavía más. Así que cerró los ojos y dejó que los sonidos de la partida le llegaran desde el patio. Su mente traicionera recreaba toda la escena en su cabeza.

Colin llegó junto a los caballos con un aspecto sombrío y absolutamente abatido. Saludó rápidamente a sus hermanas y a Lord Graham y con una reverencia a los guardias y aldeanos que habían acudido allí a despedirlo y después montó su caballo para preceder a la caravana.

Keyra oyó el sonido del puente levadizo descender, ruidos de madera y engranajes. Los lamentos de algunos aldeanos y los buenos deseos de otros. El retumbar de los cascos de los animales preparándose para emprender la marcha y por fin el acompasado sonar de la cabalgata alejándose...

Colin, seguido de cerca por el contingente, cruzaba el puente de madera. Nunca, ni siquiera cuando se había despedido de Lady Katherine McInnes para dejarla junto a Ian Mc Dubh, su enamorado, se había sentido tan desolado cómo ahora.

¿Qué extraño? Con Lady Katherine siempre había estado convencido de cuánto la amaba y que lo que él sentía había sido siempre real y ahora con Keyra con quien siempre había tenido claro, al menos en su mente, que lo que los unía no era más que una farsa, se sentía cómo si realmente estuviese dejando atrás a su gran amor.

No había nada que lo atara, era libre para irse, echarse a correr y no detenerse hasta llegar a las puertas de Skye y sin embargo, sentía cómo si una cuerda invisible lo estuviese amarrando y le impidiese partir. Cada paso le resultaba pesado y duro de dar y esa supuesta cuerda invisible debería estar atada justo en su cuello, porque la garganta se le había cerrado por completo y no podía ni tragar saliva, la boca se le había vuelto pastosa y puesto seca.

Con tanto esfuerzo que hacía para avanzar, le dolía el pecho y los ojos le escocían, y no podía de ninguna manera echarle la culpa de eso al viento, porque no lo tenía de frente sino a su espalda.

Llegó hasta el final del puente y la cuerda parecía cerrarse más alrededor de su garganta. Se ahogaba, le faltaba el aire y no podía respirar. No podía... No podía dar un paso más...

Entonces Colin comprendió que seguía siendo prisionero de Keyra. Ella lo había amarrado con lazos más fuertes que una cuerda, lo había hecho rehén de su amor... Porqué aunque él había luchado en contra de ese sentimiento y a pesar de su fuerza de voluntad, era su corazón el que había vencido y ahora comprendía que la amaba.

Amaba a Keyra con cada fibra de su ser y se arriesgaría a volver a sufrir por ella, porque Keyra lo valía. Ella valía cada dolor que un rechazo podría causarle a él y si ella lo aceptaba... Si el cielo lo bendecía con la gracia del amor de ella, entonces Colin McDonalds, el gran Laird de Skye, no tendría nada más que pedirle a la vida.

Colin hizo voltear a su caballo abruptamente y ahora sí, en vez de avanzar a pasos lentos, desandaba el camino en una carrera desesperada, volviendo a cruzar el puente con dirección al castillo.

Parecía un poseso haciendo galopar a su semental a tanta velocidad cómo si la vida le fuera en ello, y había bastante de eso a decir verdad. Keyra era su vida y Colin no podía permanecer alejado de ella ni un segundo más, ahora que lo había comprendido con tanta claridad.

—¿Se ha demorado bastante, verdad? —preguntó Claire con una sonrisa a James, quien estaba junto a ella.

—Te confieso que no creí que llegara a cruzar el puente —James le guiñó un ojo e hizo que su caballo se aproximara más al de ella—. Yo agradezco al cielo el haber comprendido pronto cuanto te amo, dulce Claire —le tomó el rostro entre las manos y la besó con devoción.

Colin esquivaba cómo podía a las personas u objetos a su paso. Al llegar al edificio se apeó de su caballo de un salto.

Lord Ethan, Lizzie y Gwen todavía estaban junto a la puerta, aunque él ingresó al salón sin dar explicaciones. Se dirigió directamente hasta las escaleras y subió los escalones de a dos y a veces de a tres. Y aunque no era un tramo tan largo a él en ese momento le pareció la escalera más larga de Escocia.

—¡Creo que mi hermano se ha vuelto loco! —exclamó Lizzie.

—No, mi amor. ¡Tu hermano se ha dado cuenta de que está enamorado! ¡Y ya era hora! —terminó Ethan, pero esa frase en un susurro y sólo para él.

El resto de los viajeros ya estaba ingresando otra vez a la fortaleza bajo las órdenes de James Rohan. —Desmonten y lleven los caballos al establo —indicó—. La partida se ha pospuesto por lo menos un día más. James tomó a su novia de la cintura para ayudarla a descender del animal y ya no la soltó más en todo el día.

* * *

Colin ascendió la escalera sintiendo un fervor inusual invadir cada pulgada de su cuerpo. Ansiedad, desesperación...

Cuando llegó junto a la puerta del cuarto de Keyra no se detuvo a llamar, tomó el cerrojo con el mismo ímpetu con el que venía desde que había vuelto a cruzar el puente levadizo y abrió la puerta, que *gracias al cielo*, —elevó una plegaria en agradecimiento—, estaba sin llave.

Keyra se sobresaltó al sentir los pasos fuertes retumbar en el suelo del corredor y después al abrirse la puerta con energía. Sus ojos, cargados de lágrimas y con la visión borrosa, le impidieron ver en un principio de quién se trataba. Sólo atisbaba una difusa figura alta. Todas las dudas desaparecieron cuando esa figura la tomó por debajo de los brazos y la levantó del suelo cómo si ella no pesara más que una pluma.

Colin la alzó entre sus brazos, estrechándola con fuerzas y no dejándole pronunciar palabra, porque en ningún momento liberaba su boca, a la que había asaltado con profundos besos apasionados. Tampoco hubiese podido Keyra pensar en algo inteligente para decir, su cerebro había dejado de funcionar y se había convertido en algo dentro de su cabeza que en ese momento se negaba a pensar en otra cosa que no fuera lo que estaba experimentando junto a su amor.

Keyra enredó sus piernas alrededor de él y los brazos en torno a su cuello y sólo se limitó a sentir y a expresar con su cuerpo cada sentimiento que albergaba dentro de su corazón y en lo más hondo de su alma.

Colin la devoraba. Parecía querer conocer de golpe cada recoveco de su boca, degustar su sabor y respirar hasta su propio aliento. La necesitaba... Un sentimiento primitivo lo llevaba a poseerla, a marcarla como suya. Keyra era suya, su mujer y de nadie más.

La llevó hasta la cama sin dejar en ningún momento de besarla o de recorrer con su mano libre las curvas turgentes que se revelaban bajo el camisón. La acomodó sobre las sábanas lo mejor que la pasión desbocada que sentía le hubo permitido y volvió a enloquecerla delineándole los labios con la punta de su lengua.

Colin, que estaba sobre ella y encerraba entre sus manos su rostro, la miró a los ojos. Keyra todavía tenía algunas lágrimas rodándole por las mejillas, entonces él se las secó con su boca y se juró a sí mismo hacer lo imposible para que su mujer no volviera a derramar lágrimas y en caso de hacerlo, que esas lágrimas sólo fueran provocadas por alegrías.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó ella con la voz en un susurro.

—Te amo, Keyra —le confesó sin dejar de perderse dentro de esos estanques verdes que eran sus maravillosos ojos—. Te amo y no he sido capaz de dejarte.

—Colin, yo también te amo... —sonrió apenas—. Creo que te he amado desde el mismo instante en el que decidí secuestrarte.

—Soy tu rehén, Keyra y no quiero que me sueltes jamás.

—No quiero que seas mi rehén, quiero que desees estar a mi lado por tu propia voluntad —le acarició la mejilla en dónde la barba de dos o tres días comenzaba a asomar y que le provocó a ella cosquillas en los dedos.

—Y lo estoy, Keyra. He vuelto por ti porque así lo deseo con todo mi ser y porque mi corazón está amarrado al tuyo por el lazo más fuerte de todos, *eudail*.

—¿Y cuál es ese lazo, Colin? ¿Qué es lo que te ata a mí?

—El amor, Keyra... El amor más profundo que pude haber sentido jamás. No puedo alejarme de ti y eso te convierte a ti en mi prisionera también, porque te juro, *eudail* que he venido con la intención de llevarte conmigo y si no me aceptas, estoy pensando muy seriamente en raptarte.

—No hará falta que me secuestres, Colin, porque me iré contigo, mi amor. Y si me lo hubieses preguntado antes, en cualquiera de estos últimos días, te hubiese respondido lo mismo.

—Entonces soy un maldito idiota por no haberme dado cuenta antes de lo que siento por ti, pero ya no habrá más dudas, Keyra, te juro que ya no.

—Lo sé, mi amor. Lo sé —le dijo sinceramente y lo besó en los labios. *¡Colin me ama! ¿Qué más puedo pedirle a la vida?*, se preguntó. Y la respuesta era una: Nada, porque con él, ya lo tenía todo.

—¿Quieres ser mi esposa, Lady Keyra Graham? —¿No tendríamos que ser novios primero? —le preguntó, desbordada por la emoción más maravillosa que había experimentado jamás. —Ya lo hemos sido —refutó él. —¿Eso no cuenta, no era real!—¿Realmente crees que no ha sido real? En ese momento puede que no lo haya comprendido, pero ahora, echando una ojeada hacia atrás, me doy cuenta de que ninguno de los dos podría haber fingido aquello que sentíamos cada vez que estábamos cerca.

—Cada vez que me mirabas con deseo, cada vez que me decías alguna palabra cariñosa o me besabas delante de los demás, yo deseaba profundamente que fuera real, Colin.

—Y lo ha sido, Keyra, tan auténtico cómo lo que sentimos ahora... Y Lady Graham, ahora que lo pienso, usted no ha respondido a la propuesta que le he hecho. ¿Me aceptas como esposo?

—No... —la garganta le escocía y las palabras se le habían atascado. Se aclaró la voz y entonces continuó—: No deseo otra cosa que no sea ser tu esposa, Colin McDonalds —terminó, enviando una sensación de alivio increíble al pelirrojo que se había helado en el lugar cuando ella había empezado a decir *no*.

—Me asustaste, hechicera. Por favor, nunca empieces con un *no* una respuesta que resultará ser afirmativa. Te lo pido por la salud de mi corazón, mi amor, si es que no quieres enviudar antes de dar el sí frente al altar.

Ella sonrió con entusiasmo.

—Sí, quiero ser tu esposa —corrigió ella entonces, besándolo en todo el rostro con cada palabra—. Sí, quiero irme contigo a dónde sea que tú me lleves y sí, definitivamente sí, quiero pasar el resto de mi vida a tu lado.

Colin respondió a cada una de sus respuestas con más besos y caricias y en pocos instantes la pasión y el deseo habían vuelto a instalarse entre ellos. Se acariciaban descubriendo cada centímetro de sus cuerpos, se besaban descubriendo el perfume y el sabor de cada porción de piel.

Colin recorrió las piernas de Keyra con sus manos y con su lengua, trazando senderos de fuego allí dónde era tocada. Le mordisqueó un punto sensible que descubrió en el hueco detrás de las rodillas. Ella al principio estuvo tentada de reír porque él le hacía cosquillas, pero después esos mordiscos se transformaron en lametones que fueron despertando en su cuerpo una miríada de extrañas e increíbles sensaciones. Y esa lengua que jugaba a trazar círculos y a veces sólo líneas a lo largo de su piel, fue ascendiendo y se detuvo un instante delicioso en la tibia y cremosa piel del interior de sus muslos.

Keyra sentía que la sangre dentro de ella bullía enardecida. El corazón le desbordaba de felicidad y había acelerado sus latidos a un ritmo descontrolado.

Colin le quitó el camisón sacándolo sobre su cabeza y en el camino acariciándola en el abdomen plano, la cintura estrecha y perdiéndose luego en sus pechos turgentes. Con su lengua húmeda trazó círculos alrededor de sus pezones haciéndolos reaccionar al instante. Keyra sentía los pechos pesados y hormigueantes de deseo y sus pezones se habían erguido y puesto duros como guijarros, anhelando más de esas caricias.

Colin ya estaba a punto de explotar. Nunca había deseado tanto a una mujer y ahora las sensaciones al sentirla bajo su cuerpo se acrecentaban con cada gemido que ella exhalaba en respuesta a sus toques. Colin hurgó en el centro mismo de la feminidad de Keyra y la encontró lista para él. No esperaría más para tenerla.

Colin se puso de pie y empezó a desvestirse ante los ojos atentos de Keyra y se sorprendió cuando ella, gloriosamente desnuda cómo estaba, se paró frente a él y empezó a ayudarlo con la tarea de quitarse la ropa. Desprendió el broche con el que Colin sujetaba un extremo de su plaid y lo colocó sobre la mesilla de noche. Después desabrochó el cinturón de cuero y lo despojó de su espada y entonces dejó caer el tartán sobre el suelo. Buscó el extremo de la camisa rústica de Colin y la sacó de un tirón sobre su cabeza. Colin con dos patadas terminó de sacarse las botas de ante y los calcetines.

Keyra, con dedos temblorosos le acarició el pecho dónde una suave mata de vello rojizo apenas lo cubría. Se quedó embelesada observándolo desnudo frente a ella. Él era increíblemente guapo. ¡Qué decir guapo! ¡Colin era un monumento impresionante! Cada músculo se revelaba cómo una roca debajo de su piel dorada y con los cabellos de fuego cayéndole sobre los hombros parecía un ser fantástico, demasiado perfecto para ser real, pero lo mejor de todo era que sí lo era y ella estaba comprobando justo eso en ese momento que ese hombre que tenía frente a ella no era producto de su imaginación. ¡Y señor, esa erección enorme que se alzaba hacia ella tampoco parecía una ilusión!

Colin volvió a llevarla a la cama y se colocó sobre ella buscando su boca y descendiendo después a lo largo de su cuello. Adoraba ese punto sensible detrás de la oreja de su mujer, dónde el pulso se sentía más fuerte y que le arrancaba a Keyra suspiros apasionados.

Buscó su abertura y fue introduciéndose en ella despacio. Tener que reprimirse lo estaba matando, pero era la primera vez para Keyra y él esperaba hacerla sufrir el menor dolor posible. Poco a poco la fue marcando como suya hasta que cruzó su última barrera y entonces se detuvo un momento. Ella no se había quejado pero había apretado los dientes y cerrado los ojos con fuerza, pero no había emitido ninguna queja. *Keyra, mi valiente Keyra*, pensó Colin orgulloso.

Aguardó a que se hubiese acostumbrado a esa invasión y a su tamaño y después empezó a moverse dentro de ella, marcando un ritmo lento y pausado que a él lo estaba desquiciando y a la vez llevándolo directamente a la cima, sintiéndola tan estrecha y cálida alrededor de su miembro.

Las sensaciones fueron acrecentándose y llevándolos a los dos cada vez más alto hasta que un huracán violento se desató agitando sus cuerpos en una interminable sucesión de convulsiones hasta dejarlos desmayados de placer.

Keyra y Colin permanecieron enredados y abrazados uno al otro hasta que poco a poco la razón fue aflorando nuevamente. —Eres mía, Keyra —le dijo Colin, besándola en los labios con un salvaje sentimiento posesivo. —Tuya, Colin, sólo tuya... Y tú eres mío, Colin McDonalds, que eso no se te olvide nunca tampoco —le advirtió.—Ni loco lo olvidaría, mi brava Valkiria —le dijo divertido y alzándola por las caderas hasta subirla a horcajadas sobre él y ya preparado para volver a ser parte de ella.

Colin sospechaba que nunca sería suficiente para él y siempre querría más de Keyra... Esa hechicera se había convertido en su adicción. Ella se había colado e instalado sin pedir permiso en cada rincón de su ser y se había grabado a fuego en todo su corazón.

* * *

—¿Crees que les gustaré a tu Clan? —preguntó Keyra con temor horas después, cuando todavía arrebujados bajo las mantas se hacían arrumacos e intercambiaban besos cariñosos.

—*Skye* celebrará dichosa la llegada de su Lady y gritarán vítores a Lady Keyra McDonalds, su señora —vaticinó.

—Me gusta cómo suena... Lady Keyra McDonalds —paladeó las palabras, sintiéndose henchida de felicidad porque él ya la nombraba con su apellido—. ¿Y el gran Laird que opina de su Lady? —preguntó, dibujando círculos con su dedo sobre el pecho de él y depositando algunos besitos tímidos allí dónde iba tocándolo.

—¡Oh, hechicera! ¡El gran Laird de *Skye* se siente el hombre más feliz de ésta tierra y está loquito con su Lady! —Sus palabras se habían visto amortiguadas por besos contra la piel del cuello de su mujer—. Me tienes muerto de deseos por ti, *eudail*. Estoy orgulloso de *Mi Lady* y no veo la hora de presentarte ante el clan.

—¿Y cuándo saldremos hacia tu tierra? —le preguntó ansiosa por conocer la isla que había visto crecer a su hermoso guerrero. Ese hombre imponente que parecía invencible pero que ella había logrado doblegar dos veces. La primera vez había tenido que recurrir a la fuerza para secuestrarlo, pero ahora ya no hacía falta la violencia para tenerlo a su merced. El espléndido highlander, en ese momento vibraba ante la magia que sus dedos hacían sobre él y se encontraba completamente rendido ante ella.

—Hacia *nuestra* tierra, Keyra —corrigió Colin—. Y sólo nos demoraremos el tiempo que tú necesites para preparar tus cosas, *eudail*. Y con eso él había conseguido terminar de desarmarla a

ella.

—Entonces si estás de acuerdo, podemos partir pasado mañana —le dijo con mirada pícaro y acariciándole sugestivamente el abdomen plano y resiguiendo la línea fina de vello rojizo que se perdía bajo las sábanas que a él ahora lo cubrían sólo hasta la cadera—. En dos horas preparo mis cosas...

—¿En dos horas? —Preguntó alzando una ceja—. ¿Entonces por qué esperar hasta pasado mañana?

—Para pasar el resto del tiempo aquí —le susurró al oído y mordisqueándole sensual el lóbulo de la oreja.

—Pasado mañana entonces, mi amor —Colin no necesitaba más invitación que esa para saltar sobre ella y amarla hasta que los dos se olvidaran hasta del año en el que estaban.

Capítulo XIII

Cuando la oscuridad se cierne sobre ellos

Colin aguardaba que Keyra se uniera a él. Habían quedado de acuerdo con que él iría primero al salón y aguardaría allí hasta que sólo un momento después ella, vistiendo el sencillo vestido que había elegido para jurarle amor eterno frente al altar, descendiera las escaleras. Habían decidido desposarse con una boda sencilla en tierra de los Graham y después repetir los votos frente a la gente de *Skye*.

Claire y James aguardaban junto a Colin, después se le unieron Lizzie y Lord Ethan. La hora acordada para salir hacia la capilla ya había pasado por varios minutos y sin embargo Keyra no aparecía.

¿Acaso ella ha enfermado?, se preguntaba intranquilo y sintiendo un mal presentimiento que le atenazaba las entrañas.

—Algo debe haberle sucedido, sino ya estaría aquí. Iré a buscarla —indicó Colin, ya a punto de enloquecer de ansiedad.

—Sólo debe haberse retrasado, hermanito —intentó tranquilizarlo Lizzie—. Verás que en un momento la vemos aparecer por esas escaleras, radiante en su bonito vestido.

El intento de tranquilizarlo murió allí, y no fue Keyra quien descendió las escaleras, sino Gwen quien gritaba desesperada y bajaba los escalones tropezando con su propia falda.

—¡Santo Dios! ¡Santo Dios! Se la ha llevado...

—¿De qué estás hablando, Gwen? ¿Dónde está Keyra? —inquirió Colin, tomándola por los hombros con manos temblorosas. De repente todo su mundo se había vuelto oscuridad y el temor estaba a punto de desgarrarlo por dentro.

—Se la ha llevado —intentaba decir con la voz entre cortada y tratando de tomar hondas bocanadas de aire—. Se la ha llevado.

—¿Quién se la ha llevado? ¡Dime que sabes, Gwen! —rugió desesperado y con el corazón a punto de estallarle en el pecho.

—No lo sé, Colin... Llevaba una capa y estaba todo cubierto, encapuchado —agregó—. Lo he visto por la ventana de mi cuarto. Ella forcejeaba pero su captor la tenía con fuerzas y le tapaba la boca con la mano para impedirle gritar. La llevaba hacia la playa.

—¡No! —Colin gritó haciendo reverberar su voz furiosa en todo el salón—. ¡Tiene que ser ese desgraciado de Sir Robert! —determinó al no verlo por ningún lugar.

—No él no... —replicó Gwen casi en un susurro.

—¿Entonces dime dónde está ese maldito pusilánime? —volvió a gritar, echándole una mirada de furia a su hermana.

—Él..., eh...

—¡Habla, Gwen!

—Él salió corriendo detrás de ellos para ayudar a Lady Keyra.

—¿Y cómo lo sabes, Gwen McDonalds? —preguntó, apretando los dientes y reprimiendo los furiosos deseos de aporrear la pared.

—Porque Robert, porque Sir Robert y yo estábamos juntos..., en mi cuarto en ese momento.

—¡Voy a matarlo! —prometió y le asentó un furioso puñetazo a la pared que estaba justo a su lado, dejándole los nudillos de la mano ensangrentados, pero él no sentía el más mínimo dolor.

—¡Pero él no es culpable, él ha ido a ayudar a tu mujer!

—¡De todas formas voy a matarlo! —¡No! —estalló Gwen. —Ahora no voy a discutirlo, Gwen McDonalds —dijo Colin antes de salir hecho una tromba rumbo a la costa. James y Lord Ethan lo siguieron detrás y los tres juntos emprendieron una búsqueda frenética de Lady Keyra por la playa.

* * *

—¡Suéltame maldito! —gruñía Keyra debajo de la mano sudorosa que le tapaba la boca.

El hombre que la llevaba a rastras hacia la playa no había hablado en ningún momento y ella tampoco le había podido ver el rostro porque él lo llevaba cubierto con una capucha, pero Keyra podía reconocer en ese hombre al mismo hombre que la había atacado en el establo siete años atrás.

Forcejeaba, se retorció y todo le resultaba en vano. Él seguía imponiendo su voluntad sobre ella. Le cubría la boca para que no pudiera gritar y le había atado las manos, para rematarla por completo, la había desarmado. El muy desgraciado le había quitado su daga. Al parecer, no quería tener otra cicatriz igual a la que Keyra podía apostar que ese hombre tendría en su hombro izquierdo.

El encapuchado la llevó hacia el acantilado con intenciones de hacerla descender hacia el mar. Keyra se debatía con fuerzas. Junto a la orilla había visto un pequeño bote y ella de ninguna manera iba a subir a bordo. El desconocido seguía empujándola.

El terreno era empinado y peligroso y sus zapatillas de satén le dificultaba a ella todavía más el caminar sobre ese terreno escarpado. Las rocas se le clavaban en las plantas de los pies a través de las delgadas suelas, que para colmo de males se resbalaban a cada paso.

—¡Suéltame! —volvió a gruñir en vano. —Vamos, Lucille —dijo él y Keyra se quedó helada. Ella conocía esa voz...Movi6 con fuerzas su cabeza apesada y por fin pudo zafarse de su agarre, de todas formas 6l tenia que soltarla para poder utilizar las dos manos para empujarla hacia la playa ya que Keyra se negaba a caminar.

—¡Camina, Lucille! —orden6 6l—. ¡Vamos, mi amor!

—¿Ron? —Pregunt6 ella con todo el dolor de su alma—. ¿Ron, qu6 es lo que est6s haciendo y por qu6 me llamas Lucille?

—Mi Lucille... —decia 6l con voz lejana—. No me obligues a lastimarte —le pidi6 mientras sacaba una daga de su cintur6n y le hacfa sentir a ella el filo sobre la delicada piel de su cuello.

—¡Yo no soy Lucille! —volvi6 a aclarar Keyra y vi6ndose obligada a caminar con pasos de pluma. 6l tenia el cuchillo sobre su garganta y si ella llegaba a resbalar a causa de las zapatillas de sat6n, no s6lo caerfa por el acantilado, sino que lo harfa con un buen corte en el cuello—. ¿Por qu6 me haces esto, Ron?

—No dejar6 que te aparten de m6. No otra vez. —No entiendo nada de lo que dices, pero yo no soy Lucille, ella era mi madre. —T6 te pareces a Lucille. T6 ser6s mi Lucille.Keyra pens6 que el viejo habfa perdido la chaveta por completo. La estaba confundiendo con su madre muerta hacfa ya m6s de veinte a6os. Y ella no sabfa qu6 hacer.

—Lucille ha muerto —intent6 explicarle con paciencia mientras descendfan a tientas—. Hace ya muchos a6os.

—¿Lucille, por qu6 lo preferiste a 6l? —seguia diciendo el hombre, perdido completamente en su mundo irreal—. ¡Maldito Frank! —Gru6o de repente—. Tendrfa que haberle matado mucho antes.

—¿Qu6? —Keyra clav6 los talones en el suelo irregular—. ¿Qu6 demonios has dicho? T6, t6... No puedes haber sido t6... Mi padre... ¡Eras su amigo! ¿C6mo pudiste matarlo? —interrog6 con furia.

Ron y Frank Graham habfan sido amigos desde la infancia. Tenia que haber un error, no era

posible que Sutherland hubiese sido el asesino de su padre. Sutherland, el hombre en el que tanto Frank como Ethan y ella habían confiado y al que habían tratado como a un miembro más de la familia. Keyra se negaba a aceptarlo.

—Tú eras su amigo —volvió a repetir.

—¡Yo lo odiaba! —clamó bruscamente. En ese momento el viento le voló la capucha hacia atrás y Keyra pudo descubrir que la mirada de ese hombre estaba cargada de resentimiento—. Lucille tendría que haberme elegido a mí, pero no, se quedó con ese maldito desgraciado. ¡Yo lo odiaba y debería haberlo matado antes que me la quitara! Pero aquí estás, mi Lucille...

Y otra vez el loco que volvía a delirar...

—Escúchame bien, Ron Sutherland —declamó Keyra con voz fría—. Yo no soy Lucille, soy Keyra Graham su hija y te juro que voy a vengarme por lo que le has hecho a mi familia.

Desbordaba de rabia. Intentó pegarle con el hombro un empujón a Sutherland y sólo logró desestabilizarlo un momento aunque no le sirvió de mucho. Intentó huir mientras el hombre recuperaba el equilibrio, pero él la sujetó de los cabellos y volvió a apoyar el cuchillo sobre su cuello, cortándole un poco de piel. Pronto un hilillo tibio de sangre le manchó la pechera de su vestido de bodas.

—¡Hijo de puta! ¡Te juro que voy a matarte con mis propias manos! —espetó ella con lágrimas de rabia en los ojos. No deseaba llorar, pero por un lado estaba el horrible descubrimiento de la traición y por otro lado la herida le escocía cómo mil demonios.

La situación no era la más apropiada para ponerse a analizar los hechos, dado que estaba en un risco del cual en cualquier momento podía terminar cayendo y haciéndose papilla contra las rocas de la playa o con la garganta cortada. Cualquier posibilidad era válida teniendo en cuenta que un viejo desquiciado la sujetaba de los cabellos y la amenazaba con un puñal. Aún así, a Keyra se le fueron dilucidando varios de los hechos pasados. Y con gran dolor comprendió que había sido Ron quien había intentado violarla cuando ella no tenía más de quince años.

—Tú has sido quien intentó lastimarme en el establo hace siete años —No era una pregunta y él lo sabía. Tampoco tenía ya sentido que lo negara.

—Quería que fueras mía, Lucille. —¡Mierda! ¿Cuándo vas a dejar de llamarme así? —Tú cada vez te parecías más a ella... Mía. ¡Tenías que ser mía! Pero no, ese idiota de Ethan tenía que darte ese cuchillo.—Ethan... También has sido tú. Siempre has sido tú. ¡Bastardo! ¡Me quitaste a mi padre y pretendías también arrebatarme a mi hermano! —ella empezó a empujarlo con mayor intensidad, estaba enceguecida y ya no le importaba si salía lastimada o no. Estaba decidida a terminar con ese desgraciado.

—¡Suéltala, Sutherland! —ordenó una voz masculina y Keyra se sorprendió al ver que se trataba de la última persona que ella hubiese esperado encontrar allí.

—¡No se acerque! —exigió el captor.

—Te he dicho que la dejes ir.

Sir Robert empezó a descender el acantilado en dirección hacia ellos. Llevaba botas de media caña y su suela era más apropiada para estar en un terreno cómo ese, por lo tanto en poco tiempo casi estuvo junto a ellos.

Keyra lo observaba. Robert había acudido en su ayuda, pero no llevaba ningún arma, notó. Ni espada, arco y flecha ni cuchillo. *¿Con que piensa defenderme? ¿Acaso Robert piensa ahorcar a Sutherland con el encaje de los puños de su camisa?*, se le pasó por la cabeza. *¿A quién se le ocurre acudir a una lucha sin un arma?... Sólo a mi primo*, concluyó.

—¡Suelta a Keyra!

—Ella es mi Lucille.

—Ella no es Lucille. Mi tía murió hace tiempo. Mírala bien, Sutherland y verás que ella no es Lucille — Robert lo distraía con palabras y aprovechaba a cortar la distancia que los separaba. Entonces Keyra supo que su primo no era apto con las armas, pero sí era habilidoso con las palabras.

—Fíjate, Sutherland. Mi tía tenía ojos de color celeste cómo el cielo, en cambio Keyra tiene ojos verdes cómo todos los Graham. ¿Notas la diferencia? Mírala Sutherland y sabrás que tengo razón.

Sutherland evitaba mirar a la muchacha, aunque en un momento cedió a la tentación de comprobar que era *su Lucille* y eso fue todo lo que necesitó Robert, que veloz, aprovechó la distracción para apartar el cuchillo del cuello de ella y con el otro brazo la separó de su secuestrador.

—Aléjate —le gritó mientras se enfrascaba en una lucha en contra de Ron Sutherland.

El viejo tenía más fuerza de la que pensaba.

Keyra trepó por las piedras como pudo, subiendo unos metros para alejarse del peligro. Tenía las manos atadas y con las zapatillas resbalaba a cada paso que daba. Cayó varias veces. Tenía las manos y las rodillas raspadas y cubiertas de sangre y a punto estuvo de cortarse la mejilla con el filo de una saliente.

Sutherland asentó un tajo de unos veinte centímetros en el brazo derecho de Robert. Perdía mucha sangre y eso lo debilitaba.

Ron aprovechó la debilidad del Baronet y empezó a subir el acantilado para volver a alcanzar a Keyra.

Robert se arrastró y lo sostuvo del tobillo. El viejo daba patadas violentas intentando soltarse del agarre y blandiendo el cuchillo hacia delante. El rubio le propinó un golpe con una roca que

había estado floja y logró hacerle caer el puñal. Volvió a golpearlo y con esto el agresor perdió el equilibrio y empezó a resbalar hacia el precipicio.

—¡Ayuda! —gritaba Keyra, viendo que su primo corría peligro. Sutherland finalmente cayó, tomándose en el camino de la camisa de Robert y arrastrándolo con él hacia abajo. —¡No! —el grito desesperado de la muchacha resonó en toda la playa con un eco desgarrador. Justo en ese momento habían llegado Ethan, Colin y James. Gwen corría detrás de ellos con el corazón comprimido. —¡Rápido, Colin! Robert ha caído —señaló hacia la playa. —¡Santísimo Señor, Keyra! ¿Estás lastimada? —preguntó Colin, tomándola de la cintura y subiéndola por fin a tierra firme y plana. —Estoy bien, pero Robert, Robert... Ayúdalo a él, yo estoy bien. En realidad, Keyra estaba al borde de un ataque de nervios. Y Colin se negaba a dejarla. Cortó una tira de tela de la falda del vestido de bodas y con eso le vendó la garganta para que dejara de sangrar, los raspones de las manos y de las rodillas eran menos graves y podrían esperar un poco para ser atendidos.

Ethan y James ya habían empezado a descender por la pendiente y buscaban por todos lados pero no lograban ver a Sir Robert, en cambio, sí divisaron el cuerpo de Ron Sutherland que no era más que una masa sanguinolenta sobre las rocas de la playa.

—¡Robert! ¡Robert! —gritaba Gwen desde el borde del acantilado.

—Gwen aléjate del borde que puedes caerte —la reprendió su hermano, quien en ese momento desataba las manos de Keyra, a pesar de las protestas de ella que insistía en que la dejara así y ayudara a los demás a buscar a su primo.

—¡Robert! ¡Sir Robert! —llamaban James y Ethan, escudriñando la zona.

—Aquí —se oyó un débil susurro.

Los tres hombres, Colin también ya se había unido a ellos, acudieron pronto al sector desde dónde había salido la voz y pudieron dar con Sir Robert, quien se asía precariamente de un manajo de raíces. Colin extendió el brazo hacia él pero no llegaba a tomarlo.

—Tendrá que soltarse e impulsarse hacia arriba para que yo pueda alcanzarlo —le dijo.

—No llego... No, no puedo —El Baronet se esforzaba. Seguían faltando varios centímetros y las fuerzas ya casi lo habían abandonado. Colin pendía cabeza abajo hacia él.

—La única oportunidad de salvarse es que se impulse hacia arriba, Sir Robert, tendrá que confiar en mí. Le prometo que no lo dejaré caer —dictaminó Colin.

Robert sabía que no tenía demasiadas posibilidades de salvarse. La herida de su brazo le había hecho perder mucha sangre. Las manos se le habían vuelto casi laxas por la debilidad y resbaladizas con una mezcla de sudor y sangre. Estaba casi seguro que era su final, pero no quería resignarse a perder la vida justo ahora. Justo en el momento que por fin el destino parecía haberse puesto de su lado. De vivir, él sabía que de una vez sería feliz... No, no quería perderse eso.

Si se quebraban las raíces caería de todas formas y no se quedaría ahí aguardando que eso sucediera. Respiró hondo, tal vez la última bocanada de aire que sus pulmones aspirarían y en un solo movimiento sincronizado aflojó el agarre a lo único firme que lo sostenía y empujándose con la punta de los pies sobre una mínima saliente, se impulsó hacia arriba. No mucho, pero lo suficiente para que Colin lo alcanzara.

—Lo tengo, Sir Robert —gruñó Colin apretando los dientes a causa del esfuerzo.

James y Ethan ayudaron a terminar de alzarlo y entre los tres lograron llevarlo hasta dónde estaban ellos. Se sostuvieron de la pared rocosa para recuperar el equilibrio y el aliento. Robert estaba tan blanco cómo un papel y con el rostro cubierto de sudor. No podía dar un paso más.

Colin cargó sobre su hombro al hombre rubio sin decir una palabra y aunque éste protestó aduciendo que él podía sólo, cosa que no era cierta, el pelirrojo lo ignoró y lo llevó hasta dónde aguardaban las muchachas. Recién entonces lo dejó recostado sobre el suelo.

—Robert, Robert —chilló Gwen, llorando histérica y arrodillándose junto a él. —Mi Gwenny —susurró él, acariciándole la mejilla con el brazo sano—. Estaré bien —le prometió. —¿Mi Gwenny? —Interrogó Colin arqueando una ceja—. ¿Y eso? Robert inspiró profundamente y después habló. Pronunció las palabras con temple y valentía, mirando al pelirrojo directamente a los ojos y sin que ni un músculo le temblara de pánico.

—Lord McDonalds, su hermana y yo nos desposaremos —No le pedía permiso ni tampoco su bendición. Por primera vez en su vida hacía las cosas de la manera correcta, siguiendo los dictados de su corazón y de manera honorable. Pero no solicitaría aprobación, porque no estaba dispuesto a aceptar una negativa.

—¿No le parece que debería preguntarme si estoy de acuerdo? —preguntó Colin, alzándose sobre él.

Robert se apoyó en el codo del brazo sano. Le parecía que no podía convencer a nadie estando acostado sobre el suelo, claro que ese esfuerzo lo estaba matando, pero *Gwenny*, cómo él la llamaba, valía la pena.

—Lo lamento, Milord, pero me temo que aunque usted se niegue, ya es tarde —Expuso, y realmente lo era. La noche anterior, Sir Robert Graham se había encargado de comprometer la virtud de Gwen McDonalds.

—Yo debería haberlo dejado caer, pedazo de... —Ya es suficiente, Colin —intervino Gwen—. Yo lo amo. —No estoy de acuerdo con las decisiones que tomas, muchacha —declaró con enfado. —Nunca lo has estado, así que no veo cual pueda ser la novedad —le respondió ella de lo más altiva. —¿Sabe, Sir Robert?... —Colin sonrió burlonamente—. Me queda la satisfacción de que mi hermanita se encargará de hacerle la vida imposible, si con usted se comporta tan sólo lo mitad de caprichosa que ha sido conmigo todo este tiempo.

—Le aseguro que será la tortura más deliciosa que pueda tener —le respondió el Baronet.

—Espero que de aquí a dos años siga pensando lo mismo —contestó Colin con un soplo.

* * *

Después de vendarle el brazo a Sir Robert, entre James, Ethan y Gwen, bueno ella sólo lo tomaba de la mano, los dos hombres eran quienes cargaban al Baronet sobre una manta, Colin se encargó de tomar a Keyra en sus brazos y así regresaron todos al castillo. Más tarde enviarían a algunos guardias a buscar lo que quedaba de Ron Sutherland para darle sagrada sepultura.

Estaban retrasados en más de una hora para la boda y la ropa de todos era un tremendo asco, pero Keyra se negó a entrar al patio de la fortaleza si antes no se daban una vueltita por el altar de la capilla, así que después de que el brazo de Sir Robert fuera debidamente cosido y curado, todos se encontraron presenciando el momento en el que Colin Y Keyra se juraron amor frente a Dios.

Sin dudarle y ante las confesiones hechas por Robert un rato antes, Colin instó a la parejita alocada a dar el sí ante el párroco también, y vale decir que ninguno de los dos se resistió

Capítulo XIV

Skye recibe a su Lady

Por fin habían podido partir de la tierra de los Graham con la tranquilidad de dejar a Ethan y a Lizzie en un lugar seguro y sin locos acechando por ahí. Con la muerte de Sutherland, la paz había regresado al clan del norte.

Sir Robert y Gwen se habían trasladado a su residencia de Londres y habían prometido invitarlos a todas las fiestas que celebrarían allí en cuanto el Baronet se hubiese recuperado del todo.

Después de un par de extenuantes jornadas de viaje, Keyra y Colin estaban llegando a Skye. James y Claire habían partido unos días antes, adelantándose para preparar la bienvenida al Laird y a su Lady. Después de muchísimos años, desde que había fallecido la madre de Colin, las Islas volvían a tener una señora y ella debía ser recibida cómo se merecía. Con todos los honores.

—¿Nerviosa? —le preguntó Colin a Keyra antes de bajar del bote que los cruzaba hasta la isla. Él, a su espalda, la rodeaba con los brazos por la cintura y le susurraba en el oído.

—Mhmm —le respondió ella.

—Eso es Skye, Milady —señaló con una de sus manos y después volvió a sujetarla—. Nuestro hogar.

Delante de ellos se desplegaba un imponente paisaje con acantilados escarpados y bellísimas praderas colmadas de flores dónde el amarillo era predominante en algunos sectores. Estaba rodeada por un mar azul profundo que se agitaba revuelto y golpeaba violento contra las rocas de la orilla. El viento constante les traía el olor a sal y les batía el cabello descaradamente. A lo lejos se alzaban majestuosos los *Montes Cuillins*[29], los picos más altos de las islas y el imponente castillo de los McDonalds.

—¿Te gusta? —Es hermoso, Colin —murmuró, aferrándose a sus manos y refugiándose más entre sus brazos. —Te adorarán —le prometió él, percibiendo su nerviosismo. —¿Cómo lo sabes? —Porque es imposible no amarte a ti, hechicera. La volteó hacia él, le tomó el rostro entre las manos y se deleitó con esos estanques verdes que eran sus increíbles ojos. Se perdía en ellos... Colin sentía que moriría feliz si lo último que viera de éste mundo fueran los ojos de Keyra.

—Te amo, dulce hechicera. Me tienes atado a ti, *eudail* y te ruego que nunca me sueltes —le

pidió, entonces la besó profundamente, rindiéndose a ella, durante el resto del viaje.

Antes de llegar a tierra firme, toda la aldea y la gente del castillo, ya les estaba dando la bienvenida, agitando en el aire pañuelos y trozos de tartán con los colores del clan. Una gaita comenzó a sonar con una melodía dulce y alegre, porque así se sentía la mayor de las *Islas Hébridas*[30]... Feliz, dichosa y preparada para celebrar por días enteros, porque Skye había recuperado a su Laird y él no había regresado solo, traía consigo a su hermosa Lady.

Epílogo

Años después...

—Mmmm que delicia —ronroneaba Keyra en respuesta a las sensaciones increíbles que despertaban en su cuerpo al sentir el contacto de la tibia lengua de Colin deslizarse a lo largo de su columna, hasta terminar en un mordisco justo en ese punto sensible que él había descubierto entre su cuello y su hombro y que le enviaba una miríada de vibraciones a cada terminación nerviosa de su anatomía.

—Una verdadera delicia —respondió él, saboreando esa piel que con su suavidad y su perfume a flores dulces lo enloquecía.

Colin la hizo voltear. Adoraba sentirla desnuda debajo de él. Le elevó los brazos sobre la cabeza con sus manos, y después los recorrió lánguidamente desde las puntas de los dedos, descendiendo por toda la extensión de esos brazos torneados y de piel cremosa. Cada caricia a ella le hacía bullir la sangre, la hacía volar hasta un lugar de placer absoluto.

Colin continuó con su recorrido, rozando sus axilas y el inicio de los pechos. Se detuvo allí a saborearlos un ratito mientras su mano palpaba las curvas conocidas y adoradas de su cintura y sus caderas. Sopló suave sobre sus cumbres turgentes y eso a ella le erizó la piel.

Keyra lo adoraba. Adoraba a ese hombre de cabellos de fuego que cada día le hacía el amor, a veces con pasión desenfrenada y otras con una suavidad imposible de imaginar.

—Me vuelves loco, hechicera —le susurró con la voz ronca y cargada de deseo cuando se internó suavemente en ella. Colin la condujo hasta límites insospechados, despertando cada una de las fibras de su cuerpo.

—Te amo, Keyra —le dijo antes de besarla profundamente, y buscar con su lengua la lengua de ella.

El ritmo de ambos fue acrecentándose a la par hasta volverse frenético, hasta que llegaron a lo más alto y después al unísono, casi sincronizados, se dejaron ir juntos en una explosión inigualable

de sensaciones y una sucesión de deliciosos estremecimientos que los dejó temblorosos y con el pulso desbocado.

* * *

—Hechicera... —susurró Colin horas después, cuando un tenue golpecito a la puerta del cuarto lo sacó de su somnolencia.

—¿Mmmm? —preguntó ella, abriendo un solo ojo y levantando apenas su cabeza del pecho de Colin, sólo lo justo para mirarlo a él a los ojos. Adoraba despertar y ver esos ojos verde turquesa cargados de amor, posados en ella.

—Están llamando a la puerta.

—Mmmm —volvió a murmurar todavía entre dormida. Unos nuevos golpecitos, esta vez más fuertes, la despertaron por completo. Se incorporó en un santiamén y se envolvió en la bata que estaba hecha un bollo sobre el suelo junto a la cama.

—¡Mami, papi, despierten! —sonó la vocecita y los nuevos golpes, esta vez, definitivamente enérgicos, sobre la madera.

—¡Ya estamos despiertos, muchachita! —clamó Colin entre sonrisas. Antes que pudiera decir *ya puedes pasar*, un duendecillo de unos tres años y dueña de unos alborotados rizos rojos y enormes ojos verdes se coló en la habitación dando brincos y agitando un papel en su pequeña manito.

—¡Es una fiesta! ¡Es una fiesta! —Exclamaba desbordante de ilusión— ¿Podré ir ésta vez? —preguntó engatusándolos con su sonrisita pícaro y sus centelleantes ojitos.

—¿A ver qué es eso? —preguntó su madre, extendiendo el brazo para que le entregara lo que parecía ser una tarjeta. Colin alzó a su hija y la hizo sentar entre ellos dos mientras miraba sobre el hombro de Keyra las palabras escritas. —¡Me ha dicho Tía Claire que es una fiesta y que pueden ir los niños! Ella y Tío James irán y llevarán a Jamie —agregó. Jamie era el pequeño diablillo hijo de James y Claire. Un mocosito de siete años que ya se sentía lo suficientemente mayor cómo para blandir una espada de madera que le había regalado su padre y cómo su padre, había heredado el *Don* de no cerrar nunca el pico, sobre todo cuando se trataba de decirle las cosas a su primo y mejor amigo Frank, el hijo mayor de Keyra y Colin, quien le llevaba apenas un par de meses de diferencia. Cuando Colin miraba a los niños todo el día jugando juntos y compartiendo tanta camaradería no podía evitar esbozar una sonrisa y ver reflejados en ellos a él mismo y a James.

—¿Crees que también asistirán Ethan y Lizzie?

—Estoy convencida de que así será, Colin. ¡Las gemelas no querrán perderse la oportunidad de ver a sus primos Ingleses! ¿No crees?

—¡Yo también quiero ver a mis primos ingleses! —repitió Jenny, el pequeño duendecillo pelirrojo—. Desde que cumplí tres —levantó tres deditos en el aire, después de contar varias veces hasta que la cuenta por fin le dio tres—, que no veo a Anne y a Charly y ya quiero volver a jugar con ellos —clamó haciendo pucheros.

—Eso sólo ha sido el mes pasado, Jenny —le aclaró su padre. —Por eso, hace muuuuuucho tiempo —dijo convencida. Volvieron a leer la invitación, que rezaba: El Baronet, Sir Robert Graham y su Baronetesa, Lady Gwen, tienen el agrado de invitarlos a la fiesta familiar que darán en su mansión de Londres el 15 de junio con motivo de la celebración del cumpleaños de la Baronetesa.

—Tendremos que empezar a hacer el equipaje —dijo Colin, resignado. No le gustaba mucho viajar a Inglaterra, pero no podía evitarlo, allí vivían su hermana, su cuñado y sus sobrinos y a decir verdad, cada vez que iban la pasaban de maravilla, así que después de todo tampoco era un Gran sufrimiento—. ¡Has ganado, Jenny! Iremos todos al cumpleaños de Tía Gwen.

—¡Bravo! ¡Bravo! —dio varios saltos sobre la cama y después saltó al suelo y salió corriendo hacia la puerta. —¿A dónde vas, muchachita? —A contarle a Tía Claire que nosotros también iremos —y sin decir más, salió brincando y aullando de felicidad.—¡No bajas las escaleras corriendo, Jenny! —le gritó su padre, aunque lo más probable era que el duendecillo ya hubiese llegado al salón. ¡Era increíble lo veloz que podía ser!

—¡Acabas de hacer inmensamente feliz a tu hija! —le dijo Keyra con una cariñosa sonrisa.

—Y ahora prepárese, Milady, porque estoy dispuesto a hacer desmayar de dicha a su madre —le prometió con una sugerente mirada lobuna y atrapándola entre sus fuertes brazos contra las sábanas del lecho.

Keyra lo miró con ojos húmedos por la emoción y le acarició la mejilla cuando le habló con infinita ternura:

—Haces que cada segundo de mi vida sea dichoso, mi amor.

Fin

Biografía

Brianna Callum, es un seudónimo utilizado por Karina Costa Ferreyra para firmar sus obras.

Es autora de relatos y de novelas románticas contemporáneas, históricas de ficción (de época, romance escocés, etc.), y algunas con tintes sobrenaturales. Sus creaciones se distinguen por la manera en la que logra plasmar las sensaciones y emociones de los personajes, haciéndolos palpables para el lector.

Karina nació el 20 de marzo de 1975, en Capital Federal, Argentina. Y aunque vivió casi toda su vida en Buenos Aires, desde principios del año 2006, ella y su familia eligieron Capilla del Monte, Córdoba (Argentina), como su hogar permanente.

Karina desarrolló una temprana afición por la lectura que con el correr de los años se fue incrementando, igual que su fascinación por la escritura. Ya en edad escolar demostró una facilidad para crear historias y relatos cortos, ganando en el segundo año de secundaria, un segundo puesto en un concurso literario escolar. Sin embargo, no conservó ninguno de los escritos de su infancia y adolescencia.

A pesar de que Karina siempre fue poseedora de una gran imaginación, su escritura sufrió un impás y tuvieron que pasar varios años, -y fue necesaria la intervención de su sobrina Marisa-, para que se decidiera a plasmar en papel aquellos personajes, historias y situaciones que durante años habían habitado dentro de su cabeza.

En enero de 2009, Karina, sin saber que su vida a partir de ese instante cambiaría por completo, abrió un documento de word y lo primero que escribió allí, fue su seudónimo. Ese fue el día en el que nació Brianna Callum. Lo siguiente que tipeó, fue el título de la que sería su primera novela escrita, aunque no la primera que saliera a la luz: *Mi corazón es tuyo* *.

Brianna Callum vio su primera novela publicada en formato electrónico bajo el sello de *Editora Digital*, el 18 de Mayo de 2009. Esa novela fue *Diez años después*. Con esa misma novela, participó también, en Junio de 2009, en el *Especial de Nuevos Talentos*, de la web española de novela romántica *Autoras en la Sombra*.

Durante 2009 y 2010, *Editora Digital*, continúa publicando sus títulos, posicionándose su novela *El Guardián de mi corazón*, desde el 18 de octubre de 2009, en el primer puesto de la lista de los más vendidos de la editorial.

En Abril de 2011, Brianna, con su relato *Pero me acuerdo de ti...* gana el primer puesto en el concurso de relatos *Ponle letra a esta canción*, organizado por el blog literario español, *Alas para Volar*.

En Agosto de 2011, Editorial *Pelicano* (Ed. de Miami, USA), **publica en papel** su novela romántica contemporánea: *Carrusel, la historia de un amor*, recogiendo muy buenas críticas y, a siete meses de su publicación, siendo parte de los más vendidos de dicha editorial.

En Septiembre de 2011, Editorial *El Maquinista* (Ed. de España), **publica en papel** su novela romántica contemporánea: *Mi corazón es tuyo**, cosechando excelentes críticas y apareciendo en la lista de los libros más vendidos de romántica de Fnac España desde el 13 de octubre de 2011 hasta los primeros días de febrero de 2012 ininterrumpidamente, oscilando en distintos puestos del ranking.

En noviembre de 2011, con su relato *Sólo un momento*, resulta entre los dieciocho ganadores en el *Certamen de Relatos Románticos de Ediciones Rubeo* (Ed. De España). El libro con los relatos ganadores, titulado: *Ese amor que nos lleva...* se **publica en papel** en marzo de 2012.

En diciembre de 2011, con su micro-relato *Amor a primera vista*, resulta entre los ganadores en el *Certamen Cien mini-relatos de amor y un deseo satisfecho*, organizado por Editorial *Éride*, colección *Letra eNe*. El libro con los mini-relatos ganadores se publica en papel en febrero de 2012.

En marzo de 2012, de la mano de la plataforma *Amazon* y *Createspace*, se publica *Alas de mariposas*, una deliciosa recopilación de relatos y micro-relatos de su autoría, disponible en formato electrónico y **en papel**, la cual, a pocos días de su lanzamiento, ya forma parte de los primeros puesto en las listas de los más vendidos en la categoría cuentos cortos y romántica, de Amazon.es.

Bibliografía de Brianna Callum

Publicados En Papel

-Carrusel, la historia de un amor (Editorial Pelicano) (Agosto 2011 - **ISBN978-1-937482-22-0**).

-Mi corazón es tuyo (Editorial El Maquinista) (Septiembre 2011 -**ISBN:978-84-938890-0-5**).

-Cien mini-relatos de amor y un deseo satisfecho (Aparece su micro-relato: *Amor a primera vista*) (Editorial Éride Colección Letra eNe) (Febrero de 2012 - **ISBN: 978-84-15425-57-1**).

-Ese amor que nos lleva... (Aparece su relato romántico con tintes policiales: *Sólo un momento*) (Editorial Rubeo) (Marzo de 2012 - **ISBN: 978-84-939865-3-7**).

-Alas de mariposas - Recopilación de relatos y micro-relatos (CreateSpace) (Marzo de 2012 - **ISBN: 978-1475053555**).

Publicados En Formato Electrónico

*(Disponibles los derechos para publicación en papel).

-Serie Highlands I El guardián de mi corazón* (*Editora Digital*);

-Serie Highlands II Rehén de tu amor* (*Editora Digital*);

-Serie Enamorados I Mi corazón es tuyo* (*Editora Digital*);

-Serie Enamorados II Oculto en el corazón* (*Editora Digital*);

-Título independiente: Diez años después* (*Editora Digital*);

-Título independiente: Carrusel, la historia de un amor (*Editora Digital*).

-Alas de mariposas - Recopilación de relatos y micro-relatos (*Amazon Kindle Store*).

Terminados inéditos

-Título independiente: Siempre has sido tú;

-Título independiente: Besos negados;

-Título independiente: Juramentos de Sangre.

En Producción

-Serie Highlands III Corazones enemigos;

-Título independiente: En las puertas del infierno.

Blog oficial de la autora

<http://novelasromanticasdebriannacallum.blogspot.com/>

E-mail de contacto

brianna.callum@yahoo.com.ar

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo I Keyra](#)

[Capítulo II Colin](#)

[Capítulo III El secuestro](#)

[Capítulo IV Atracción](#)

[Capítulo V Hacia el norte](#)

[Capítulo VI En las tierras de los Graham](#)

[Capítulo VII El falso prometido](#)

[Capítulo VIII Un nuevo día cargado de revelaciones](#)

[Capítulo IX La visita del Rey](#)

[Capítulo X Llegadas inesperadas](#)

[Capítulo XI En busca de las pistas](#)

[Capítulo XII Lucha de voluntades](#)

[Capítulo XIII Cuando la oscuridad se cierne sobre ellos](#)

[Capítulo XIV Skye recibe a su Lady](#)

[Epílogo](#)

[Biografía](#)

[Bibliografía de Brianna Callum](#)

[1] Jefe del clan.

[2] La mayor de las islas Hébridas, ubicada al noreste de Escocia.

[3] Manta de tartán utilizada por los highlanders. La llevaban arrollada a la cintura y cruzada sobre uno de los hombros y prendido al frente con un broche.

Tartán: Tejido tradicional escocés con diseños a cuadros, diferente para cada clan.

[4] Monte de 927 metros de altura ubicado al norte de Escocia.

[5]

[6] Personaje mitológico. Mujer guerrera que servía al Dios Odín. Montaban en caballos voladores y llevaban cascos y lanzas.

[7] Título creado por el Rey Jacobo I de Inglaterra en 1611. Su costo era de 1080 Libras.

[8] Cariño en gaélico escocés.

[9] Capital de Escocia.

[10] Espada de dos manos, de aprox. 1,40 metros y 2,5 kilos de peso.

[11] Islas del Norte de Escocia

[12] Cuero, gamuza. Piel de ciervo o antílope.

[13] Cuchillo de tradición escocesa.

[14] ¿Cómo estás tú, cariño?

[15] Cariño.

[16] Ciudad escocesa. Llamada la capital de las Highlands.

[17] *Estandarte del Rey de Escocia*: León rampante de color rojo sobre un campo amarillo (Sólo utilizado por el Monarca de Escocia)

[18] ¡Por Dios!

[19] ¡El Rey!

[20] *Rey Jacobo I de Inglaterra*: **Jacobo Carlos Estuardo**, nació en Edimburgo el 19 de junio 1566, y murió en Theobalds House el 27 de marzo de 1625. Fue rey de Escocia como **Jacobo VI** desde el 24 de julio de 1567 hasta su muerte, y rey de Inglaterra e Irlanda como **Jacobo I** desde el 24 de marzo de 1603 hasta su muerte.

[21] *Reina Ana*: Ana de Dinamarca, esposa de Jacobo I de Inglaterra con quien tuvo nueve hijos, sólo tres llegaron a la edad adulta. (Fallecida en 1619)

[22] *George Villiers*: Favorito del Rey Jacobo a quien el Rey le otorgó una gran cantidad de honores, culminando con la creación de Villiers como duque de Buckingham en 1623. George Villiers fue el primer común que sería elevado a un ducado en más que

un siglo.

[23] *Mandíbulas Prógnaticas*: Defecto que padecía el Rey Jacobo, mandíbulas muy estrechas y lengua demasiado larga.

[24] Ciudad escocesa.

[25] Ciudad de Francia.

[26] Lago de Escocia.

[27] Río de Inglaterra.

[28] Antiguos seres, hadas.

[29] Formaciones rocosas volcánicas. Los montes más altos de las Islas Hébridas.

[30] *Islas Hébridas*: Archipiélago ubicado al noreste de Escocia.